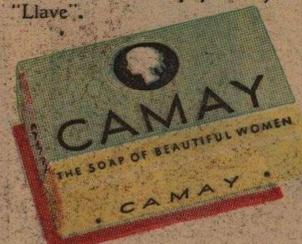
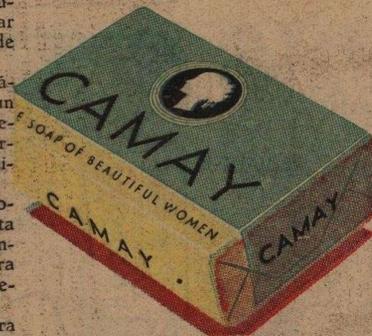
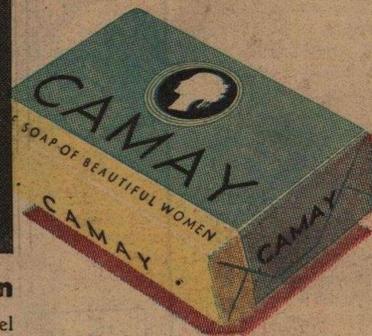
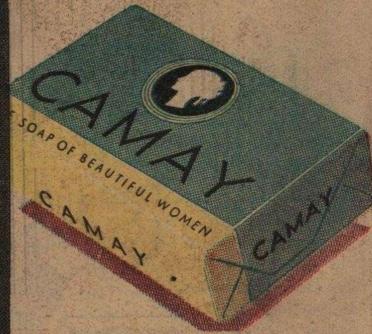
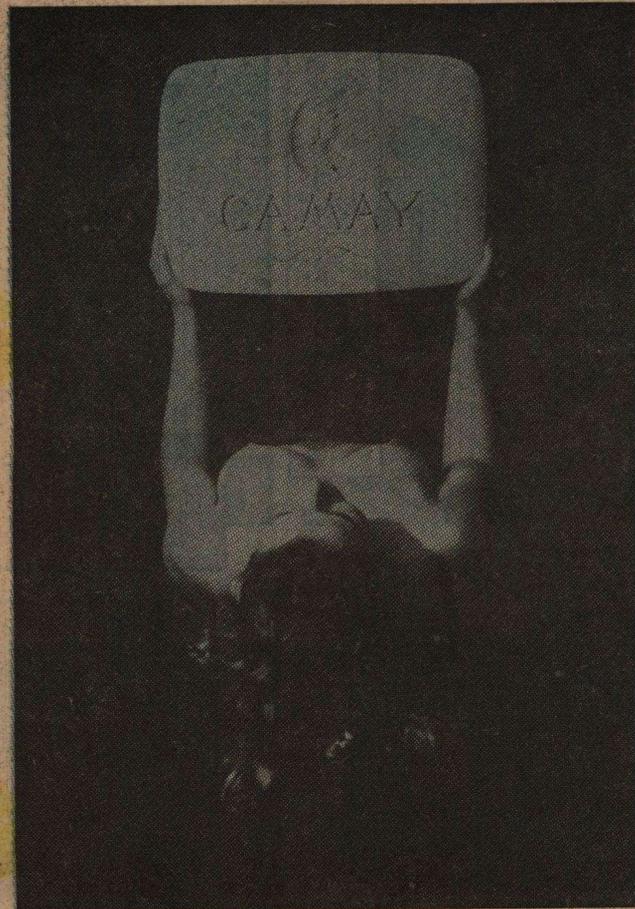
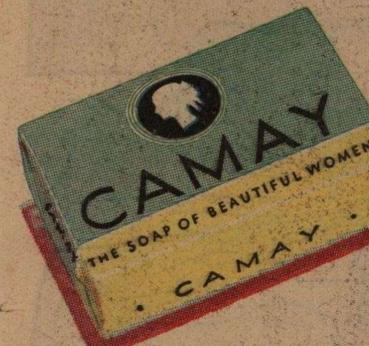
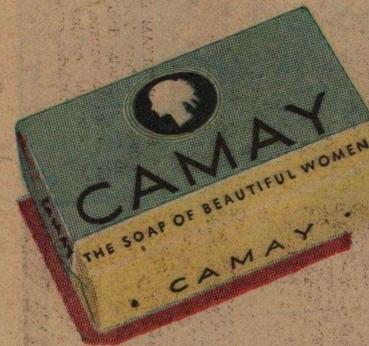
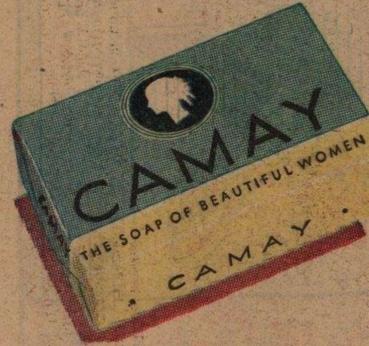


El jabón de las bellezas



...una fórmula de encanto y seducción

TODA mujer se encuentra siempre en un constante concurso de belleza. Es imposible evadir la comparación y la presencia de otras mujeres ante la vista de implacables jueces.

Se juzga la belleza, la distinción, la simpatía, los encantos propios... Resalta el *cutis*... la piel...

Todas las mujeres ambicionan poseer un *cutis* y un cuerpo delicado y atrayente. Todos los hombres reciben el influjo de esa seducción... Valoran... destacan... les gusta...

Camay ayuda a vencer. Camay contribuye a poseer esa apariencia que toda mujer desea y todo hombre admira.

Una pastilla de Camay basta para convencer de que *aún* es posible conocer un jabón *nuevo*... un jabón que deja en el rostro la sensación de una delicadísima crema y en el cuerpo la fragancia de un baño de esencias.

Su acción pura y delicada beneficia positivamente a la epidermis.

Camay está destinado a crear la belleza, a cuidarla, a conservarla...

Contiene una habilidosa composición de delicados aceites que suavizan la piel, concentrando en una pastilla todo un tratamiento de belleza.

Sus valores han sido contrasta-

dos por las mujeres de todo el mundo. Y se asegura que no hay otro jabón en estos momentos en Cuba tan noble como Camay.

Se han hecho pruebas en comparación con otros jabones, sobre diferentes condiciones de la piel. Y una y otra vez ha salido triunfante Camay, considerándolo definitivamente el más delicado jabón para mantener la belleza natural.

Y no obstante sus virtudes superiores, no se puede encontrar un jabón tan bueno al precio de Camay.

Posee una condición aristocrática, pero se caracteriza por un precio popular. Cualquiera puede comprarlo y, después de usarlo una vez, si costara más, seguirían prefiriéndolo.

Usted se sorprenderá al conocer su bajo costo. Está a la venta en todas partes. Pídale hoy. Identifíquelo por su original envoltura verde y amarilla, cubierta con celofán.

Y sus envolturas sirven para conseguir los premios gordos de las ofertas del popular jabón "Llave".

Camay

El jabón de las bellezas



DIARIO DE LA MARINA



SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO

LA HABANA, 3 DE ABRIL DE 1938



Ilona Massey

En Este Numero:

★
Reportajes de Hollywood

★
Olympe Bradna

★
Deanna Durbin

★
Alice Faye

★
Tyrone Power

★
Andrea Leeds

★
★
Modas en Colores por SARA DIEZ

★
Historietas Comicas y Curiosidades

★
Martha Raye

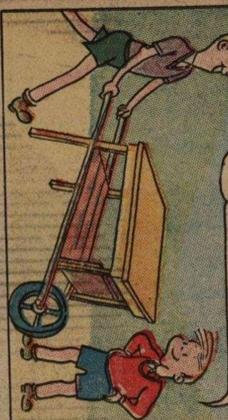
Los Trucos

PAPA, CUANDO FU' AL PARQUE ZOOLOGICO SE ME OCURRIO UNA IDEA!

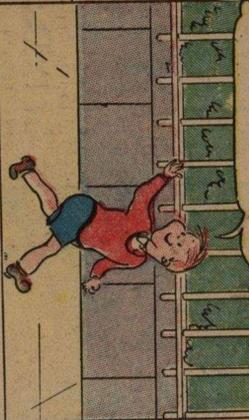


¿QUE OPINAS DE ESTA CARRE-
TILLA PARA MOSTRADOR?

¡EXCELENTE!
YA TENEMOS EL EQUIPO
COMPLETO, SOLO NOS
FALTA EL SITIO.



¡ESTE ES UN BUEN SITIO!
ME PARECE IDEAL, EMPIECEN
USTEDES A PREPARAR
LOS REFRESCOS MIENTRAS
YO INSTALO EL
EQUIPO.



¿ES POSITIVO ESTO
DE TOMAR TODO LO
QUE UNO QUERA POR
UN REAL?

¡POSITIVO,
SEÑOR! ¡EL
MEJOR
REFRESCO!



TODA LA GENTE QUE VA AL
ZOOLOGICO TOMA LA
MERIENDA ALLI. PIENSO
ESTABLECER UN
PUESTO PARA
VENDER
REFRESCOS.

¡MUY BIEN,
FRANQUITO!
¡AQUI TIENES CUA-
TRO REALES Y CUENTAME
COMO ACCIONISTA!



¡FRANQUITO,
MAMA ME DID
ESTO PARA EL
NEGOCIO!

¡MAGNIFICO!
¿ESTAN LISTOS
LOS LETREROS QUE
VANDÉ HACER?



GRAN APERTURA



¡RESPECTABLE PÚBLICO:
A TOMAR REFRESCOS
FRIOS! ¡LOS MEJORES
DEL PAIS! ¡BEBA LO
QUE QUIERA POR UN
REAL!



BEBA
LO QUE
QUIERA
POR UN
REAL

GRAN APERTURA

PREPÁRENSE,
MUCHACHOS, QUE
TENDREMOS MUCHOS
CLIENTES. ¡AQUI VIENE
EL PRIMERO!



¡EL NEGOCIO QUEDÓ!



¡ANDA,
YUMBO,
TOMA
REFRESCO!



LA VIDA ES ASÍ...

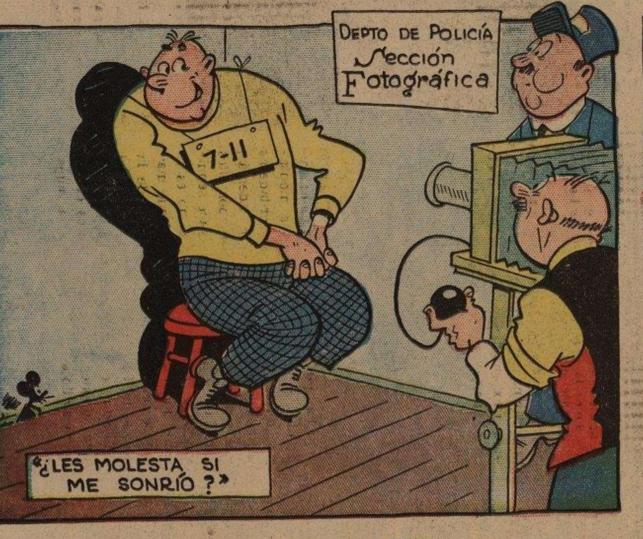
Por FRED NEHER.



«¿PUES NO LE PUSE, CUBIERTO A TÍO
BOLÍVAR PORQUE LA ÚLTIMA VEZ QUE CENÓ CON
NOSOTROS DIJISTE QUE COMÍA COMO UN
CABALLO!»



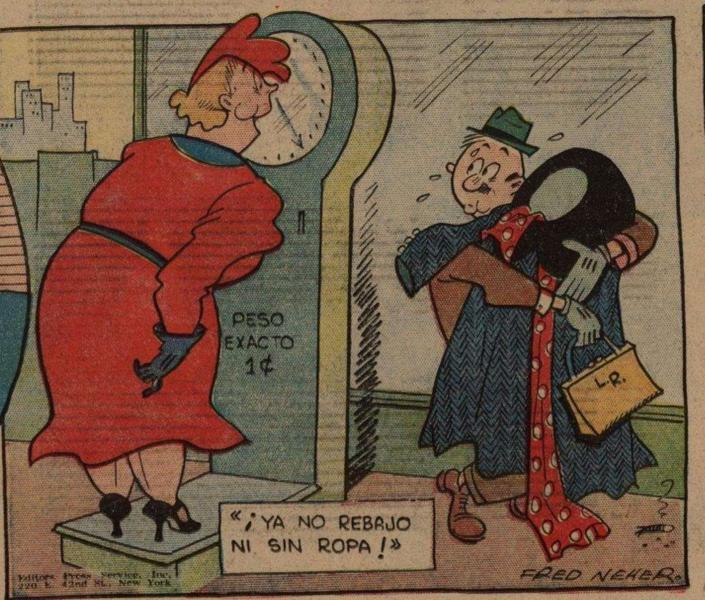
«¿FIRME AQUI, SIN SALIR-
SE DE LA RAYA DE PUNTOS!»



«¿LES MOLESTA SI
ME SONRÍO?»



«¡SÍ, SEÑORA, LE ECHARÉ ESOS DOS PEDA-
ZOS TAMBIÉN, Y LAS PARTÍCULAS QUE ME
HAN CAÍDO EN LOS OJOS... ¿CUANDO
ME LAS SAQUE!»



«¡YA NO REBAJO
NI SIN ROPA!»

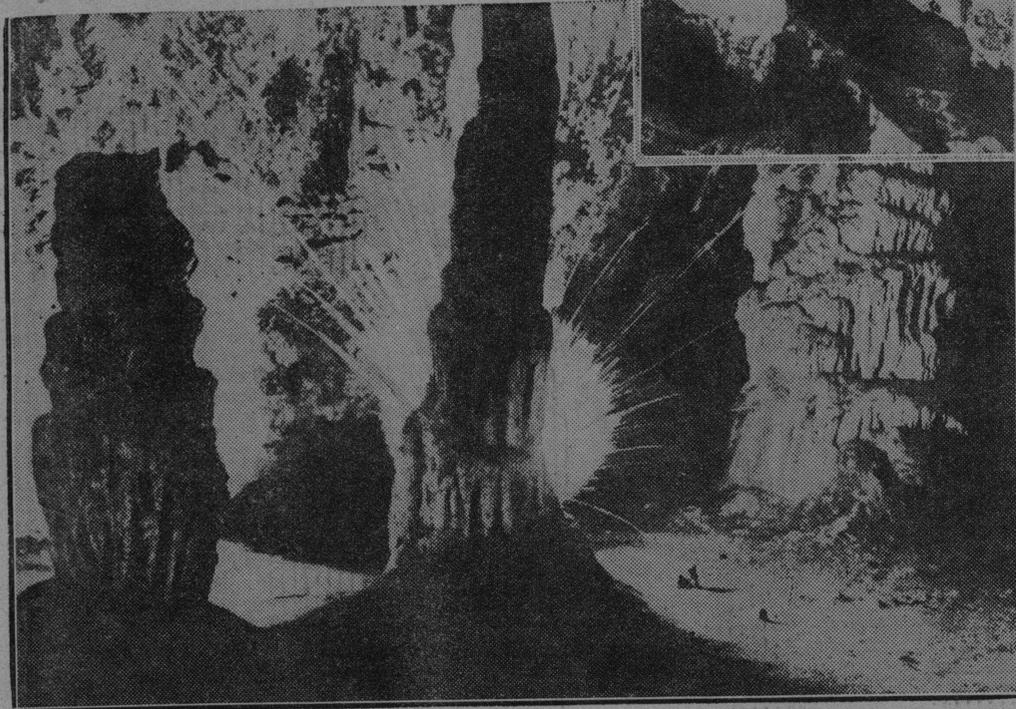


«DEBE SER UN BUEN VENDEDOR
ESE MUCHACHO, ¡CADA
VEZ QUE VISITA LA CIUDAD
INVENTA UNA HISTORIA DIS-
TINTA!»

TRÁS LOS CABALLEROS DEL SANTO GRIAL

A leyenda del Santo Grial y de sus caballeros custodios es generalmente recordada, ya sea por la noticia que de ello dan las lecturas corrientes, o más frecuentemente por el conocimiento de

En la cumbre de Montsegur se encuentran las gigantescas ruinas del castillo de ese nombre, las que algunos creen fueron de la ciudad de Grial



las dos famosas óperas de Wagner «Lohengrin» y «Parsifal». En Monsalvat está el famoso templo en el cual se custodia la pureza del Grial como la expresión máxima de santidad. ¿Monsalvat? ¿Dónde está Monsalvat, la montaña de los santos? Sobre este particular se ha discutido muchísimo, derramándose mares de tinta en la controversia. Críticos autorizados han llegado a afirmar que Monsalvat es el Monserrat catalán, donde se halla el famoso monasterio de este nombre. Según esos autores, las persecuciones religiosas de que fueron objeto los albigenses y los cátaros determinaron el éxodo de gran número de pobladores del sur de Francia hacia los Pirineos. Los trovadores siguieron a estas poblaciones, y sus obras se mezclaron con las leyendas del Santo Grial, de tal manera que con el tiempo llegaron a confundirse Monserrat de Cataluña, Monsalvat de la tradición y Montsegur, municipio al norte de los Pirineos, en el distrito de Foix, donde también se desarrollaron—según otros investigadores—los hechos mitológicos que han hecho famosa a la localidad catalana.

Una gruta de extraordinaria magnificencia. Gigantescas estalagmitas en el costado de una caverna proyectan sus mágicos destellos sobre la pared. Una potente luz proporciona este espectáculo realmente maravilloso

EN MONTSEGUR

El sendero que conduce a las cuevas de las que está surcada la montaña donde se alza Montsegur aparece obstruido por impenetrables matosales de espinos y rosales silvestres. Docenas de víboras y culebras se esconden en las grietas de las rocas, como si quisieran llevar a las milenarias y misteriosas grutas la noticia de la proximidad de gente extraña. El ascenso hasta la entrada de las cuevas requiere, por las dificultades que ofrece, una aptitud especial para el alpinismo y estar debidamente entrenado. Con la ayuda de largas cuerdas y calzados con fuertes botas claveteadas, llegamos hasta donde se alza la torre de «La Catedral», elevado pico el pie del cual empieza precisamente el complicado sistema subterráneo de la región. Nuestro compañero de aventura se internó resueltamente entre las montañas, y a poco andar se detuvo lleno de asombro ante la belleza incomparable del espectáculo que se presenta al llegar a la entrada de una gi-

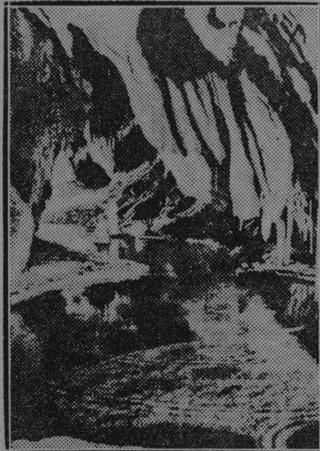
gantescas bóveda, sólo comparable al interior de una gran catedral. En ese punto arranca el camino que conduce a través de pequeñas bóvedas y estrechos refugios, en los que apenas hay espacio suficiente para asentar el pie, hasta las amplísimas grutas cuyo número, situación y comunicaciones, aun no han podido ser determinados. En el interior de estas montañas se encuentran numerosos lagos y fuentes de cuya belleza y variedad sólo pueden dar idea las ilustraciones que acompañan esta nota. El conjunto de las grutas y el número de los pasadizos que las comunican es tan grande, que nuestro compañero las estuvo recorriendo horas y horas, y hasta días enteros, sin encontrarles fin. Aquí fijaron su residencia hace setecientos años los



En una gruta recién descubierta, Kinderknecht encuentra ciertos dibujos simbólicos inscriptos en la roca. Las figuras se revelan frotándolas con un trapo empapado en alcohol. Este dibujo representa una mano sosteniendo la cruz característica de los caballeros del Santo Grial y está muy bien trazado

min des cathares», camino de los cátaros, que conduce a Montsegur. Cierta Mario Saverdin, que conoce todos los secretos de la región y que sirvió de guía y consejero a nuestra expedición, es llamado por sus paisanos «Prince des cathares», el príncipe de los cátaros. Posee relaciones y noticias sobre todas las numerosas curiosidades del lugar y se ocupa constantemente de investigar los rastros históricos de las grutas. Eso sí, no hay quien le convenza, ni aun con el testimonio del poeta medioeval Wolfram de Eschanbach, de que los caballeros del Santo Grial hayan venido a los Pirineos franceses desde otras regiones. Las anotaciones sobre los caballeros templarios que nuestro compañero de expedición ha tomado de las inscripciones descubiertas en la región, desde los muros hasta el fondo de cavernas descubiertas por él, contienen muchos informes de gran valor, además de abundar en aclaraciones sobre puntos hasta ahora oscuros. Dejando de lado toda explicación científica, podemos afirmar que de aquí en adelante las investigaciones que se realicen encontrarán una nueva luz en su empeño por despejar la compleja incógnita de los caballeros del Santo Grial.

Ch. IGNOTUS



Un lago en el fondo de una caverna recién descubierta. El agua de las lluvias se filtra por las paredes de la caverna y va formando lentamente caprichosas estalagmitas de blancura deslumbrante

LADY JOCELYN

Por MARY JOHNSTON



(Continuación)

—¿Qué os parece mi ardid?—preguntó Sparrow a media voz—. Ahí los tenéis desarmados por el miedo. Caigamos sobre ellos. Creo que bastaremos los dos para entenderlos con esos pusilánimes.

Mientras hablaba, ataba sólidamente al tronco de un árbol al doctor italiano y cuando hubo acabado esta operación caímos sobre el grupo.

Como era de prever, no hallamos ninguna resistencia. En un abrir y cerrar de ojos, con ayuda de Diccon que nos había conocido en el acto, pusimos en precipitada fuga a los cuatro guardianes y desatamos a mi esposa y su esclava Angela.

La pupila del rey dió muestra de un alma grande. Inútilmente se hubiera buscado en su rostro la más mínima señal de espanto. Su corazón, como el mío, se exaltaba ante el peligro. Me tendió la mano sonriendo y me dijo:

—¿No me afirmásteis ayer que la serpiente estaba muerta?

—Como si lo estuviera—respondí señalando al árbol donde habíamos dejado atado al doctor Nicolo.

Más ¡oh fatalidad! el árbol se alzaba en su sitio, pero el italiano había huido. Hice observar la desaparición a Jeremías Sparrow.

—Tengo yo la culpa—declaró—. Al atarle le hice daño, se echó a llorar y yo por lástima, le aflojé las ligaduras. Ha aprovechado mi debilidad para escaparse.

—¡No importa!—exclamé—. De todos modos no pensábamos estrangularle. A estas horas estará corriendo en dirección a Jamestown o habrá ido a desatar a su amo. Por nuestra parte, vamos cuanto antes a la ciudad. Ya es noche cerrada y tengo necesidad de descansar.

Volvimos al punto donde habíamos dejado atados los caballos. Sparrow puso a la negra a la grupa, yo me encargué de Jocelyn, y de esta forma emprendimos el regreso a Jamestown. Deseando manifestar mi mal humor a Diccon, pues me había respondido de Jocelyn con la cabeza, fingí no notar su presencia y nos singuió corriendo detrás de los caballos. Con voz apenas conmovida, mi mujer me preguntó cómo habíamos dado con su rastro. La conté cómo habíamos sorprendido, asualmente, la conversación de Lord Carnal con el doctor Nicolo, su envenenador a sueldo, y la dije cómo habíamos dejado al favorito del rey atado a un árbol. Jocelyn se rió a carcajadas.

Atravesamos la selva de los fantas-

mas sin más aventuras y no tardamos en ver brillar a lo lejos, las luces de Jamestown. Al pasar bajo las ventanas de la casa de Lord Carnal levantamos la cabeza. Las habitaciones estaban brillantemente iluminadas. Sin duda el noble había recobrado su libertad y se apresuraba a disimular su humillación con la apariencia de fiesta.

—¡Ralph, dijo mi mujer con voz fuerte—; cuando volvamos por el bosque me mostraréis ese árbol...

Era la primera vez que Jocelyn me llamaba por mi nombre de pila. Indudablemente lo hacía más bien por irritar a Lord Carnal que demostrarme afecto. No podía ¡ay! hacerme ilusiones sobre este particular. Sin embargo, la familiaridad me agradó.

Tenia que demostrar mi descontento a Diccon so pena de perder mi prestigio a los ojos de mi criado.

Al acabarse la comida, a la cual había asistido Diccon, de pie, detrás de mi silla, le interpele:

—Diccon—le dije con aire altanero e irritado—: ¿No merece un servidor infiel un castigo severo? ¿Bastarán cien palos para castigar su perjurio? ¿No me

habías respondido de Mrs. Percy con tu cabeza?

Diccon, con los ojos bajos, no respondió. Me levanté y cogí un látigo que estaba colgado en la pared, y ya iba a castigar al culpable, el cual, considerando justa la pena, inclinaba el cuerpo sin decir palabra, cuando Jocelyn se levantó y me sujetó el brazo:

—Capitán Percy—dijo—, soy yo y no vuestro criado quien merece vuestros reproches. Le hice ir al bosque contra su voluntad. Me había declarado los peligros que corría y no permití que le castigáseis delante de mí.

Arrojé el látigo sobre la mesa. —Vete, Diccon—dije—. Y da las gracias a quien acaba de salvarte tan generosamente.

A media noche nos retiramos a nuestros aposentos respectivos ansiando el descanso que tan bien merecido teníamos después de una jornada tan fértil en peripecias.

CAPITULO

En el que nuestros asuntos se complican

—¡Capitán Percy! ¡capitán Percy! ¡Una gran noticia!

Conoció la voz de Jeremías Sparrow y salió a escape a recibirle.

—Hace rato que está a la vista un navío de alto bordo, de casco azul. El puerto está lleno de gente. Se cree que es el velero que debe traer de Londres las órdenes de la Compañía. Lord Carnal, seguido de sus amigos, de su médico, de Pory y de Eduardo Sharpless, se pasea por el muelle riéndose de satisfechísimo. Pinge estar seguro del resultado del conflicto. Ha mandado llevar una mesa y sillas, y da de beber a todo el

...ciencia. Por fin iba a saber de Jamestown y sobre todo, iba a saber de Joe y de mí. ¡Dios mío! ¿qué no hubiese ocurrido nada a la pupila del rey!

Opechcanough volvió al pueblo ya muy cerrada a noche. Yo salí a su encuentro con el fin de saludarle.

—No dejéis de decir a los ingleses que Opechcanough se va haciendo viejo—dijo—. Opechcanough no aspira ya más que al reposo y a la paz. En el Powhatan hay sitio para todo el mundo. Opechcanough desea que los hombres de su raza y los Rostros Pálidos se eleven en buena armonía y que su vejez no se vea entristecida por la guerra.

—Sin esperar mi respuesta, el emperador desapareció bajo su tienda. Yo me quedé perplejo y poco convencido de su discurso. Comunicué mis sospechas a Dicoon, el cual las aprobó y participó de ellas. Nuestras cenas fué silenciosas y tristes.

Mientras tomábamos el fresco en la puerta de nuestra tienda vinieron hacia nosotros una porción de jóvenes vestidos de blanco con el cabello lleno de flores y grandes ramos en las manos. Iba a comenzar la anunciada fiesta por Nantauquas. Los jóvenes indios ballaban con gracia y agilidad y al d'ncanz cantaba una de ellas una quejumbrosa melopea que sus compañeras repetían a coro.

Yo tenía, como siempre, mis pensamientos en Joe y en mí. ¿Seguiría en Jamestown?

A las danzas de las jóvenes, siguieron pocas zarzabandas de los guerreros Dicoon y yo las presentábamos como espectáculo impasibles, pero una impaciencia mal contenida, esperábamos el momento oportuno para retirarnos, aprovechando la embriaguez general. No se hacían presentados ni Opechcanough ni Nantauquas. Mientras buscábamos los medios de desaparecer sin que lo notasen, nos fijamos en una joven que estaba sentada algo lejos de los demás espectadores y que, al parecer, quería llamarnos la atención. Supuse que tenía que decirme algo y acercándome a ella, me invitó, con una seña a seguirla y se puso un dedo en los labios. Dicoon me siguió de lejos, y en vez de meternos en nuestra vivienda nos fuimos a la joven india.

Así anduvimos por espacio de unos minutos sin saber adónde nos llevaba. De pronto, vimos a nuestra izquierda una choza aislada, de dimensiones más considerables que las otras del pueblo. Nuestra guía se acercó a aquella choza, levantó las mantas que cerraban la entrada y se apartó para dejarnos pasar.

Titubeamos un instante y entramos. En el centro de la tienda ardía alegre y claro el fuego tradicional. A su izquierda vi a Nantauquas de pie, apoyado en un pino gigantesco, cuyas raíces se hundían en el suelo mismo de la tienda y cuyo tronco atravesaba el techo de la vivienda. Entre Nantauquas y yo se alzaba el fuego crepitante y alegre. El sobrio de Opechcanough vestía sus arcos de guerra completos. Empuñaba sus armas como si fuera a entrar en combate. Su expresión me parecía más digna y más sombría que de costumbre. En seguida advertí que iba a ocurrir entre nosotros algo grave e irrevocable.

—Nantauquas! — exclamé avanzando con ánimo de saltar por encima de la lumbre.

Pero Nantauquas hizo un ademán que me dejó clavado en el suelo. Aquel glacial recibimiento redobló mi sorpresa y mi inquietud.

La joven india, que nos había guiado, salió de la tienda y se puso a la entrada de ésta para que estuviésemos seguros de no ser sorprendidos por una visita imprevista. La fiesta seguía. El lejano eco de las danzas y de la música que las acompañaba llegaba hasta nosotros.

El instante era solemne.

Como Nantauquas no se decidía a romper el silencio fui yo quien hizo la primera pregunta:

—Nantauquas, amigo mío—dije con el aire más natural del mundo—. ¿De qué se hab'arme?

—¿Qué el reanudar el hilo de la vida... y creí notar que experimentaba cierto embarazo al tratar de explicarme sus decisiones. Yo estaba sorprendido y entristecido por el cambio que se había operado en las disposiciones del joven jefe indio. Y comencé a dudar de mi regreso a Jamestown.

Nantauquas se decidió al fin a hablar.

—Cuando hayan terminado las danzas, cuando se hayan consumido las hogueras de regocijo, cuando el sol se aice en esos cielos, vendrá a veros Opechcanough y os despedirá afablemente. Os regalará las perlas que brillan en su diadema y el brazaete que lleva habitualmente en el brazo derecho. Además os dará tres hombres de escolta y recibiréis de su mano el mensaje amistoso que destina al gobernador.

—El mensaje de Opechcanough será entregado a su destinatario. ¿No tendré que hacer nada más que eso?

Ya habéis escuchado las palabras de Opechcanough. Escuchad ahora a Nantauquas. Ved esos dos cuchillos que penden de la pared de mi tienda, debajo de mi escudo. Cogedlos y ocultadlos. Aún no había acabado Nantauquas su frase, cuando Dicoon había seguido su consejo. Guardó un cuchillo y me entregó el otro.



—Ya estamos preparados para cualquier eventualidad—dije—, pero ¿no es singular, oh, Nantauquas! que los mensajeros de paz lleven armas tan mortíferas?

—Quizás necesitéis usarlas—respondió Nantauquas—. Si veis en la selva más de lo que debéis ver y el ojo más de lo que debéis oír, los tres hombres que os servirán de escolta tienen orden de mataros como perros. El sol de mañana se alzará sobre un país pacífico y también el de pasado mañana y el del siguiente; pero al romper el alba del cuarto día, las tribus marcharán contra los ingleses. En toda la extensión del territorio, a la hora en que los hombres trabajan en los campos y las mujeres cuidan sus hogares, se pondrán en marcha todas las tribus de la raza india y correrá la sangre y el fuego de un extremo a otro del Powhatan. No quedará una sola casa en pie ni un ser humano con vida.

—Hum!—objeté—. Hay tres mil ingleses en Virginia.

—No esperan la guerra—declaró Nantauquas—, y como no están preparados, sucumbirán. Son muy numerosos los indios de los pueblos del Powhatan y hace mucho tiempo que vienen aprestándose para la lucha. Sus hachas están recién hechas.

Dicoon se aventuró a hablar:

—Corramos, mi capitán, corramos a prevenir a nuestros compatriotas de Jamestown! Ahora que poseo un arma me encuentro más seguro de mí mismo.

Moví la cabeza negativamente, y Nantauquas le hizo seña de que se callase.

—Seríais los primeros en morir—dijo sencillamente.

El corazón me latía violentamente.

—¡Tres días!—exclamé—. ¡No tenemos más que tres días para prepararnos contra una desgracia tan grande. ¿Cuándo habéis sabido la espantosa noticia, Nantauquas?

—Mientras asistíais a las danzas. Yo estaba en la tienda de Opechcanough sentado a su lado. El emperador me hablaba de su juventud y de la juventud de mi padre. Me contó su feliz infancia en ur país situado al Sur de éste, un país fértil en el que los hombres viven en casas de piedra y sacrifican a un dios cruel, niños recién nacidos. Después narro la llegada de los ingleses a este país y los traslomos que trajeron consigo. Opechcanough ha jurado la muerte de los rostros pálidos. Luchará contra ellos hasta el último suspiro.

—¿Por qué, pues, nos marda a Jamestown? Los ingleses no sospechan nada. Su confianza en el emperador no necesita refuerzo.

Al decir esto se quitó un collar de perlas que ornaba su diadema y el rico brazaete que respaldaba en su muñeca, y me los entregó.

—Gracias al emperador, Opechcanough—dijo sencillamente— este amigo. Cuando nos volvamos a encontrar, el capitán Percy no tendrá las manos vacías.

Mientras que cambiábamos estos últimos cumplidos, la población entera daba muestras de la más viva alegría. Los tambores redoblaron y los jóvenes entonaron un lamentable cántico de despedida. A una seña del capitán, los guerreros se formaron en columna de marcha y nos escoltaron hasta el lindero del bosque. Nantauquas había desaparecido mientras tenía.

Nos despedimos de la horda bulliciosa que nos había acompañado y bajamos hacia el río precedidos de nuestros tres guías. Escondida entre unos árboles había una barca, en la cual cruzamos el río y Nantauquas había anunciado el ataque de Jamestown para el cuarto día a contar del de su revelación. El ascio de Jamestown debía, pues, comenzar el viernes.

—¡Tres días! ¡No disponíamos más que de tres días para llegar a Jamestown y prevenir a nuestros compatriotas.

A pesar de todo, esperábamos, contra toda esperanza. La suerte de los tres indios que nos acompañaban estaba echada. Según la declaración de Nantauquas tenían orden de estrangularnos al primer signo sospechoso de nuestra parte. Pero nosotros nos adelantamos. Hacía tanto tiempo que Dicoon y yo corríamos las mismas aventuras, que no teníamos necesidad de muchas palabras para entendernos. Una seña nos bastaba y por señas decidimos matar a nuestros guías en cuanto se presentase ocasión favorable.

La operación ofrecía graves peligros. Los tres indios eran guerreros experimentados, feroces como lobos, astutos como zorros y de vista de águilas. No sospechaban nuestros propósitos, más por costumbre llevaban una mano en el mango del cuchillo y con la otra acariciaban el hacha.

Dicoon y yo hablábamos alegrementemente con toda libertad al seguir el húmedo sendero por el cual nos precedían nuestros guías. Dicoon se acercó al más cercano de los Píeles Rojas y empezó a hablar con él en voz baja. Dicoon le propuso el cambio de una escopeta de caza por seis pieles de nutrias frescas. El indio aceptó el trato y prometió llevarle las seis pieles a Jamestown. Pero al hablar de esta suerte, Dicoon y el indio se veían recíprocamente con los ojos de la imaginación degollados, bañados en sangre... ¿Cuál de ambos sucumbirían así?

El sol que tan claro lucía por la mañana, se había nublado y no tardó en estallar una tempestad terrible.

Nuestros guardianes buscaron un refugio en las cercanías, pero no conocían ninguna choza en dos leguas a la redonda. La violencia del aguacero aumentaba por momentos y nos fué imposible avanzar. A pocos pasos de nosotros, se alzaba una encina inmensa y a falta de otra cosa nos refugiábamos bajo su copa.

Llenos de terror religioso los indios se postraron de rodillas. En su sentir era el soplo del dios Oki, el que movía las nubes y agitaba el huracán, y cuando sonó, de repente, sobre nuestras cabezas el trueno, el primer trueno del año, se arrojaron al suelo y se pusieron a implorar al dios que se manifestaba de aquella suerte.

Dicoon me mostró con el dedo los tres indios prostrados y comprendí en se-

—Es un capricho de Opechcanough. Ha comado de presentes a todos los cazadores y a todos los negociantes que se encuentran actualmente en el territorio indio y les ha entregado cartas de amistad. Todos esos mensajeros llegarán a Jamestown al mismo tiempo, el mismo día que Opechcanough se pondrá a la cabeza de sus guerreros y marchará contra los ingleses.

Quando comprendí que Nantauquas no tenía más que decirnos, avancé hacia él con la mano tendida y me la estreché estusivamente.

Después se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido. A esta seña, la joven india que nos servía de centinela apartó rápidamente la manta que cerraba la entrada de la tienda y salió seguido de Dicoon.

Llegamos a nuestra tienda sin que nos viese nadie y nos acostamos en el suelo, pero yo no traté siquiera de dormir. En mi impaciencia, me parecía interminable la noche.

Por fin, el firmamento se trocó de negro en gris. A los primeros rayos del sol se presentaron en nuestra puerta las mujeres de los Paspapeghs, trayéndonos el desayuno. En atención a la solemnidad del momento, les dirigí algunas palabras de agradecimiento e invité a toda la población a venir a Jamestown a probar los

rostros pálidos.

Quando acabábamos de desayunar salió Opechcanough de su tienda, seguido de su guardia de honor. Sentéose con lentitud y majestad en una blanca manta que sus criados tendieron a pocos pasos de nosotros, y contempló a sus subditos con una mirada enigmática cargada de perfidia.

Un joven indio le trajo una larga pipa pintada y esculpida. La puso entre sus labios y comenzó a fumar silenciosamente. Después me la entregó y tuve que desempeñar mi papel en esta odiosa comedia. Al parecer, le satisfacía verme fumar.

—El cielo se hundirá—dijo—, los ríos dejarán de correr y las aves de cantar antes de que este humo de paz se disipe a soplo del viento de la guerra.

Tomé de sus manos el simbolo de la paz y fumé lentamente, tan lentamente como el emperador. Después devolví la pipa a su dueño y pronuncié unas palabras de concordia.

El emperador me tendió su cobjriza mano y después se levanto. A un gesto suyo, se acercaron tres guerreros.

—Estos son—dijo— los guardianes encargados de llevar al capitán Percy con sus hermanos. El sol ya está bastante alto en el horizonte. Es hora de partir. He aquí los presentes para el capitán Percy y para mi hermano el gobernador.

Al decir esto se quitó un collar de perlas que ornaba su diadema y el rico brazaete que respaldaba en su muñeca, y me los entregó.

—Gracias al emperador, Opechcanough—dijo sencillamente— este amigo. Cuando nos volvamos a encontrar, el capitán Percy no tendrá las manos vacías.

Mientras que cambiábamos estos últimos cumplidos, la población entera daba muestras de la más viva alegría. Los tambores redoblaron y los jóvenes entonaron un lamentable cántico de despedida. A una seña del capitán, los guerreros se formaron en columna de marcha y nos escoltaron hasta el lindero del bosque. Nantauquas había desaparecido mientras tenía.

Nos despedimos de la horda bulliciosa que nos había acompañado y bajamos hacia el río precedidos de nuestros tres guías. Escondida entre unos árboles había una barca, en la cual cruzamos el río y Nantauquas había anunciado el ataque de Jamestown para el cuarto día a contar del de su revelación. El ascio de Jamestown debía, pues, comenzar el viernes.

—¡Tres días! ¡No disponíamos más que de tres días para llegar a Jamestown y prevenir a nuestros compatriotas.

A pesar de todo, esperábamos, contra toda esperanza. La suerte de los tres indios que nos acompañaban estaba echada. Según la declaración de Nantauquas tenían orden de estrangularnos al primer signo sospechoso de nuestra parte. Pero nosotros nos adelantamos. Hacía tanto tiempo que Dicoon y yo corríamos las mismas aventuras, que no teníamos necesidad de muchas palabras para entendernos. Una seña nos bastaba y por señas decidimos matar a nuestros guías en cuanto se presentase ocasión favorable.

La operación ofrecía graves peligros. Los tres indios eran guerreros experimentados, feroces como lobos, astutos como zorros y de vista de águilas. No sospechaban nuestros propósitos, más por costumbre llevaban una mano en el mango del cuchillo y con la otra acariciaban el hacha.

Dicoon y yo hablábamos alegrementemente con toda libertad al seguir el húmedo sendero por el cual nos precedían nuestros guías. Dicoon se acercó al más cercano de los Píeles Rojas y empezó a hablar con él en voz baja. Dicoon le propuso el cambio de una escopeta de caza por seis pieles de nutrias frescas. El indio aceptó el trato y prometió llevarle las seis pieles a Jamestown. Pero al hablar de esta suerte, Dicoon y el indio se veían recíprocamente con los ojos de la imaginación degollados, bañados en sangre... ¿Cuál de ambos sucumbirían así?

El sol que tan claro lucía por la mañana, se había nublado y no tardó en estallar una tempestad terrible.

Nuestros guardianes buscaron un refugio en las cercanías, pero no conocían ninguna choza en dos leguas a la redonda. La violencia del aguacero aumentaba por momentos y nos fué imposible avanzar. A pocos pasos de nosotros, se alzaba una encina inmensa y a falta de otra cosa nos refugiábamos bajo su copa.

Llenos de terror religioso los indios se postraron de rodillas. En su sentir era el soplo del dios Oki, el que movía las nubes y agitaba el huracán, y cuando sonó, de repente, sobre nuestras cabezas el trueno, el primer trueno del año, se arrojaron al suelo y se pusieron a implorar al dios que se manifestaba de aquella suerte.

Dicoon me mostró con el dedo los tres indios prostrados y comprendí en se-

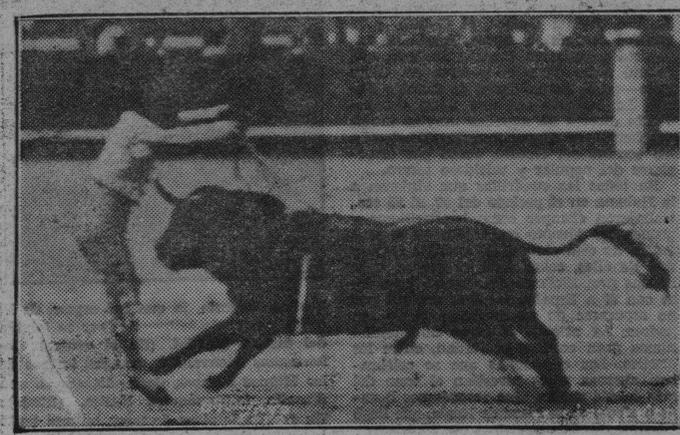
pañola, muchos descoloridos del tiempo viejo se acordarán de aquella Plaza de Toros que se levantaba en la Calzada de la Infanta, propiedad de don Angel, cuyo apellido no recordamos, toda de madera; y recordarán también que una tarde se convirtió en merca de dos horas en un montón de ruinas, presa de un voraz incendio. En ella torceron Mazantini, Hermosilla, «Cuatro-Demos», Guerrita, el Al-mendo, Marinero, Legartija, llamado así por su parecido con el gran Legartijo, el Habanero y otros espadas famosos de aquel tiempo. La Calzada de la Infanta los días de corridas tenía un cierto parecido con la calle de Alcalá de Madrid, con su brillante paseo de coches, carretelas, banderillas, familiares, tiluris y demás vehículos, en los que se ostentaba lo más bello y escogido del elemento femenino que lucía con el garbo y la gentileza criolla, pintorescos y ricos mantos



VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS LA PLAZA de TOROS de INFANTA

Por Federico VILLOCH

ON motivo de haberse votado recientemente por el Senado de la República la ley autorizando en toda la isla las corridas de toros al estilo de las que se celebran en la península española, muchos descoloridos del tiempo viejo se acordarán de aquella Plaza de Toros que se levantaba en la Calzada de la Infanta, propiedad de don Angel, cuyo apellido no recordamos, toda de madera; y recordarán también que una tarde se convirtió en merca de dos horas en un montón de ruinas, presa de un voraz incendio. En ella torceron Mazantini, Hermosilla, «Cuatro-Demos», Guerrita, el Al-mendo, Marinero, Legartija, llamado así por su parecido con el gran Legartijo, el Habanero y otros espadas famosos de aquel tiempo. La Calzada de la Infanta los días de corridas tenía un cierto parecido con la calle de Alcalá de Madrid, con su brillante paseo de coches, carretelas, banderillas, familiares, tiluris y demás vehículos, en los que se ostentaba lo más bello y escogido del elemento femenino que lucía con el garbo y la gentileza criolla, pintorescos y ricos mantos



La peligrosa suerte de banderillas

de la corrida con chascarrillos, comentarios y graciosa monaca corrobosera. Y ¡oh! por todas partes.

En cada pasaje y teatro no se hablaba más que de las proezas de las corridas. Unos eran partidarios del Guerrita; y otros de Ma antini. De este último era decidida la famosa trágica francesa Sarah Bernhard, que actuaba en el Gran Teatro de Tacón cuando debutó en la Plaza de la Infanta dicho torero, quien organizó en honor de la artista una corrida íntima especial a la que asistieron los actores de la compañía francesa, vistiendo algunas de las artistas el pintoresco tra de Carmen. Una banda de música, en la que figuraba el famoso cornetín Rabby—larba negro azabache terminada en punta—tocaba alegres pase-calles madrileños, y pasajes escogidos de la citada ópera de Bizet. En su primera corrida aquí en la Habana, Guerrita sufrió una cogida de relativa importancia en el cuello y no se hablaba en todas partes más que del accidente. Durante aquella temporada y otras posteriores se publicó un periódico titulado, «El Puntillero», dirigido por el reporter de «La Unión Constitucional» Paco Díaz, que firmaba «Paco de Oro», y en el que colaboraba un servidor de ustedes, amenizando las reseñas



El que fué «divino» calvo, El Gallo, con la mueta

de la corrida con chascarrillos, comentarios y graciosa monaca corrobosera. Y ¡oh! por todas partes.

En cada pasaje y teatro no se hablaba más que de las proezas de las corridas. Unos eran partidarios del Guerrita; y otros de Ma antini. De este último era decidida la famosa trágica francesa Sarah Bernhard, que actuaba en el Gran Teatro de Tacón cuando debutó en la Plaza de la Infanta dicho torero, quien organizó en honor de la artista una corrida íntima especial a la que asistieron los actores de la compañía francesa, vistiendo algunas de las artistas el pintoresco tra de Carmen. Una banda de música, en la que figuraba el famoso cornetín Rabby—larba negro azabache terminada en punta—tocaba alegres pase-calles madrileños, y pasajes escogidos de la citada ópera de Bizet. En su primera corrida aquí en la Habana, Guerrita sufrió una cogida de relativa importancia en el cuello y no se hablaba en todas partes más que del accidente. Durante aquella temporada y otras posteriores se publicó un periódico titulado, «El Puntillero», dirigido por el reporter de «La Unión Constitucional» Paco Díaz, que firmaba «Paco de Oro», y en el que colaboraba un servidor de ustedes, amenizando las reseñas

de la corrida con chascarrillos, comentarios y graciosa monaca corrobosera. Y ¡oh! por todas partes.

En cada pasaje y teatro no se hablaba más que de las proezas de las corridas. Unos eran partidarios del Guerrita; y otros de Ma antini. De este último era decidida la famosa trágica francesa Sarah Bernhard, que actuaba en el Gran Teatro de Tacón cuando debutó en la Plaza de la Infanta dicho torero, quien organizó en honor de la artista una corrida íntima especial a la que asistieron los actores de la compañía francesa, vistiendo algunas de las artistas el pintoresco tra de Carmen. Una banda de música, en la que figuraba el famoso cornetín Rabby—larba negro azabache terminada en punta—tocaba alegres pase-calles madrileños, y pasajes escogidos de la citada ópera de Bizet. En su primera corrida aquí en la Habana, Guerrita sufrió una cogida de relativa importancia en el cuello y no se hablaba en todas partes más que del accidente. Durante aquella temporada y otras posteriores se publicó un periódico titulado, «El Puntillero», dirigido por el reporter de «La Unión Constitucional» Paco Díaz, que firmaba «Paco de Oro», y en el que colaboraba un servidor de ustedes, amenizando las reseñas

de la corrida con chascarrillos, comentarios y graciosa monaca corrobosera. Y ¡oh! por todas partes.

En cada pasaje y teatro no se hablaba más que de las proezas de las corridas. Unos eran partidarios del Guerrita; y otros de Ma antini. De este último era decidida la famosa trágica francesa Sarah Bernhard, que actuaba en el Gran Teatro de Tacón cuando debutó en la Plaza de la Infanta dicho torero, quien organizó en honor de la artista una corrida íntima especial a la que asistieron los actores de la compañía francesa, vistiendo algunas de las artistas el pintoresco tra de Carmen. Una banda de música, en la que figuraba el famoso cornetín Rabby—larba negro azabache terminada en punta—tocaba alegres pase-calles madrileños, y pasajes escogidos de la citada ópera de Bizet. En su primera corrida aquí en la Habana, Guerrita sufrió una cogida de relativa importancia en el cuello y no se hablaba en todas partes más que del accidente. Durante aquella temporada y otras posteriores se publicó un periódico titulado, «El Puntillero», dirigido por el reporter de «La Unión Constitucional» Paco Díaz, que firmaba «Paco de Oro», y en el que colaboraba un servidor de ustedes, amenizando las reseñas

de la corrida con chascarrillos, comentarios y graciosa monaca corrobosera. Y ¡oh! por todas partes.

En cada pasaje y teatro no se hablaba más que de las proezas de las corridas. Unos eran partidarios del Guerrita; y otros de Ma antini. De este último era decidida la famosa trágica francesa Sarah Bernhard, que actuaba en el Gran Teatro de Tacón cuando debutó en la Plaza de la Infanta dicho torero, quien organizó en honor de la artista una corrida íntima especial a la que asistieron los actores de la compañía francesa, vistiendo algunas de las artistas el pintoresco tra de Carmen. Una banda de música, en la que figuraba el famoso cornetín Rabby—larba negro azabache terminada en punta—tocaba alegres pase-calles madrileños, y pasajes escogidos de la citada ópera de Bizet. En su primera corrida aquí en la Habana, Guerrita sufrió una cogida de relativa importancia en el cuello y no se hablaba en todas partes más que del accidente. Durante aquella temporada y otras posteriores se publicó un periódico titulado, «El Puntillero», dirigido por el reporter de «La Unión Constitucional» Paco Díaz, que firmaba «Paco de Oro», y en el que colaboraba un servidor de ustedes, amenizando las reseñas

de la corrida con chascarrillos, comentarios y graciosa monaca corrobosera. Y ¡oh! por todas partes.

En cada pasaje y teatro no se hablaba más que de las proezas de las corridas. Unos eran partidarios del Guerrita; y otros de Ma antini. De este último era decidida la famosa trágica francesa Sarah Bernhard, que actuaba en el Gran Teatro de Tacón cuando debutó en la Plaza de la Infanta dicho torero, quien organizó en honor de la artista una corrida íntima especial a la que asistieron los actores de la compañía francesa, vistiendo algunas de las artistas el pintoresco tra de Carmen. Una banda de música, en la que figuraba el famoso cornetín Rabby—larba negro azabache terminada en punta—tocaba alegres pase-calles madrileños, y pasajes escogidos de la citada ópera de Bizet. En su primera corrida aquí en la Habana, Guerrita sufrió una cogida de relativa importancia en el cuello y no se hablaba en todas partes más que del accidente. Durante aquella temporada y otras posteriores se publicó un periódico titulado, «El Puntillero», dirigido por el reporter de «La Unión Constitucional» Paco Díaz, que firmaba «Paco de Oro», y en el que colaboraba un servidor de ustedes, amenizando las reseñas

EL LOCOCARRIL POR FONTAINE FOX

Editors: Fred Service, Inc.
220 E. 42nd St., New York

«ANGELITO»



«¿ANGELITO, VEN EN SEGUIDA PARA QUE TOMES EL BAÑO!»



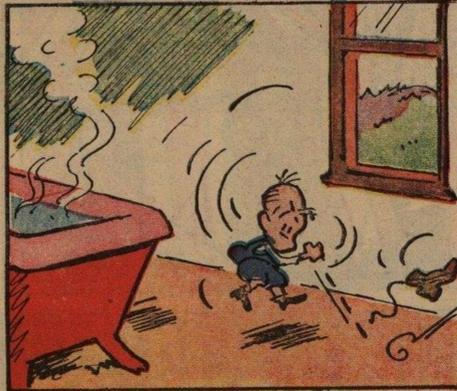
«¿CARAMBA, VENIR A INTERRUPTIR-NOS LA REUNIÓN DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL CLUB!»



«¿NO ME IMPORTA NADA LA PRESIDENCIA DEL CLUB! ¡A BAÑARTE!»



«¿ANGELITO, NO PODEMOS CONTINUAR LA REUNIÓN SIN TI!»



«¿CUMPLÍCASELO A LOS DEMÁS MIEMBROS Y QUE VENGAN ACÁ YA MISMO!»



«¿ESTA ESCALERA NOS SERVIRÁ MUY BIEN, MUCHACHOS!»



«¿NO HAGAN RUIDO, CAMARADAS!»



«¿DIANTRE, LA CASA SE ESTÁ INUNDANDO DE AGUA! ¡SALE DEL CUARTO DE BAÑO!»



«¿VOTO A SANES! ¡TENDRÉ QUE CASTIGAR A ESE CHIQUILLO!»



«¿QUÉ OPINAS, MAMA? ¡CELEBRAMOS LA REUNIÓN MIENTRAS NOS BAÑÁBAMOS Y ME ELIGIERON PRESIDENTE!»



La multitud aglomerada a ambos lados del puente no acertaba a explicarse aquella maniobra. Marie oyó claramente cuando el reloj de la torre daba la una de la tarde.

SENTADA ante el escritorio, la hermosa Marie atendía con su acostumbrada rapidez al servicio de la emisora ZWZO. Cerca de la una del día las llamadas empezaban a multiplicarse, pues los programas empezaban a ser continuos desde las once, y a las dos horas de radioemisión ya el público no podía contener la curiosidad. Marie contestaba todas las preguntas y transmitía todos los mensajes, sin incomodarse ni perder el buen humor, como lo exigía la empresa. A la una menos dos minutos se plantó frente a ella, con un gesto militar, el inevitable Tom Hudson, a cuyo cargo estaban los programas comerciales de la fábrica de especialidades alimenticias King.

—Siempre a tiempo! —dijo Hudson, el supremo locutor.

—Tenga cuidado, genio, —le replicó Marie— que un día se le va a escapar el tren!

Le había hablado con ira, porque en realidad le profesaba una antipatía tremenda. Hudson, en cambio, le echaba pipos constantemente y no perdía la ocasión de invitarla a salir de paseo con él.

—¿Qué le parece ir a un cabaret esta noche, linda?

—Me parece muy mal!

—¿Está segura? Por Dios, Marie, no desperdicie la oportunidad...

—Me sobran los amigos, Hudson! ¡Y además, no me interesa usted!

TOM HUDSON había hecho carrera en la radio por un golpe de suerte, y no vacilaba en aprovechar cualquier coyuntura para cimentar aun más su envidiable posición. Muchas personas de influencia lo consideraban el mejor locutor en el ramo y por eso siempre conseguía contratos jugosos que le permitían ganar dinero a montones. Tenía una modesta oficina al otro lado del río que pasaba junto a la estación emisora. Para llegar hasta el micrófono sólo debía atravesar el puente movedizo que unía a ambas secciones urbanas, y por lo común caminaba la corta distancia confundido entre el tránsito de la ciudad. Uno de sus mayores placeres era llegar a la emisora escasamente a la hora exacta en que debía empezar a perifonear. Derivaba una gran satisfacción de mantener en la incertidumbre a los músicos, al personal técnico del estudio, a los auspiciadores del programa y principalmente a Marie, la secretaria de la estación.

Pero Marie no se dejaba engañar por las apariencias. Su oído le decía que Jaime Collins, el sustituto de Hudson, poseía una voz superior a la de éste para el radio, aparte de que Jaime era más modesto y su excelente disposición le ganaba amigos donde quiera que se daba a conocer. Desde hacía meses la ligaba a Collins una encantadora amistad.

Lo difícil era que Jaime, con todas sus magníficas condiciones, no podía conseguir un solo contrato de locutor principal. Para obtener estos puestos se necesitaba influencia, había que trabar amistad con gen-

te bien relacionada en los círculos comerciales y artísticos, y Collins apenas llevaba seis meses en el negocio, aparte de que nadie le hubiera prestado atención. Pensando estaba Marie en estas cosas cuando se le acercó de nuevo Hudson, que se disponía a marcharse a su oficina una vez terminado el programa King.

—Estuve admirable, eh?

—Positivamente colosal!, repuso Marie sin mirarlo.

—Me lo imaginaba, lindísima! Podríamos celebrar juntos esta noche. ¡Cena y baile en el Paradise!

—Por milésima vez vuelvo y le repito que no! Me sobran escultas.

—Ya lo creo! Conductores de ómnibus y empleados del tranvía, quizás...

Con esto, dió media vuelta militar y salió apresuradamente, sin darle tiempo a la muchacha de largarle una grosería, como era su intención.

A poco se acercó al escritorio Jaime Collins, que también se retiraba a su casa a las dos de la tarde.

—¡Gracias a Dios—suspiró Marie— que ese pretencioso se ha marchado! ¡Está tan inflado que revienta del menor alfilerazo!

—¡A la verdad que es pesado Hudson! —contestó Collins, asintiendo con la cabeza.

—Todo eso que hace de presentarse al minuto exacto de la transmisión es pura fanfarronería. No puede desperdiciar un segundo de su valioso tiempo el Príncipe, pero puede gastarse el lujo de hacer esperar a los demás. ¡Fastidiosos!

—¡Olvidemos eso, Marie! ¿Dime, cómo estás?

—Muy bien.

—¿Y Lucas?

—¡Ah, mi hermano como siempre! ¡No te parece que es talentoso? Cuando llega del trabajo por la tarde se sienta a cavilar y a inventar las tramas más curiosas. Sabe crear situaciones complicadas y hacer chistes muy cómicos. Pero no encuentra quien le ponga atención.

—Lo mismo me pasa a mí. Si yo consiguiera relacionarme, tal vez podría ayudarle a él.

—No te desanimes, Jaime. Ya te llegará tu turno y estoy segura de que triunfarás.

—No hay que ser tan optimistas, Marie. El éxito es de quien lo busca. Hay que tomar la iniciativa. Las cosas no suceden así por que sí. ¡Y la fortuna es esquiva, como mujer al fin!

MARIE reflexionaba, entre las llamadas telefónicas, sobre el futuro de Jaime. Mecánicamente movía las manos y contestaba las comunicaciones del estudio. Su pensamiento estaba en el muchacho aquel, que la trataba con tanta dulzura y le producía una emoción tan honda en el corazón.

De pronto, miró hacia el puente movedizo y se quedó paralizada como si estuviera viendo una extraña visión. El puente abrió sus fauces enormes para darle paso a un vaporcito, mientras la multitud aguardaba a cada lado. Pasaron varios minutos antes de

que el puente volviera a tenderse para que el público pudiera cruzar.

Al día siguiente, los técnicos del estudio "B" en la emisora ZWZO esperaban ansiosos el comienzo del programa de los productos King. Como de costumbre, todo el personal estaba presente, excepto el locutor, Tom Hudson. Allí en el río, las pequeñas embarcaciones se deslizaban por debajo del puente sin la menor dificultad. Cuando faltaban cinco minutos para la una de la tarde, Marie vio desde la ventana situada al lado del cuadro telefónico, una diminuta lancha de motor que repechaba la corriente. Antes de llegar al puente, éste se abrió en dos mitades como si hubiera necesidad de darle paso a un buque de gran calado. La multitud aglomerada a ambos lados del puente no acertaba a explicarse aquella maniobra. En el lado opuesto del edificio de la radioemisora, confundido entre los cientos de transitantes, estaba esperando Hudson, encargado de los programas King.

Marie oyó claramente cuando el reloj de la torre daba la una de la tarde. En ese instante, Jaime Collins se adelantó al micrófono y empezó a anunciar al público los números musicales del programa. La melodía temática consistía de unos compases del vals A Orillas del Danubio Azul. Después de decir las primeras palabras, Jaime recobró el ánimo del todo, y su excelente transmisión causó una sorpresa general entre los directores de la estación.

Terminada la emisión, Marie esperó con impaciencia a que Jaime viniera para decirle lo bien que había quedado. Estaba segura de que los radioyentes le escribirían cartas de felicitación a montones. Los mismos empleados de la emisora, y los artistas que allí se encontraban presentes, lo colmaron de elogios por su admirable voz.

De repente, Tom Hudson entró fatigado y lívido. Marie le dirigió una mirada despectiva y dijo:

—¡Hola, Julio César, al fin ha llegado al filo de las dos!

Hudson quiso devorarla con los ojos. Luego, exclamó sarcástico:

—¿Decía usted que conocía a todo el mundo en la ciudad?

—¡Por supuesto!, contestó Marie.

—¿Entonces, dígame, quién es el encargado de abrir y cerrar el puente? ¡Mañana lo haré despatchar!

—¡Ah,—repuso ella alzando sus hermosas cejas— el del puente es un magnífico mecánico! ¡Mi hermano Lucas!

—¿Su hermano?, rugió Hudson con los ojos encendidos de soberbia.

—¡Claro, mi hermano!

—¡Ahora comprendo! —dijo Hudson al ver que Collins se acercaba al lado de Marie.

—¡Ya era tiempo, amigo! Ha cruzado el puente demasiado tarde... —contestó Marie, dándole la espalda y volviéndose para mirarle los ojos a su amigo Collins, el futuro locutor en propiedad de los programas King.



Por Ada M. Duque

La historia de la jovencita francesa que se hizo estrella de cine y recibió su primer beso, todo al mismo tiempo, en una cinta.

PARA que se vea la absoluta falta de jactancia de Miss Bradna y se tenga una explicación lógica de ello, repetiremos lo que pasó en su debut en los Folies Bergere. La muchacha resultó tan sensacional que los aplausos del público interrumpieron la función por largo rato. Al terminar el acto, la madre le dijo:

—Estuviste bastante bien esta noche, Olympe, pero debes probar que tienes más valor. En el segundo salto del mono no demostraste ser todo lo arriesgada que eres.

La empresa del famoso teatro parisino la mandó a Nueva York para la temporada que hicieron los artistas del Folies en Broadway. Los padres se enteraron de las grandes oportunidades teatrales que existían en este país y resolvieron radicar su residencia en la metrópolis. Olympe se dedicó a bailar en el Café París hasta que la descubrió uno de los agentes de la Paramount y le ofrecieron el actual contrato.

Los Bradnas viven modestamente en una pequeña casita del Valle de San Fernando. La madre hace los oficios de la cocina, algunas veces con la ayuda de Olympe, que no pertenece al grupo de las estrellas que exigen una lujosa residencia con piscina, canchas de jugar tennis y demás extravagancias comunes y corrientes en Hollywood.

Canta y baila con mucha gracia y es una joven estudiosa que ha sabido cultivar el hábito de la buena literatura, principalmente de la poesía.

Posiblemente, los triunfos futuros de su carrera cinematográfica los obtendrá en el género de la alta comedia. Su estilo dramático se asemeja mucho al de Claudette Colbert, y la dulce expresión de su rostro, que es acaso el atractivo mayor de esta luminaria, la hace un tipo ideal para papeles de ingenua.

llega esa época tendrá que conformarse con no asistir a los cabarets y con retirarse a dormir a las ocho y media de la noche.

ESTA corresponsal ha hecho una cuidadosa investigación para determinar las reacciones de la jovencita Olympe desde que la hicieron estrella. Hablando con ella en su camerino, nos confesó que no se sentía tan importante y que hasta que no filmara varias películas y demostrara con su labor que tenía madera de actriz, no se sentiría con derecho a figurar entre las personalidades notables de los elencos.

Le recordé que muchísima gente opinaba que su trabajo en la cinta Almas en el Mar era sumamente bueno, y que a juzgar por lo que la Paramount le informaba a la prensa se la consideraba como una actriz hecha y derecha. A esto contestó que no se explicaba tal consagración, porque siempre creyó que la labor que realizó en dicha película dejaba mucho que desear.

Por esta actitud de modestia he llegado a comprender que Miss Bradna está más interesada en su trabajo futuro que en las ejecutorias del pasado. Ansía perfeccionarse y alcanzar un grado de maestría que le permita compararse a las más destacadas de la pantalla. En cuanto la seleccionaron para aparecer con George Raft en la obra Almas en el Mar, asignándole un papel de importancia, se llenó de alegría, porque hasta entonces sólo había hecho números secundarios de baile en un par de películas.

De esta chica puede decirse que es un verdadero producto del teatro. Nació en el coliseo Olimpo de París y por eso le pusieron el nombre que lleva. A los 18 meses se metió gateando en el escenario en los instantes en que sus padres hacían un número de perros amaestrados. El público aplaudió tanto la ocurrencia que de ahí en adelante siempre le permitían salir a escena y hacer lo que se le antojara.

Al cumplir los seis años de edad, la familia empezó a recibir fuertes golpes de mala fortuna. Los perros que su padre había amaestrado para ganarse la vida, se enfermaron misteriosamente y se fueron muriendo poco a poco. Como no contaba con fondos para comprar más canes, el padre de la pequeña Olympe decidió enseñarla a la chiquilla a bailar para presentarla en sustitución de los perros. A los 8 años, estaba haciendo números especiales de bailes acrobáticos, y poco después logró entrar a formar parte del elenco de los Folies Bergere, donde permaneció año y medio.

Con estos antecedentes, era natural que pasara de Francia a los Estados Unidos y que encontrara fácil acomodo en los elencos cinematográficos, siempre necesitados de nuevas caras.

LABIOS TOCADOS

POR EL

Beso de la Juventud

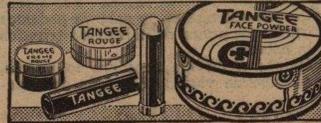


El Cambio Mágico de Tono de Tangee les da ese encanto

Tenga labios que todos admiren por su belleza natural. El Lápiz Tangee, al aplicarse, cambia en los labios a un tono de grana encantador. La moda exige que "se evite ese efecto pintorreado" que no es elegante. Por lo tanto, use Tangee, que no es pintura, y para lucir lozanía seductora en su cutis y mejillas, use también Colorete y Polvo facial Tangee.

Pida siempre Tangee Natural: pero si desea matiz más vivo, pida Tangee Theatrical.

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA ASPECTO PINTORREADO



ROD RIAN

DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA

PAUL H. JEPSON

CUANDO LOS PERROS SE ALEJARON, ROD RIAN TOMÓ UN POCO DE AGUA Y ESPERÓ PARA VER LOS RESULTADOS.



¡ESTA ES AGUA PURA!



REGRESO A DONDE ESTABAN SUS COMPAÑEROS AGUARDANDO.



¡BIENVENIDO, ROD! ¡ESTÁ SANO Y SALVO! ¿QUÉ NOTICIAS TENEMOS?



¡ENCONTRÉ EL AGUADERO, Y EL AGUA ES PURA!

¡HE CONVENCIDO A NUESTROS AMIGOS QUE TENGAN CONFIANZA EN NOSOTROS! ¡DESDE QUE HICIMOS EL "MILAGRO" CASI NOS REVERENCIAN!



DECIDEN SALIR CIENTOS DE HOMBRES-ESQUELETOS, CON ROD A LA CABEZA, HACIA EL LUGAR DONDE ESTÁ EL AGUA PURA.



¡ALLÍ ESTÁ LA CUEVA DEL AGUA!



EDIFICAN UNA ENORME CERCA RÁPIDAMENTE.



LOS EXTRAÑOS HOMBRES-ESQUELETOS SON OBSERVADOS POR LAS CRIATURAS SALVAJES DE LA SELVA.

PAUL H. JEPSON

Estrella DEL CIELO DE PARIS

Myra la Intrépida



LING SIN HA SORPRENDIDO A JACK Y MYRA PRESENTÁNDOSE SÚBITAMENTE EN LA HABITACIÓN DONDE ELLOS CONFERENCIABAN SOBRE SUS FUTUROS PLANES LEW WEN, EL DETECTIVE QUE LOS ACOMPAÑA, NO ACIERTA A EXPLICARSE LO SUCEDIDO.

CUANDO JACK INTENTA APODERARSE DE LING SIN, ÉSTA SACÓ UNA PISTOLA QUE ARROJA UN CHORRO DE LÍQUIDO SOBRE LOS OJOS DE ÉL.

¡VILLANA! ¿QUÉ LE HA HECHO A MI AMIGO?

¡NO SE PREOCUPE, SEÑORITA MYRA! LA CEGUERA ES DE CARÁCTER TEMPORAL. SOLAMENTE DESEABA IMPEDIRLE. TENGO ALGO QUE DECIRLES.

¡ACABE! ¿QUÉ QUIERE?

EN PRIMER TÉRMINO, DESEO ADVERTIRLES QUE ES UN SUEÑO RIDÍCULO CREEER QUE PUEDEN DESTRUIR MI PALACIO SUBTERRÁNEO. Y NADA SACARÍAN CON DESHACERSE DE MÍ, PORQUE TENGO AGENTES EXPERTOS PARA PROSEGUIR CON MI TRABAJO.

¿DE MODO QUE NO LE IMPORTA LO QUE HAGAMOS PARA IMPEDIR SU LABOR?

¡EN ABSOLUTO! ¡ESTOY PREPARADA PARA TODO!

ENTONCES, ¿POR QUÉ ESTÁ AQUÍ?

PORQUE PENSÉ QUE TAL VEZ PODRÍA CONVENCERLOS QUE SE PUSIERAN DE MI LADO, Y SE ADAPTARAN AL NUEVO ORDEN DE COSAS QUE ESTABLECERÉ EN EL MUNDO.

¡AH, YA VEO!

¡MYRA, NO LE HAGAS CASO A ÉSTA LOCA!

¿LOCA, EH? QUIZÁS LES INTERESE SABER QUE MI PRÓXIMO PASO SERÁ PROVOCAR UN PÁNICO FINANCIERO. ¿CON QUIÉN DESEAN ESTAR?

¿COMO PUEDE HACER ESO?

SOLAMENTE LE DIRÍA EL SECRETO CUANDO ACEPTARAN SER MIS ALIADOS.

JACK VA A CONTESTAR, PERO MYRA LO APRIETA POR EL BRAZO.

YO...

¡TAL VEZ, VD. TENGA RAZÓN, LING SIN! ¿CUALES SERÍAN NUESTROS DEBERES SI ACEPTÁRAMOS?

¡SABÍA QUE SE CONVENCERÍAN AL FIN Y AL CABO!

AL POCO TIEMPO JACK LANE Y LEW WEN SALEN EN UNA MISIÓN ESPECIAL, MIENTRAS MYRA SE DEVUELVE CON LING SIN A LA FORTALEZA SUBTERRÁNEA DE ÉSTA.

¿POR QUÉ NO? DE AHORA EN ADELANTE LOS HARÉ VIGILAR CONSTANTEMENTE. SI DESOBEDECEN MIS INSTRUCCIONES, MORIRÁN!

USTED CONFÍA MUCHO EN NOSOTROS.

La Mala Suerte de Dos Jóvenes Bandidos Que Intentaron Emular a Jesse James



Harry Dwyer, jovencito que tomó parte en el atraco del tren "El Apache", guiado por el instinto aventurero.

Por Jaime Montañez

Nuevo Méjico. REMONTEMOS NOS A la segunda mitad del siglo 19, y a los grandes llanos del oeste norteamericano, hacia donde se dirigían en aquella época interminables caravanas de expedicionarios, unos en busca de oro y de aventuras emocionantes, otros deseosos de obtener un pedazo de tierra para sembrar alimentos y levantar una humilde cabaña de labradores.

Todo se juntaba en los Estados Unidos de aquellos tiempos: el especulador y el obrero caminaban hacia la misma meta; el bandido y el pastor soñaban con un mundo diferente en las mismas latitudes; ante el peligro de los indios Apaches, santos y pecadores se unían para repeler los ataques del enemigo común.

A veces en el tren se acomodaban bandoleros temibles, decididos a realizar un atraco a mano armada entre los viajeros que se arriesgaban con sus familias a atravesar el continente. No era raro que esto sucediera en los estados del centro, especialmente los que quedaban cerca de la frontera mejicana, por donde los asaltantes podían escapar burlando a las autoridades del norte.

GENERALMENTE, los foragidos del siglo 19 terminaban sus proezas en el patíbulo. Cuando más seguros se creían, el menor descuido los perdía, y eran frecuentes los casos en que la novedad de las faldas los atraía hasta caer en las redes de la ley.

Meditando en el punto, viene a nuestra memoria un suceso ocurrido en el 1937 precisamente en el territorio de Arizona.

Nuevo Méjico, teatro de episodios sangrientos durante las expediciones del último siglo con motivo de la conquista del oeste. El hecho se desarrolló, para mayor autenticidad, cerca de donde vivía el célebre bandido Billy the Kid, y hasta



Sippie Webb, quien tumbó a uno de los bandidos a pesar de estar muriendo del miedo.

el tren en que tuvieron lugar las escenas principales se llamaba "El Apache".

En las inmediaciones de la Cañada del Muerto, a pocas millas del territorio mejicano por donde el General Villa paseaba sus legiones de campesinos militarizados hace una veintena de años, dos jovencitos nativos de Nueva York que habían salido para el sur en busca de trabajo, ambos sin experiencia en el oficio del bandolero, decidieron repetir las aventuras de los hermanos Dalton y del temible Jesse James.

Henry Lorenz y Harry Dwyer, que así se llamaban, llegaron hasta la ciudad de El Paso, en Tejas, y dominados por el deseo de hacerse notables, compraron ropas de vaquero y se dispusieron a atracar un tren. Se enfrentaron al conductor cuando estaban a cuarenta millas de una aldea de Nuevo Méjico, y le gritaron sin titubear:

—¡Obedezca nuestras órdenes, que esto es un atraco!

AL PRÍNCIPIO, el conductor W. M. Holloway, creyó que se trataba de una broma, pero pronto se convenció de

Un atraco a un tren, estilo Jesse James, bandido del siglo pasado en los Estados Unidos. Dos muchachos newyorquinos trataron de imitar esta proeza en el 1937.

lo contrario, al verse empujado hacia un rincón por su agresor mientras el compañero registraba a los pasajeros y los despojaba del dinero y las prendas.

Jim Velsir, ayudante del maquinista, fué arrinconado también junto con Holloway, y el mecánico Sippie Webb, un negro a quien el pánico le impidió levantar los brazos en alto rápidamente, recibió un tiro que lo puso fuera de combate.

Entre los pasajeros iban el señor José Rodríguez y su esposa, residentes de El Paso. Rodríguez trató de esconder su reloj debajo de la camisa, pero uno de los bandoleros lo vió y creyendo que intentaba sacar un revólver, le disparó al estómago. La bala chocó con el reloj y la víctima se salvó milagrosamente.

Otro pasajero, llamado Riche logró esconder su dinero y prendas en la ropa, de manera que cuando los bandidos registraron su cartera y la encontraron vacía no le prestaron más atención.

La primera dificultad que encontraron los asaltantes tuvo lugar al subir al tren el guardaguasas Roger Moon. El bandido Lorenz le ordenó que hiciera una señal para detener el tren. Moon obedeció y en un descuido de Lorenz le propinó tan tremendo golpe en la quijada que lo hizo rodar al piso sin sentido.

Al ver a su compañero en el suelo, Dwyer intentó ayudarlo. En ese instante fué atacado por Sippie Webb y W. L. Smith, que lo redujeron a la impotencia a pesar del tiroteo que los desesperados iniciaron. La señora Richey, enfurecida ante aquel atraco contra gente indefensa, agarró a uno de los bandidos por la pierna y comenzó a gritar que no lo dejaran escapar de allí.

SMITH, que también estaba empleado en el ferrocarril, murió poco después, al llegar los detenidos a la ciudad de Hachita.

Los jóvenes del atraco, entregados al Alguacil del Condado, no tenían escapatoria. Se les acusaba de atraco, robo, asesinato y tentativa de asesinato en masa.



¿COMO SERA SU HIJITO CUANDO SEA GRANDE?

- Al convertirse los niños en hombres, ¿cuáles tienen más probabilidades de triunfar en la lucha por la vida?
- Seguramente los que, además de poseer una buena educación, son saludables, fuertes y enérgicos.
- Para que los niños crezcan sanos, robustos, vigorosos, a cubierto de enfermedades, es conveniente proporcionarles de cuando en cuando la valiosa ayuda del Tónico Bayer, el cual enriquece la sangre, vigoriza los músculos, fortalece el cerebro y los nervios. ¡Déle Tónico Bayer a su hijito!

¿QUÉ ES EL TÓNICO BAYER?

Es una fórmula científicamente balanceada de Vitaminas, Extracto de Hígado, Calcio, Fósforo y otros elementos de gran valor terapéutico. El Tónico Bayer proviene de los mundialmente famosos Laboratorios Bayer. ¡Qué mejor garantía!



TÓNICO BAYER



RENUOVA LAS FUERZAS VITALES

JEAN CASSOU NACIO EN 1897 EN BILBAO. HA ESCRITO EN ESPAÑOL Y HA TRADUCIDO DE ESE IDIOMA, QUE CONOCE TAN BIEN COMO EL FRANCÉS. UNA DE SUS ÚLTIMAS NOVELAS ES «LES MASSACRES DE PARIS»

(Traducido y condensado de «Life and Letters Today», de Londres)

tes. Justamente haz con tu espada ese movimiento, así. Hazlo otra vez... Ahora está bien. Con esos dos principios y un poco de experiencia, tendrás ganada la partida.

El muchacho se volvió a sentar y le pidió al viejo:

—Trate de vivir todavía porque deseo que sea mi padre para mí y que yo pueda servirlo. ¡Procure vivir!

—¡Trataré de vivir!—suspiró el viejo. Sonó un gong. Había terminado la primera parte del programa. Los leones habían terminado de comerse a los cristianos y volvían a sus jaulas repletos y soñolientos. Un enorme león caminaba delante de los otros.

—Ahora vamos nosotros—dijo el viejo poniéndose en pie. Y mientras el joven barbado temblaba, añadió: —Ven muchacho! ¡Sé valiente! Pronto se acabará esto y esta noche nos tomaremos unas cuantas botellas juntos. Los dioses tienen dispuesto para ti un destino glorioso. ¡Estoy seguro de ello!

El juez principal del circo se aproximó:

—¿Te sientes bien? —le dijo al viejo gladiador tocándole en el hombro. —Bueno, este joven va a ser tu oponente.

—¡Alas! —exclamó el viejo, llevándose la mano a la cabeza. —¿No puedes buscarte otro adversario? Me simpatiza este joven y...

—No sabes todavía que doy mis órdenes para que las cumplan? —repuso el juez sorprendido. —¡Haz lo que te digo!

Los ayudantes se habían acercado ya a los dos gladiadores poniendo el escudo de metal en el brazo izquierdo del veterano y en sus manos el tridente y la red. El viejo rechinaba los dientes de ira, y el novicio lo miraba con desesperación. Hasta él llegaban los gritos tumultuosos de los que castigaban a los infelices que se negaban, medio muertos de pánico, a ser armados para la contienda. También él sentía ahora deseos de resistirse y estaba a punto de llorar.

—Recuerda muchacho —le decía el viejo. —Nunca des un paso a la izquierda.

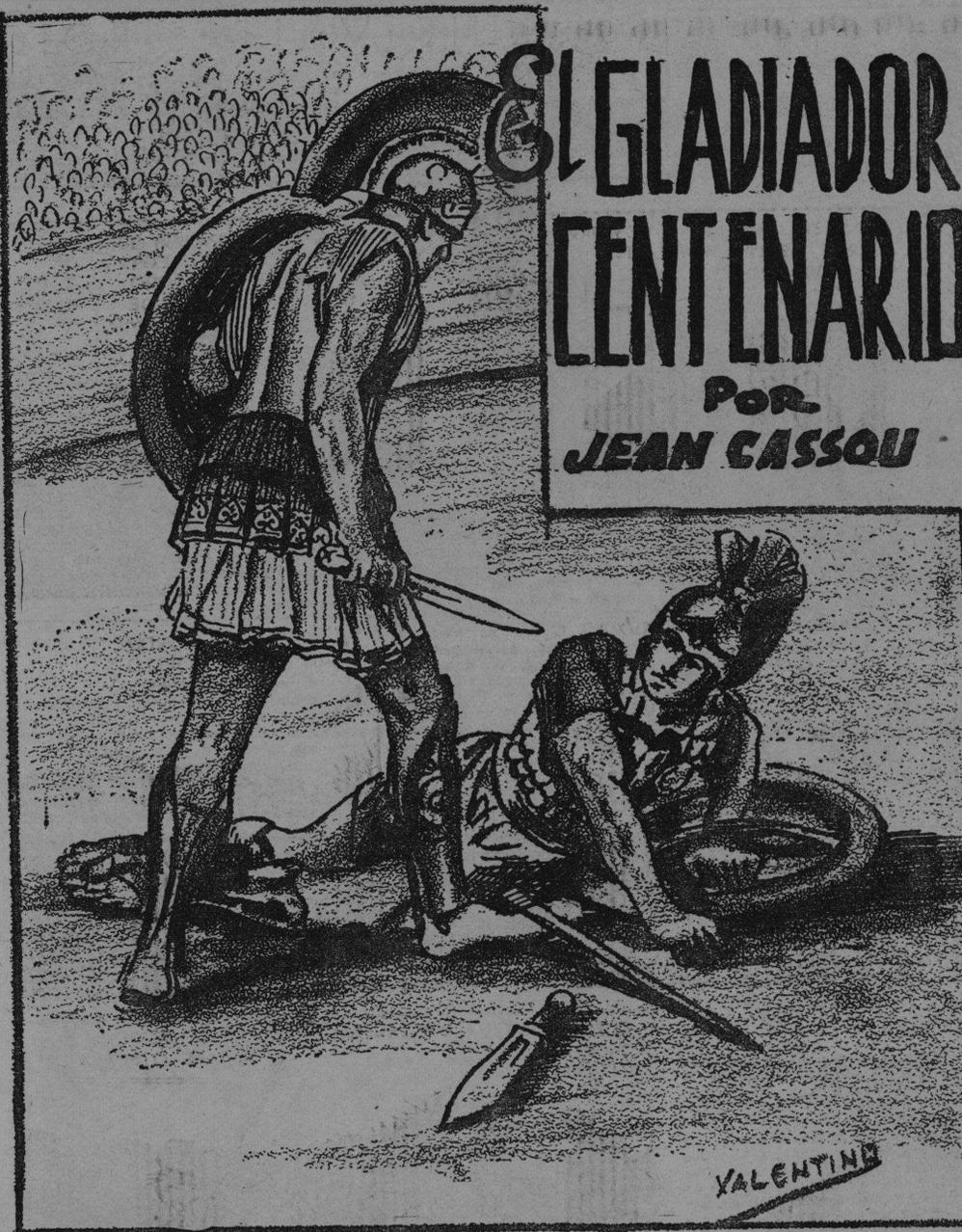
—¡Padre! —gritó el novato. Pero su voz quedó ahogada en el casco, mientras lo empujaban al circo.

El viejo está ahora al otro lado de la arena. El novicio comprende que debe matar a su adversario antes de que el viejo le quite la vida. A veces siente deseos de gritarle: ¡Padre! ¡Padre! La sangre le late en las sienes. Nunca ha tenido con más vigor un arma en sus manos ni nunca ha sentido menos confianza en sí mismo. Levanta su arma y trata de herir con ella al enemigo invisible. Y de repente una sombra pasa ante sus ojos, como el ala de un cuervo, se enrolla en su cabeza y lo arrastra al suelo.

Trata de romper la prisión de la malla por todos los medios, y de pronto se siente vencido y exhausto. El tridente rompe su coraza y un pie poderoso le hunde el pecho y hace que su corazón deje de latir. Y la cara del viejo aparece ante el vencido con sus ojos brillantes.

Los labios del joven tiemblan y va a pedir merced. Pero el viejo lo mira con tanta lástima que desiste de hacerlo.

Ahora la cara del centenario, tan inexpressiva como una máscara, se torna hacia el público y espera el veredicto. Allí, en el palco del emperador, un brazo se levanta y hace una señal. El público todo se estremece de goce. Y una vez más el muchacho ve la cara del veterano doblada sobre la suya. El corazón le falla mientras trata de enterrarse en la tierra, para evitar aquella planta, implacable ahora más que nunca. El viejo ha sacado una daga del cinturón, se dobla sobre el barbado y busca con su punta la abertura entre el casco y la coraza que le deje llegar hasta la carne blanca del muchacho. Luego mira por última vez el rostro del joven, levanta el brazo y clava la daga, hondo, en su garganta...



—Sin duda éste es tu primer combate, por lo que estás solo y preocupado. Pero no es mala profesión como podrás ver pronto. Yo tenía tu edad cuando comencé y en muchas ocasiones me han ofrecido la libertad que siempre he rechazado. Me gusta mucho mi profesión. He sido siempre un gladiador y lo seguiré siendo. Soy ya viejo, ¿no es verdad? Hoy he cumplido cien años.

—¿Y qué prefiere? —preguntó el joven.

—Los riesgos son por el estilo y para mí es lo mismo. Siempre he vencido a mis oponentes y...

—¿Siempre los ha matado?

—Yo creí que, en ocasiones, César, o el público, ordenaban que se perdonara la vida al vencido.

—En teoría tienen ese derecho—dijo el viejo—; pero en la práctica, jamás he visto que suceda!

Por un momento se mantuvieron en silencio. Luego el viejo murmuró:

—Claro que es terrible tener que cortar el cuello de una camarada. Pero a todo se acostumbra uno. Además, en cuanto pisa la arena, ya no sigue siendo tu camarada.

Tras una pausa, continuó:

—Ahora voy a darte algunos consejos inapreciables. Escúchame bien. Nunca des un paso hacia el lado izquierdo del retiarus, porque es desde ese lado desde donde, con un movimiento de su muñeca derecha, puede lanzar su red. Si ves la red sobre tu cabeza, no te amedran-

que tenían todos sus rasgos. Situáronse en un extremo de la fosa, y sus acompañantes se distribuyeron formando un semicírculo en el extremo opuesto.

—Nos reúne un triste deber—dijo el hombre de la barba roja, a quien los sepultureros habían llamado Gil el Rojo—. Cuanto más pronto acabemos, más pronto haremos rumbo a las Indias. ¡Vamos muchachos! ¡Levantad el cadáver!

—¿Quién te ha permitido hablar en nombre de todos?—preguntó con aire insolente el pirata que de lejos parecía un caballero inglés—. Aquí estamos tres que poseemos exactamente los mismos derechos, y por consecuencia, pretensiones iguales.

—Ahí es—apoyó el Español—, y haremos valer nuestros derechos. Los compañeros juzgarán y decidirán en último término.

Corrió un rumor entre los «compañeros» y se alzó un clamor confuso. Oíanse gritos de «¡Viva Paradis!» «¡Viva el Español!» «¡Viva Gil el Rojo!» vociferados a pleno pulmón por tres grupos de partidarios igualmente convencidos. A los pocos momentos no tuvieron bastante con gritar y se fueron a las manos. Algunos piratas, más vehementes que los otros, tiraron de cuchillo. Gil el Rojo dió un paso hacia adelante.

—¡Comaradas!—gritó con voz áspera como el graznido de un cuervo—, debía darnos vergüenza regañar ante una tumba. Enterremos al jefe y reemplacémoslo en seguida.

—¡Muy bien dicho—respondió en nombre de todos el sepulturero que se hallaba más próximo a mí—. Enterremos al capitán y votemos después... ¡Pobres de nosotros, si surge la discordia en nuestras filas! ¡Ay! ¿Por qué habrá muerto Kirby!

El grupo de piratas se estrechó, y cuatro de ellos se pusieron a bajar el cadáver al fondo de la fosa abierta. Yo juzgué llegado el momento propicio de huir de allí y me retiré trepando y descendiendo por las dunas. Durante mi ausencia habían atizado el fuego de la hoguera Sparrow y Diccon. Pegados al rescoldo de alrededor asaban ostras recogidas en la orilla. Me recibieron con gran alegría.

—¡Ya creíamos que no volvíais!—exclamó Jeremías Sparrow—. ¿Habéis descubierto algo nuevo?

—Mirad a vuestra espalda—respondí—. Mirad allí abajo—. ¿No veis aquel barco?

En un momento todo el mundo se puso de pie. Mi esposa, a pesar de la sed que comenzaba a atormentarla cruelmente y Lord Carnal, que se conservaba retirado, en silencio, fijaros con emoción la vista en el punto que yo señalaba.

—Llévadme a bordo, capitán—dijo en tono de mofa Lord Carnal—. Tengo sed.

Llamé aparte a Sparrow y le dije:

—Vuelvo al sitio de donde acabo de llegar. Si no me veis más, obrad como juzguéis mejor, y vended su vida lo más cara posible. Si regreso... procurad darme juciosamente la réplica.

Me volví hacia la hoguera.

—¡Milord—dije al favorito del rey—, me veo obligado a pedirnos vuestra espada.

Los ojos de Lord Carnal se encandilaron con el fulgor de unos ojos de fiero. Titubeé un instante y accedí de mala gana.

Le di las gracias con un saludo ligeramente irónico. Después fui a arrodillarme delante de Jocelyn.

—Señora—dije—es posible que no volvamos a vernos jamás... ¿No me permitiréis que os bese la mano antes de partir?

Movió los labios y no profirió ni una palabra.

Me incliné y besé sus dedos. ¡Cielos! ¡Qué helada estaba aquella mano!

—¿Adónde vais?—murmuró—. Yo... yo... Llévadme con vos.

—Es imposible—repuse levantándome— Os llevaré otro día... ¡Adiós, señoral ¡Adiós a todos!

Algunos minutos más tarde había re-

ciente, vi a cien metros del islote un navío anclado.

Me entremecí y me froté los ojos. Podía ser un navío de trescientas toneladas y estaba armado como si fuera de guerra. Mis miradas iban del barco a la costa, tratando de penetrar la bruma, y cuando me habitué a ella descubrí un bote en la orilla.

He aproximé con mucha cautela, escondiéndome detrás de las dunas, y llegué fácilmente a pocos metros de la misteriosa embarcación. En aquel momento comencé a sentir un murmullo de voces. Me tiré al suelo y me deslicé por la raquítica hierba que tapizaba la isla en aquel lugar. De pronto, entre dos altas dunas, vi dos hombres con facha de bandidos cavando una fosa.

TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

En el que cambio de nombre

Los dos hombres estaban cavando una gran fosa, con actividad febril. Por su tipo parecían mozos tan vigorosos como terribles granujas. El que se hallaba más próximo a mí debía de haber sufrido una herida grave en la cabeza, porque la llevaba llena de vendajes. Su jubón era de terciopelo, y cuando le incomodaba el sudor se enjugaba el rostro con un pañuelo de fina batista. El compañero vestía de harapos, pero de harapos de seda. Antes de llenarse de jirones, su traje debía de haber lucido ricos bordados y adornos. Al lado de ambos se veía un paquete largo y estrecho envuelto en una sábana.

De repente, el sol atravesó la bruma y el mar se puso reluciente, y en el mismo momento se produjo un rumor a bordo del navío que se veía a lo lejos, y se destacaron dos botes.

—¡Por fin vienen en nuestra ayuda! —dijo el sepulturero de la cabeza vendada.— ¡No han tardado poco!

—No se han dado mucha prisa—respondió el otro—. Manejar el hacha de abordaje es un verdadero placer, pero hacer un hoyo en la arena para enterrar un cadáver no tiene nada de agradable. Este hombre que tenemos aquí, era indudablemente nuestro capitán, pero ya está muerto y no veo la razón para que sigamos obedeciéndole. ¿Por qué no se le ha arrojado al mar?

—Antes de exhalar el último suspiro, pidió expresamente que se le enterrase en esta isla, que le recordaba su mejor hecho de armas. «¡El postre deseo de un moribundo es sagrado!», dijo el capitán Paradis, y nos ha enviado aquí. ¡Bien podía haber dado el encargo a otros!

—¡El capitán Paradis! ¡El capitán Paradis!—interrumpió el hombre de los harapos de seda—. Hubiera preferido a Gil Rojo o al Español... ¡Sí, al Español...! Aseginamos y saqueamos a sus compatriotas, es cierto, pero él es un valiente... mientras que Paradis...

—Es triste—repuso su interlocutor— que no podamos ponernos de acuerdo para la elección de un nuevo jefe. ¿Cómo vamos a trabajar bien sin tener confianza en quien manda? ¡Ah! ¡Si pudiésemos encontrar un capitán como Kirby!

—Kirby ha desaparecido. Quizás haya muerto. Con llorarlo no hemos de volverle a la vida. Hay que elegir entre los que quedan.

Mientras que los sepultureros hablaban así, habían llegado a tierra los dos botes y desembarcaban sus tripulantes. Precedían al grueso de la tropa tres individuos, a quienes se reconocía por personajes de importancia por su ropa y su porte. Uno de ellos era de elevada estatura de rostro atezado y de barba roja. El segundo era pequeño, delgado y más negro que el carbón. Su fisonomía denotaba la crueldad y la insolencia. Sus ojos, inyectados en sangre, lanzaban miradas penetrantes en todas direcciones. El tercer individuo parecía un caballero inglés por su frialdad y su tiesura. Mas por diferentes que fuesen en apariencia aquellos tres hombres se parecían por no sé qué expresión de profunda maldad

llas. Millares de grandes aves blancas, de vuelo inquieto iban y venían de los islotes a los bancos de arena que los rodeaban. Los graznidos discordantes de las aves contribuían a aumentar la sensación de desolación que nos producía aquella tierra, aquel cielo y aquel mar.

Nuestra pobre barca empezó a ser sacudida por las olas con más violencia que en todo el curso de nuestra peligrosa travesía. Nos azotaban por todas partes: de popa, de proa, por babor y por estribor, verdeaban montañas de agua. Oyéronse unos crujidos siniestros.

—La barca no aguanta más—declaró Sparrow poniéndose de pie.—Capitán Percy, yo nado como un tiburón y ya conozco el vigor de mis brazos. Si queréis confiarme vuestra esposa, me comprometo a llevarla a tierra salva y sana.

Me incliné sobre el rostro de Jocelyn. Abrió los ojos y se sonrió.

—He cogido tantas flores que estoy cansada. Dejarme dormir un poco al sol. Cuando me despierte os tejeré una corona.

Estas palabras insensatas me dejaron desolado.

Con mucha suavidad la levanté en alto y la puse en brazos de Sparrow. En el mismo instante una oia más grande que las anteriores nos cogió de través. Un minuto más tarde nuestra barca se rompió y caíamos al mar...

Sparrow y yo nadamos juntos. Mi amigo sujetaba con un brazo a la pupila del rey y con el otro hendía las aguas.

Nos seguían Diccon y Lord Carnal. Los cuatro éramos buenos nadadores. A pesar de nuestra fatiga y de la potencia colorada de las olas, llegamos a la orilla. Más no por eso estábamos salvados. Quizás habíamos escapado de la muerte entre las olas para hallar en aquella costa desolada un fin más lento y más cruel. Nos separaban tres aguas, por lo menos. De Acomac, única tierra habitada en aquellos parajes, y en la isla que la suerte nos había deparado no podíamos esperar que hubiese alimento ni agua. Teníamos por única riqueza nuestros vestidos y nuestras armas. Yo había tenido la suerte de salvar mi carabina, mi eslabón y mi caja de yesca.

Después de depositar su preciosa carga sobre la arena. Sparrow se postro de rodillas y murmuró una ferviente plegaria. Yo seguí su ejemplo. Lord Carnal nos miraba con desdén. Diccon encendió una gran hoguera de algas secas y nos echamos alrededor, lo más cerca posible de las llamas bienhechoras. Bajo la acción del calor reparador, Jocelyn volvió en sí, reapareció rápidamente el color en las mejillas y su corazón desfallecido empezó a latir con más fuerza.

Al poco rato habló Lord Carnal:

—Creo que no tenemos que temer la presencia de enemigos en estos parajes—dijo—. Me parece que estos islotes no están habitados. ¿No podremos dormir tranquilamente sin necesidad de centinelas?

Yo evité contestarle directamente.

—Amigo Sparrow—dije—, ¿queréis que velemos por turno?

—Como gustéis—respondió—. Yo me encargo de la guardia hasta media noche.

Diciendo esto, mi compañero se puso a pasearse por la orilla del mar. Mi esposa se había quedado profundamente dormida y yo pude conciliar un poco el sueño.

Hacia mucho tiempo que había pasado la media noche cuando Sparrow me tocó en el hombro. Me levanté y fui a sentarme cerca de las brasas, pero mi compañero no quiso dormir y se quedó haciéndome compañía.

Al clarear el día se acentuó el frío. Jocelyn empezó a toser, y comprendí que había sido una imprudencia dejar apartar la lumbre. Por lo tanto, me levanté para ir en busca de combustible, y rodeé las dunas de arena siguiendo la dirección que Diccon había tomado la tarde anterior. De pronto, a la luz del alba na-

Continúa en la Pagina 11

EL LOCOCARRIL POR FONTAINE FOX

Editors Press Services, Inc.
229 E. 42nd St., New York

DON JORGE,
FANÁTICO DEL
GOLF



« ¡VOY A ENSAYAR A JUGAR GOLF CON ESTE APARATO DE RECIENTE INVENCION! »



« ¡SABÍA QUE IBA A DESAPARECERSE DE LA CASA! ¡ES INSOPORTABLE! »



« ¡NI SIQUIERA PIENSA QUE LOS AMIGOS CANTERA LLEGARÁN DE UN MOMENTO A OTRO, Y QUE SON MÁS AMIGOS DE ÉL QUE MÍOS! »



« ¡JORGE! ¡JORGE! »



« ¡PUEDES GRITAR TODO LO QUE QUIERAS, SINFOROSA, PERO NO VOLVERÉ A LA CASA HASTA QUE ME DE LA REAL GANA! ¿ENTIENDES? »



« ¡AHORA ME PONDRÉ EL ARO EN EL CUELLO! »



« ¡EL PALO DEBE QUEDAR EN UNA POSICIÓN DIAGONAL, SEGÚN LAS INSTRUCCIONES! »



« ¿DEMONTRES, QUÉ RAYOS ESTÁ HACIENDO CON ESE PALO AMARRADO AL CUELLO? »



« ¡AHORA VEREMOS SI DETIENE EL GOLPE O NO! »



« ¡MAGNÍFICO! LO DETIENE! »



« ¡DARÉ LA VUELTA A LA ESCONDIDA PARA SORPRENDERLO! »



« ¡AHORA, DERECHITO PARA LA CASA, Y NO TE RESISTAS PORQUE TE TORCERÉ EL PESCUEZO! »



¡ESTA BOCA ES MÍA!

por Martha Raye

COMPRENDO que mi boca es enorme, y que gracias al hecho de que poseo varias triquiñuelas para aumentar su tamaño, he llegado a adquirir fama en los elencos del cine y me he ganado la admiración de muchos simpatizadores. La persona que logra abrirse paso en Hollywood, aunque sea por la razón más superficial y tonta, debe estar agradecida, y en este grupo exclusivo me cuento yo.

Si le preguntamos a cualquier muchacha cuál es su mayor aspiración en la vida, nos contestará que ser más bella de lo que es. Pero cuando se tiene una boca como la mía, ni siquiera nos queda ese consuelo; no hay otro remedio que aceptar la explotación del rasgo menos atractivo de nuestra personalidad.

No hace mucho tiempo un escritor dijo lo siguiente: "Martha Raye no nació con una cuchara de plata en la boca, sino con un cucharón". Esto me indignó bastante, porque nací en una familia de actores pobres que no podían gastarse el lujo de poseer cubiertos de plata. Año y medio después de empezar mi carrera cinematográfica he podido comprarme un par de abrigo de pieles, pero sin olvidar jamás la época de las vacas flacas en que ni siquiera podía tener un manguito para calentarme las manos cuando salía a la calle en los meses de invierno.

Estoy trabajando desde que cumplí los tres años de edad. Mi educación ha sido toda improvisada, y en esta improvisación no me ha sido posible estudiar ni digerir los clásicos. Algunas personas me han dicho que les habría gustado una vida así, y yo lo creo, porque si me fuera dado repetir de nuevo las vicisitudes de mi infancia y juventud lo haría de buen grado, ya que son estas duras experiencias las que enseñan de verdad.

Tomemos por ejemplo el caso de Mickey Rooney. Su padre y el mío trabajaban de actores en un teatro de variedades. Conozco perfectamente lo que ha tenido que pasar ese muchacho, y sin embargo ha logrado hacerse un artista de cualidades sobresalientes. Por mucho éxito que obtenga en su carrera podemos afirmar que nunca se le irán los triunfos a la cabeza.

Quizás a mí me sucederá lo mismo, y al cabo de varios años más de expe-

de mérito.

DICEN que todos los payasos del teatro ansían profundamente hacer el papel de Hamlet en la escena. El otro día asistí a una exhibición anticipada de la película Conquista, sobre la vida de Napoleón. Entre los concurrentes estaba Charlie Chaplin, que nunca hace acto de presencia en estos sitios, pero que siempre ha abrigado la esperanza de poder representar al corso insigne en una de sus obras tragicómicas.

No deseo dar la impresión de que me considero una autoridad en la materia, pero como pertenezco al género de los payasos femeninos del cine, pudo comprender sinceramente las ambiciones de Chaplin de personificar al gran Napoleón. Yo me he pasado la vida haciendo escenas cómicas y papeles de payaso, pero en el fondo de mi alma anhelo trabajar en papeles de otra índole. No quiere ello decir que pretenda hacer dramas serios y fastidiosos. Acepto que jamás podría hacer con éxito un personaje como el de Margarita Gautier. Pero por lo menos creo que tal vez serviría para la comedia ligera, en papeles que no exigieran usar más las quijadas que el cerebro o las aptitudes naturales de la comicidad. En otras palabras: quisiera mezclar algunas lágrimas con mis risotadas, y de vez en cuando sufrir como las heroínas de carne y hueso.

Mi ideal, desde este punto de vista, sería la actriz Marie Dressler, sin que por ello pretenda compararme a ella. Esta mujer sabía hacer reír y llorar a sus públicos. Recuerdo una película de ella que vi más de cincuenta veces, y en cada ocasión me desgarraba el corazón con sus emocionantes escenas.

Admirar a las estrellas es algo que hace sufrir a las personas. Yo siempre le profesé una profunda admiración a Jean Arthur. Cuando esta actriz vino a trabajar en los estudios Paramount le asignaron un camerino contiguo al mío. Fué grande la alegría que me produjo saberlo, porque siempre había deseado conocerla. A los pocos días me armé de valor y toqué a la puerta de mi vecina. La saludé y me quedé muda. Entonces Miss Arthur me invitó a pasar adelante. Le pedí que me regalara una de sus fotografías y ella me contestó que me

tenía muchos deseos de poseer una. Esto me tranquilizó los nervios.

Con motivo de mi última película recibí la visita de Myrna Loy, que vino a felicitarme. Yo estaba tan emocionada, que no supe qué hacer.

HOLLYWOOD me produce a menudo esta sensación, de no saber cómo proceder en ciertas ocasiones. Una nunca sabe cómo ha de ser recibida en los círculos de la industria cinematográfica. El género mío se originó en una fiesta que dieron en el estudio en honor de Bing Crosby. Me llamaron para que cantara una canción cuya letra y música no había visto hasta 20 minutos antes de llegarme el turno. Estaba tan agitada y era tal el miedo que tenía, que decidí gritar la letra para no dejarme dominar por el terror. Les gustó la forma en que gritaba aquella canción y desde entonces no he hecho otra cosa en la pantalla.

El alborozo y el ruido que hago cuando estoy alegre y entusiasmada con algo es una reacción natural de mi sér. Me dejo llevar por las emociones y armo un alboroto descomunal. A veces trato de dominarme y resistir la tentación del escándalo, pero hay una fuerza invisible e incontrastable que surge de mis adentros y barre con todos los obstáculos que aparecen en el camino.

Después, la gente empieza a quejarse de que estuve exagerada. En seguida hago lo posible por contenerme en mi próxima película y le pongo el diapason a los disturbios. A poco, la gente se queja de que me he convertido en una vanidosa y que no me gusta hacer reír al público a mandíbula batiente. ¡De modo que, a fin de cuentas, uno no sabe dónde está ni qué es lo que tiene que hacer!

Acaso no he nacido para el arte dramático y debo conformarme con mi destino de payaso. Pero no quisiera pasarme la vida en una perpetua agitación. El ritmo loco y las piruetas del payaso están bien para películas, especialmente cuando pagan sueldos como el que cobro yo. Terminado el trabajo del estudio, me gustaría cerrar la boca herméticamente y no volvería a abrir en buen tiempo.

¡A pesar de que esta boca es mía!



A veces, Martha luce esplendorosa, como las demás sirenas...

INDICIOS DE PRIMAVERA

Por Sara Diez

Vaticinios de las Modas de Primavera, de Acuerdo Con Uno de los Maestros Más Notables de Elegancia del País del Celuloide.

Cuello cuadrado, para Mary Astor.



ESTA PRIMAVERA va a ser una temporada de entalles indefinidos; la línea de la cintura aparecerá lo mismo en las caderas propiamente dichas que arriba de su posición normal. Las faldas cortas se usarán mucho durante el día, y hasta puede que sean de modelo ceñido al cuerpo. Los colores favoritos serán el blanco, el negro, y el azul celeste o el azul artificial como el de los letreros eléctricos Neon, pero las combinaciones del rojo oscuro y el rosado, el carmelita y el verde limón, serán bastante populares también.

Ya no será tan elegante lucir el peinado estilo paje, pues estará en boga el tipo de cabeza pequeño y recogido, con el cabello acepillado hacia arriba y hacia adelante. El furor en sombrería va a constituirlo una serie de modelos grandes y achatados como bandejas, o los modelos de cajas de piladoras adornados con flores enormes, o pequeñas tocas inclinadas sobre los ojos. Los zapatos parecerán pies vendados. Habrá profusión de túnicas y peplos, así como de vestidos con chaquetones para de día.

Estas son las predicciones de las modas de primavera que hace el renombrado diseñador Robert Kalloch, de los estudios Columbia. Hace días lo visité en su taller, y mientras entallaba la indumentaria que estaba confeccionando para una serie de nuevas películas, me iba dando detalles de lo que opina va a ocupar el cuadro de las elegancias en los próximos meses. Entre estas películas

Vestido-capa, para Frances Drake.

hay una que se titula Siempre Una Mujer, en la que tomarán parte Joan Blondell, Mary Astor y Frances Drake, de manera que puede anticiparse que las referidas estrellas van a lucir novedosas prendas de vestir.

ESTANDO en el taller de Kalloch llegó Mary Astor, muy linda, ataviada en un traje sastre de tweed, de un matiz azul suave. El primer vestido que se probó para la mencionada película fue uno de lana color cocoa crema. Es muy sencillo y ceñido, con cinturón carmelita de cabritilla y piel de antilope. Encima del vestido va un chaquetón de tres cuartos de largo, muy amplio y con bolsillos de piel de foca. En vez de cuello, el conjunto tiene una bufanda de terciopelo color cocoa. Además, un sombrero estilo Robin Hood y guantes, ambos de piel de antilope color carmelita. Según Kalloch, este vestido es ideal para la primavera y para viajar.

El cuello cuadrado, dice este maestro de la aguja, es una de las tendencias inevitables de la moda, y ello debe celebrarse, pues realmente ya nos cansaban los cuellos cerrados en la garganta. Varios de los vestidos que ha confeccionado para Mary Astor llevan el nuevo estilo de cuello, especialmente el de encajes laminados, que se ve bellísimo en el cuerpo soberano de la distinguida actriz, pues el corpiño es todo fruncido desde el busto hasta las caderas para moldear la silueta escultórica a la perfección. Miss Astor usa con este traje un gran prendedor de esmeraldas y diamantes, y un brazalete. Como tapado lleva una exquisita envoltura de piel de marta con cuello suave enrollado, que se ve mucho más elegante que los tapados sin cuello exhibidos durante la última temporada invernal.

Otra prenda de las destinadas a Miss Astor que me mostró Kalloch es una pijama de recibir visitas. Está confeccionada en una sola pieza, con corpiño alto de terciopelo flamante y pantalones de satén negro. La chaquetilla que va encima de esta prenda es de brocado de oro, con llamas y trazos verde claro,

Conjunto de lanilla, para la Astor

igual que la banda del cinturón.

Kalloch diseñó para Mary un vestido de noche, de satén rosado muy lustroso, con chaquetilla bolero bordada en mostacilla y perlas. Tanto el cinturón como el corpiño llevan bordado de mostacilla. La falda se compone de cuatro piezas, muy ceñida hasta las caderas y luego suelta hacia atrás en una cola. Miss Astor acompaña la prenda de una chaquetilla corta de armiño, y para contraste lleva un enorme pañuelo de chifón color azul artificial.

EJEMPLO auténtico de los trajes que se verán esta primavera es el de lanilla azul que Kalloch ha confeccionado para Joan Blondell. La falda es recta y ceñida, con un plisado al revés por la parte del frente. El chaquetón semicenido le llega a las caderas, y tiene cuatro bolsillos de piqué. Las solapas, también de piqué son redondas, para que el efecto sea más femenino. La Blondell luce este traje con un sombrero de fieltro, estilo puritano, con adorno de piqué.

Joan aparecerá en una de las escenas de la referida cinta vestida con un tapado de casa en forma de chaquetón de cordón de seda color azul, de doble abotonadura y muy ceñido, que luego muestra una falda amplísima más abajo de las caderas. Los bolsillos, solapas y puños llevan adornos del mismo material azul. Para completar, un gran pañuelo de chifón de esos que Kalloch dice realizan notablemente cualquier tapado de casa o de salida.

Para los vestidos de noche, en vez de bandas de piel, Kalloch ha introducido el plisado cuadrado de malla, igual que el que lleva el tapado de salida de satén negro confeccionado para Miss Blondell. Este efecto es más primaveral y tan atractivo como el de las pieles. El largo vestido nocturno que acompaña esta prenda es muy fino y tiene un breve peplo. El tapado tiene forro de terciopelo color coral, y sus mangas son fruncidas hasta la muñeca.

Convencido de que los vestidos con chaquetón van a dar la nota en esta primavera, el maestro diseñador de la Columbia ha ideado un conjunto de lanilla de chifón color carmelita para Frances Drake. Este tiene cuello cuadrado, hombros anchos y trenillas de oro a un lado para cerrarlo.

Chaquetilla breve y pijamas de casa.



FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA LA EDAD DEL HOMBRE

EL PRIMER DESCUBRIMIENTO DE FÓSILES DEL HOMBRE DE PEKÍN CONSISTIÓ DE UN CRÁNEO ENTERO, AL QUE ÚNICAMENTE LE FALTABAN PARTES DE LA CARA Y LA MANDÍBULA. ESTE HALLAZGO SE HIZO EN EL 1929. DESPUÉS SE DESCUBRIÓ OTRO CRÁNEO CON LAS PARTES DE LA CARA BASTANTE BIEN CONSERVADAS. ESTE TIPO DE HACE 750,000 AÑOS TENÍA LOS HUESOS DEL CRÁNEO MUY GRUESOS, LA FRENTE BAJA, EL CEJO MACIZO, LA NARIZ ANCHA Y ACHATADA Y LA QUIJADA ECHADA HACIA ATRÁS.

CRÁNEO DEL HOMBRE DE PEKÍN



La entrada de Welbeck Abbey, el famoso castillo del Duque de Portland

EL ÚLTIMO SEÑOR FEUDAL POR RENATO VILLAVERDE

El último señor feudal existe y vive en Inglaterra. El medioevo no fue totalmente sepultado por los claros resplandores de la edad moderna. El actual Duque de Portland es el superviviente de una casta privilegiada que dejó en la historia los tristes recuerdos de sus desmanes sin fin. Y lo más original de esta muestra de feudalismo que palpita en el mundo, es que la hallamos en las islas Británicas, donde el liberalismo y la democracia entonan la mejor de sus canciones.

Pero aclaremos lo antes posible que el actual Duque de Portland, aunque en la forma vive en un marco de clásico feudalismo, en el fondo es simplemente un filántropo, cuyas obras buenas son tan conocidas en Inglaterra como popular es su Castillo de Welbeck Abbey. Conste así.

El actual Duque de Portland es un poco legendario como casi todos sus antepasados. William - John - Arthur - Charles-James Cavendish Bentick, sexto Duque de Portland, Vizconde de Woodstock, Barón de Cirencester, Marqués de Titchfield, etc., etc., nació en 1857, y es un señor, por tanto, de edad proveya dedicado a hacer el bien en los vastos dominios que heredó de sus antepasados más o menos gloriosos.

La estirpe de los Duques de Portland, a los diáfanos resplandores de la centuria presente, no tiene traza de perder sus prestigios. Antes bien, los descendientes actuales de estos seculares señores siguen afianzados en el complejo mundo de los honores oficiales y realizando alianzas envidiables y ventajosas. En Europa se murmura con insistencia—especialmente en Bruselas y en Londres—que el Príncipe Charles, hermano del popular Rey de los belgas, va a contraer nupcias muy pronto con la biznietni del gran señor inglés.

La más moderna de esta tradicional familia es una jovencita bella, fresca, dieciochona en primavera, que va al cine, que monta a caballo por las avenidas de Hyde Park, que juega al tenis, bebe coteles, fuma cigarrillos egipcios y sabe los misterios del creyón de labios... El tradicional feudalismo del árbol genealógico de esta damita deportiva—del que ella es el más tierno de sus capullos—se deshace azotado por la caricia de su risa de cristal. Todo el rancio aboleugo de sus antepasados se funde a los resplandores serenos de

sus miradas azules, al igual que el corazón del Príncipe Charles se dejó encadenar por los efluvios que brotan de las bellas pupilas de esta inglesa pipireta, que respira feudalismo por sus cuatro adorables costados.

Pero no es de ella de quien deseo hablaros hoy. Los rumores de sus regios amores han llegado hasta mí, y de pasada he querido hacerme eco de esta nueva trastienda del travieso Cupido entre las gentes de monta de la siempre tradicional y vieja Europa.

El Castillo de Welbeck Abbey, que vive hoy el octogenario bisabuelo de la inglesa, que es posible ingrese en la real familia de Búrgica, es por demás célebre. Nuestro castellano de ahora no sólo heredó esta hermosa propiedad, sino que otras fabulosas recibió también de sus mayores, acompañadas de minas de carbón.

Las riquezas de los Duques de Portland consecuentemente, son extraordinarias. Uno de tales fué un individuo raro en extremo, y su vida nos la cuentan como la palpable encarnación del misterio. Su existencia se deslizo sombría, sin salir jamás de sus dominios, alejado de todos, sin dejar que persona alguna se le arimase. Fué un ermitaño encerrado en un palacio. Hoy, su extraña vida lo acercaría más a los locos que a los cuerdos.

Aquel Duque de Portland, como era lógico, se aburría intensamente. Para distraer sus nostalgias realizó en su Castillo de Welbeck Abbey las extraordinarias construcciones que lo han hecho célebre más tarde en Inglaterra. Quince mil obreros durante largos años trabajaron en el subsuelo del castillo, dotándolo de cámaras, salones suntuosos, largas galerías subterráneas.

El actual castellano descubrió un día las maravillas que ocultaba el histórico castillo en sus cimientos, y él, a su vez, se quedó maravillado. El gran salón es famoso en Inglaterra y en toda Europa. Está considerado sin rival entre los miles que existen en los castillos del viejo Continente. Los 160 pies de largo que tiene el salón subterráneo, está decorado con un lujo asiático, superior a todas las fantasías, en que la razón se pierde mientras más se le contempla y que más bien parece transportado de las fantásticas his-

allí vive también, llena su labor espiritual dando a todos el pan celestial de la religión. Y por último, y como para que nada falte al confort, y como para que un gran hospital, con un completo estaff de médicos y enfermeras que ponen su ciencia al servicio de la salud de los habitantes del Castillo.

Todo el perímetro de los extensos terrenos que circundan el Castillo está rodeado de un alto y macizo muro que en lejanas épocas tenía el destino de defender a sus moradores de las codicias de otros oolegas. En la actualidad el muro de piedra continúa en el mismo sitio, aunque su finalidad bélica ha desaparecido por completo. Cincuenta y seis puertas de menor categoría permiten el acceso a los dominios de los Duques de Portland. Cincuenta y seis porteros franquean las entradas, y estos pasivos señores practican al mismo tiempo labores de jardineros.

Y los ingleses dicen que son expertos en su oficio. El jardín que sigue a cada puerta de entrada, es un regalo para la vista. El sexto Duque de Portland estimula el ardor de sus porteros-jardineros, organizando cada año concursos florales entre ellos, con bellas recompensas para los que resultan triunfadores en sus hermosos parterres.

Y como para que no falte nada que proteja la seguridad de este pueblo feliz y organizado que vive bajo el amparo del castellano de Welbeck Abbey, éste tiene un Cuerpo de Bomberos particulares con una organización perfecta. El temor a un incendio está, pues, descontado. Cuando nuestro Duque de ahora tenía menos años y su propiedad se hallaba en el apogeo de sus fiestas suntuosas, los invitados se divertían a la vista de los simulacros de incendio que para su regocijo organizaba en algunas ocasiones.

La labor bienhechora de este hombre interesante, a quien risueñamente se le llama «el último señor feudal», no se limita a brindar toda suerte de ventajas y comodidades a los que para él trabajan sino que su actuación se proyecta en obras de verdadera humanidad. A los niños enfermos de los asilos, los invita periódicamente a su Castillo, y para estos pobres espíritus desprovistos de salud y de dinero—los dos elementos más indispensables en la vida—vierte la cornucopia de su fortuna haciéndoles regalos y preparando fiestas espléndidas en que los infantes distraen por algunas horas la triste monotonía de sus asilos...

Cuando las cárceles inglesas se abren para dejar en libertad a hombres que han cumplido sus condenas, el Duque de Portland lleva a su Castillo a los individuos que vuelven a incorporarse a la vida social. Los sienta a su mesa, comparte con ellos su jovialidad, vierte sus consejos y la anima a reanudar el interrumpido camino. Aquellos que quieren trabajar honradamente, en sus extensos dominios encuentran ocupación y benévola acogida. Tras los muros de piedra los expresidarios que desean laborar en un sendero de orden y moralidad, saben que allí pueden lograrlo sin sufrir los desprecios de una sociedad que jamás perdona su falta al caído.

Así vive y así son las cosas del último señor feudal. En su Castillo fastuoso, rodeado de mil lujos y de mil extravagancias, en que los Gobelinos se confunden con los vasos de China y los marfiles esculpidos de la India; en que el arte diverso de Europa se palpa allí, acumulado por sus antepasados; en que lienzos y mármoles de los maestros del cincel y los pinceles se almacenan en sus rincones y cuelgan de sus paredes; en que los orfebres del Renacimiento dejaron las huellas de sus dedos mágicos, y en que, al mismo tiempo, junto a toda esa belleza de un materialismo encantador, el espíritu comprensivo y humanitario del octogenario Duque de Portland, vuela por encima de sus riquezas para llenar de comodidades a sus súbditos y aliviar en las treinta mil hectáreas de sus dominios muchos de los dolores que pueblan el mundo.

El último señor feudal, practica un feudalismo bien entendido. Si sus colegas y antepasados de otras centurias hubiesen hecho algo semejante, sus regimenes no habrían sido pulverizados ni su recuerdo vendría a las mentes enojando los corazones y erizando los cabellos. Ejemplos como éste son por demás elocuentes. Y nos demuestran que los sistemas no son los malos, sino que es en los hombres donde hay que buscar el mal. Mientras tanto, demos un admirativo coup de chapeau al sexto Duque de Portland, que con sus obras buenas ha hecho mucho más célebre el antes tristemente famoso Castillo de Welbeck Abbey.

Un Capilla con su sacerdote que

cochado mi sitio al lado de la fosa del capitán. Los piratas, reconciliados momentáneamente en un acto de piedad común, tenían los ojos fijos en el suelo, y no se daban cuenta de mi presencia. Me erguí y di tres pasos al frente.

—¡Caballeros!—dije—, ¡os saludo! ¿Estáis enterrando a nuestro capitán? ¿O estáis enterrando un tesoro? ¿Pesetas, ducados, doblones de España?

Al escuchar mis palabras se produjo un movimiento entre mis oyentes. Los cuchillos relucieron y las espadas salieron de sus vainas.

—Muy bien caballeros—continué—. Bajad esas hojas cuyos reflejos me cegaban. Tened la bondad de mirar en torno nuestro para convenceros de que soy completamente solo.

Paradis fué el primero que saltó de su estupor.

—¿Has caído del cielo?—preguntó— ¿Has venido hasta aquí por mar?

—He venido por mar—respondí—. Mi galeón ¡hermoso navío, os los aseguro! se ha estrellado en esta costa maldita, durante el furioso huracán que acabamos de sufrir. Toda mi tripulación ha perecido y mis riquezas se han ido al fondo del mar. Tal como véis soy capitán de un navío sin tripulación, y según he podido entender, amigos míos, vosotros constituís una tripulación sin capitán. Os dejo el cuidado de adivinar lo que espero de vosotros.

Los piratas se pusieron a hablar entre sí con admiración. Gil el Rojo se reía, y el Español se agitaba como una fiera. Paradis se acercó a mí, y mirándome con insolencia, me preguntó:

—¿Si no he entendido mal, pretendéis servirnos de capitán?

—Exactamente—insistí—. Hace tiempo que buscáis un jefe más calificado. ¡Caballeros, yo soy el propio Kirby!

Estas palabras fueron acogidas con un tumulto espantoso. Durante dos minutos lo menos ahogó el ruido de las aguas y dominó los graznidos de las aves marinas. Se me aclamaba, se me silbaba, se me retaba. A mis oídos llegaban palabras poco tranquilizadoras.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!—decía un pirata—. Yo he servido a las órdenes de Kirby. Hemos cruzados juntos los parajes de las islas Lucayas, y juro que Kirby tiene los ojos negros. Este hombre los tiene pardos; es un impostor.

—Eso digo yo—añadió otro—. Kirby tiene los ojos negros, y su estatura es lo menos, medio pie mayor. ¡Amigos, no nos dejemos burlar por un traidor!...

—Ante estas palabras volvieron a salir de sus vainas los cuchillos, y me vi rodeado de un círculo amenazador. La intervención de Paradis me salvó de una muerte cierta, gritando:

—¡Camaradas! Un poco de paciencia, ¡qué diablos! Es cierto que Kirby, a quien hemos conocido muchos de nosotros, no se parecía apenas a este caballero que se nos presenta con su nombre. El verdadero Kirby era alto como un álamo, y negro como un negro. En la mejilla izquierda tenía una gran cicatriz, y a su oreja derecha le faltaba un gran trozo, que le habían cortado de un sablazo. Pero nosotros somos de espíritu amplio y de alma generosa. Si este desconocido consigue probarnos que es realmente Kirby...

—¡Bien dicho!—exclamó Gil el Rojo.— Si consigue convencer a mi cuchillo...

—¿Y si convengo a vuestro cuchillo y a las espadas del Español y de Paradis, qué haréis?

Gil el Rojo y Paradis reían a carcajadas, con las manos en la cadera. Con la seguridad que abrigan de salir victoriosos, demostraban gran alegría ante la idea que abrigaba de medirse conmigo. El Español, embozado en su capa, con ademán altanero, hablaba con volubilidad de su espada de acero de Toledo, y que quería oñvercerme de que era el mejor esgrimista de Lima.

Si lucho sucesivamente con vosotros tres, y os dejo fuera de combate, ¿preoceréis entonces que soy Kirby?

Paradis respondió por todos con aire desdenoso.

—Cuando nos halláis puestos a todos fuera combate, podréis llamaros Kirby o el Diablo o como se os antoje.

Inmediatamente desenvainé mi espada y dirigí a mis rivales una mirada retadora.

—¿Con quién voy a tener el honor...?

Sin decir una palabra, Gil el Rojo sacó el cuchillo, y describiendo con él grandes círculos en el aire se precipitó sobre mí. Un tirador corriente de espada se hubiera desconcertado ante las furiosas acometidas y las paradas imprevistas de semejante adversario. Pero yo me había batido muchas veces en aquellas condiciones. Limité mi juego a ciertos golpes siempre idénticos, calculados de modo que conservasen a distancia a mi adversario. Me sostenía y me animaba un recuerdo. Veía entre mi rival y yo la imagen de Jocelyn. Veía su mirada y sentía en mis labios el contacto de su helada mano. En mi vida había saboreado un

desarmé y poniéndole la punta de mi espada sobre el corazón, se pregunté:

—¿Soy Kirby?

—Seguramente, señor—me respondió con obsequiosa sonrisa.

Después se sentó en la arena, entre los demás espectadores, y se puso a contener la hemorragia del brazo herido. Ya me miraban todos con más respeto que antes, y el combate continuó.

—¿Estáis fatigado?—preguntó Paradis— ¿Deseáis tomar algún reposo?

—Descansaré a bordo de mi navío—dije con firmeza, mostrando con la punta de la espada el barco anclado en la bahía... Ardo en deseos de tomar posesión de él... ¡Cuando gustéis, caballero!

Apenas hubo chocado mi acero con el de mi adversario, se apoderó de mí cierta inquietud. Esta vez había encontrado mi igual, y entraba en la lucha fresco y dispuesto, mientras que yo me hallaba enervado y fatigado por los dos encuen-



trios precedentes. Apreté los dientes e impioré el auxilio de Dios con todo el fervor de mi corazón. Evoqué nuevamente la imagen de Jocelyn y se me representó la triste suerte que la aguardaba si sucumbía yo. No veía más que la obligación de salvarla. Con todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi espíritu luchaba por ella como si ella me hubiera amado, y lenta, pero seguramente, fatigué a mi enemigo. Paradis empezó a respirar ruidosamente y a dar signos evidentes de impaciencia... Por último montó en cólera y en su furor me insultó groseramente.

—¡Acabad!—aulló—. ¡Y que os lleve el diablo!

De un golpe seco envié su espada volando por encima de la duna.

—¿Soy Kirby?—pregunté sonriendo.

—Kirby o el diablo, pero me inclino más al diablo...

Una aclamación unánime había saludado mi triunfo. Fuese o no fuese Kirby, los insignes granujas ante cuyos ojos acababa de hacer las pruebas, me estimaban digno de presidir sus siniestros desig-

nos. Declaro que me repugnaba bastante aquel nuevo avatar, pero iba en ello mi vida, y, sobre todo, la de Jocelyn, y no tenía derecho a mostrar mi disgusto. Inmediatamente tomé posesión de mi puesto, diciendo con voz enérgica:

—¡Volved al navío y esperadme a bordo. Quédense conmigo seis hombres robustos para llevar al bote a mi mujer, que duerme allí abajo a la orilla del mar.

Fingí no notar el aire de sorpresa de los bandidos ante esta revelación y me dirigí rápidamente con ellos al sitio donde descansaba Jocelyn.

—¡Sparrow!—grité en cuanto estuve al alcance de su voz—, la suerte ha cambiado. Al inspeccionar el islote tropecé con una numerosa compañía de bravos marineros y arriesgados aventureros, que estaba enterrando a su capitán, y me he dado a conocer como Kirby, el pirata negro. Les he contado cómo se ha ido a pique nuestro galeón durante la tempestad, y cómo ha parecido nuestra tripulación y convencidos estos bravos, me han nombrado su capitán. Vamos a embarcar en su navío y dentro de una hora zarparemos a todo trapo con rumbo a las Indias, que es campo de operaciones más fértil... Señores, este hombre se llama Jeremías Sparrow. Es mi segundo, y no conozco en el mundo un gigante más robusto y un hombre tan alegre. Esto otro marinero es Dicoon Demonio, fiel criado que está a mi servicio particular. Este gentil-hombre desarmado es un noble inglés, prisionero nuestro. Esta dama es también una cautiva...

—¡Oh!—protestó Paradis con una graciosa genuflexión—. Más creería que fuese carcelera y que tuviera cautivos los corazones de los hombres.

Me repugnaba ver a mi pobre Jocelyn expuesta a los cumplidos ampulosos de un pirata, y le corté la palabra.

—¡Bastante hemos hablado! Coged a la prisionera con precaución y, ¡en marcha!

CAPITULO II

La sublevación

Un extraño golpe de la fortuna nos había arrojado a bordo de un navío de piratas momentáneamente sometidos, pero dispuestos a sublevarse al primer gesto sospechoso de mi parte. Pero a nosotros no nos cogía nada de susto. Hacía tiempo que navegábamos en estrecho contacto con la muerte, que ya no la temíamos. Nuestra única precaución era desempeñar el papel que habíamos asumido sin cometer ningún error. El navío que nos llevaba podía compararse a un teatro en el que representábamos papeles difíciles, y por lo pronto no marcháramos mal.

Cuando el barco entró en los canales indios yo seguía siendo el capitán, y Sparrow mi segundo. Mi esposa, sana y salva, era respetada por todos los bandidos como una reina. Se le había destinado un camarote más espacioso, y tenían reservada una parte del puente para sus paseos. Jeremías Sparrow nos divertía recitando piezas cómicas y cantando antiguas canciones inglesas que colmaban de placer y de emoción a nuestros salvajes compañeros. Únicamente el Español y Paradis conservaban un actitud hostil.

Llegamos a la vista de las islas Lucayas donde la caza del hombre pasa a ser más fructuosa que en ninguna parte, y nos conservábamos ojo avizor, esperando presa.

Cruzáramos aquellos mares para dar caza a los navíos españoles que los surcaban. Por fin en la bahía de aguas verdes de una isla desconocida, donde habíamos hecho aguada, sorprendimos dos barcos y nos abateamos de ellos después de un corto combate. Encontramos a bordo un rico cargamento de tejidos de seda y piedras preciosas. Una semana más tarde, en un estrecho de aguas negras situado entre dos islas cubiertas de árboles numerosos, dimos caza a un galeón español, desde la aurora hasta la puesta del sol. Atravesamos su casco de parte a parte, y redujimos al silencio todos

sus cañones, uno por uno, después de lo cual se rindió, lo que quedaba de la tripulación. Encontramos a bordo en dinero amonedado una cantidad suficiente para rescatar a veinte reyes, botín inesperado del cual se apoderó mi gente con gritos feroces. Sacaron también al puente vestidos magníficos, barriles de vino, y por último, prisioneros, entre los que había ancianos, mujeres, niños y tres sacerdotes. Con voz imperiosa ordené a los piratas que arriasen los botes del galeón español, para que todos aquellos desgraciados pudiesen ganar la tierra y mis palabras fueron acogidas con un movimiento de sorpresa. Mis hombres titubearon un instante y tuve que repetir la orden. Entonces comprendí que aquellos criminales afeaban mi humanidad. El español, cuyas frecuentes conversaciones con Lord Carnal comenzaban a inquietarme; figuraba entre los más descontentos, afirmando que Kirby no había dado jamás cuartel. Vi de un modo cierto que mi prestigio había sufrido un eclipse entre mis subordinados. Sin embargo, concluyeron por escuchar mis órdenes y fingí no haber notado la lentitud con que las habían ejecutado.

Proseguimos nuestra ruta hacia el sur en dirección de Cuba, y después nos montamos hacia el norte, persiguiendo las costas de la Florida. Mi estrella había perdido considerable brillo. Los piratas me obedecían aún. Me seguían llamando «capitán», pero lo decía con un ligero tono burlesco. Estábamos, pues, a merced de cualquier incidente.

A nuestra izquierda emergía de las olas un islote en forma de media luna, y como necesitábamos agua potable pusimos la proa en aquella dirección. Penetramos en un puerto que formaban los cuernos de la media luna, cuyas aguas tenían la transparente calma de un lago. Designáronse seis hombres para guardar el navío y el resto se distribuyó por la isla. Unos, cargados con barricas vacías se dirigieron a un punto donde se oía el ruido de una cascada; otros, provistos de cestas y paños, se purieron a recoger frutas y otros registraron la playa buscando huevos de tortuga. Todos reían, cantaban y jugaban como estudiantes en día de asueto.

Con una rama cubierta de hojas, barrí un tronco secular cubierto de arena, en el ángulo de un bosquecillo que comenzaba a pocos metros de la orilla, e invité a sentarse a la pupila del rey. Después recorrí el islote vigilando a mis hombres y recomendándoles que no se alejasen mucho.

Al volver al lado de Jocelyn la sorprendí trazando letras en la arena con una varita. No había oído el ruido de mis pasos y siguió en su distracción mientras me acercaba. Me asomé por encima de su hombro para ver qué estaba escribiendo. Era mi nombre. Tres veces seguidas trazó lentamente en la página de plata de la orilla estas palabras: «Ralph Percy». Tosi de pronto. Mi esposa se volvió bruscamente y al verme se puso encarnada. Se sonrió después, borró mi nombre y escribió el de Jeremías Sparrow y el de Diccon.

—Temo olvidar la escritura—me dijo—y como veís, vuelvo a la escuela.

Me senté a sus pies, y durante unos minutos guardamos un silencio embarazoso. Los últimos rayos del sol, filtrándose a través de las ramas de los corpulentos árboles, arrancaban reflejos fantásticos a su obscuro cabello, y vivos colores a su rostro.

—¿Cuánto tiempo durará esto?—preguntó resumiendo sus preocupaciones.

—No le sé—respondí—, pero esta situación no puede prolongarse.

—Juradme que cuando llegue la hora, cuando se haya perdido toda esperanza, me mataréis, ¡Juradlo!

—Os lo juro!—respondí.

Me dirigió una mirada de profunda gratitud. Jamás me habían revelado sus ojos un sentimiento tan tierno. La cog una mano, la llevé a mis labios y la cubrí de besos.

—Lo habéis jurado—dijo lenamente—

¡Acordaos! Y añadió suspirando: ¡Ay de mí! Mi sangre manchará vuestras manos, pero su sangre manchará mi alma...

—¡Jocelyn!—exclamé dando nuevos besos a su blanca mano—. ¡No habléis así...! ¡Vivid...! ¡Viviremos!

En aquel momento cayó sobre las rodillas de Jocelyn un ramo cargado de flores rojas y blancas, y sonó la voz de lord Carnal diciendo:

—Ahí tenéis señora, unas flores dignas de vos. Os las ofrezco en homenaje. Es el homenaje de un cautivo a una cautiva. ¡Os dignaréis adornaros el talle con estas flores?

Lo olió apenas y lo dejó caer.

—Cierto es, señor, que esas flores tienen una agradable fragancia, pero yo solo acepto obsequios de mi esposo.

Miró a Lord Carnal de frente.

—Milord—le dije con voz firme—. Ya sabéis dónde están mis hombres. Servios llamarlos, os lo ruego.

El favorito del rey, ebrio de despeño, empezó a pisotear las flores que tanto trabajo le había costado recoger, pero interrumpió su obra de destrucción para erguirse con altanería y decir:

—Reunid vuestros hombres vos mismo. Yo permaneceré al lado de esta infeliz joven a quien habéis arrastrado a mi peligro. Yo velo por la noble pupila del rey, a quien retenéis prisionera contra la voluntad de su ilustre tutor, y a quien hacéis participar contra su voluntad, de vuestra vida de bandido.

—No lleváis espada, milord—repliqué—, y por eso podéis mentir tan impunemente.

Lord Carnal no pudo contenerse ante estas palabras. Se precipitó sobre mí y descargó peradamente el revés de su mano en mi rostro. Cambiamos una mirada terrible. Ambos respirábamos con dificultad. Yo fui el primero en serenarme.

—Milord—declaré con una dulzura glacial—. Yo no soy capaz de pegar a un prisionero. Anoto esta última injuria en vuestra cuenta en la que ya figuran otras muchas. Lo arreglaremos todo de una vez.

Lord Carnal no pudo contenerse ante estas palabras. Se precipitó sobre mí y descargó peradamente el revés de su mano en mi rostro. Cambiamos una mirada terrible. Ambos respirábamos con dificultad. Yo fui el primero en serenarme.

—Milord—declaré con una dulzura glacial—. Yo no soy capaz de pegar a un prisionero. Anoto esta última injuria en vuestra cuenta en la que ya figuran otras muchas. Lo arreglaremos todo de una vez.

Lord Carnal no pudo contenerse ante estas palabras. Se precipitó sobre mí y descargó peradamente el revés de su mano en mi rostro. Cambiamos una mirada terrible. Ambos respirábamos con dificultad. Yo fui el primero en serenarme.

—Milord—declaré con una dulzura glacial—. Yo no soy capaz de pegar a un prisionero. Anoto esta última injuria en vuestra cuenta en la que ya figuran otras muchas. Lo arreglaremos todo de una vez.

Lord Carnal no pudo contenerse ante estas palabras. Se precipitó sobre mí y descargó peradamente el revés de su mano en mi rostro. Cambiamos una mirada terrible. Ambos respirábamos con dificultad. Yo fui el primero en serenarme.

—Milord—declaré con una dulzura glacial—. Yo no soy capaz de pegar a un prisionero. Anoto esta última injuria en vuestra cuenta en la que ya figuran otras muchas. Lo arreglaremos todo de una vez.

Lord Carnal no pudo contenerse ante estas palabras. Se precipitó sobre mí y descargó peradamente el revés de su mano en mi rostro. Cambiamos una mirada terrible. Ambos respirábamos con dificultad. Yo fui el primero en serenarme.

—Milord—declaré con una dulzura glacial—. Yo no soy capaz de pegar a un prisionero. Anoto esta última injuria en vuestra cuenta en la que ya figuran otras muchas. Lo arreglaremos todo de una vez.

Lord Carnal no pudo contenerse ante estas palabras. Se precipitó sobre mí y descargó peradamente el revés de su mano en mi rostro. Cambiamos una mirada terrible. Ambos respirábamos con dificultad. Yo fui el primero en serenarme.

—Milord—declaré con una dulzura glacial—. Yo no soy capaz de pegar a un prisionero. Anoto esta última injuria en vuestra cuenta en la que ya figuran otras muchas. Lo arreglaremos todo de una vez.

Lord Carnal no pudo contenerse ante estas palabras. Se precipitó sobre mí y descargó peradamente el revés de su mano en mi rostro. Cambiamos una mirada terrible. Ambos respirábamos con dificultad. Yo fui el primero en serenarme.

—Milord—declaré con una dulzura glacial—. Yo no soy capaz de pegar a un prisionero. Anoto esta última injuria en vuestra cuenta en la que ya figuran otras muchas. Lo arreglaremos todo de una vez.

Lord Carnal no pudo contenerse ante estas palabras. Se precipitó sobre mí y descargó peradamente el revés de su mano en mi rostro. Cambiamos una mirada terrible. Ambos respirábamos con dificultad. Yo fui el primero en serenarme.

—Milord—declaré con una dulzura glacial—. Yo no soy capaz de pegar a un prisionero. Anoto esta última injuria en vuestra cuenta en la que ya figuran otras muchas. Lo arreglaremos todo de una vez.

Lord Carnal no pudo contenerse ante estas palabras. Se precipitó sobre mí y descargó peradamente el revés de su mano en mi rostro. Cambiamos una mirada terrible. Ambos respirábamos con dificultad. Yo fui el primero en serenarme.

—Milord—declaré con una dulzura glacial—. Yo no soy capaz de pegar a un prisionero. Anoto esta última injuria en vuestra cuenta en la que ya figuran otras muchas. Lo arreglaremos todo de una vez.

de descontento general en la tripulación. Animados por Lord Carnal y por el Español, los piratas empezaron a demostrar abiertamente su hostilidad. De un momento a otro podía estallar la revolución. Entonces celebré en la Cámara un consejo de guerra. A mi lado se sentó Sparrow. Detrás de él se hallaban Lord Jocelyn y ante mí ocupó su sitio Jeremías Carnal y Diccon.

—Milord—declaré con el tono más natural del mundo—, anoche habéis sido sorprendido fraguando un complot con el Español.

Lord Carnal palideció. Instintivamente se llevó la mano al costado, pero no halló la espada.

—Soy mi enemigo mortal—dijo—, ¡mi enemigo mortal! No os debo felicidad.

—Indudablemente—repliqué—, indudablemente... Por eso queréis reemplazarme como cabeza de esta cuadrilla de bandidos. ¡Oh! ¡Me parece justificada esa pretensión! Ocuparéis el sitio más dignamente que yo. ¡Pero qué es, mi lord, un jefe sin armas?

Al decir esto entregué a Lord Carnal su espada.

—¡Ved, milord, cómo me vengo de vos...!

Mi enemigo me arrancó el arma de las

manos con ademán brutal. Iba, sin duda, a proponer que solucionásemos nuestras querrelas de una vez, para siempre, cuando oímos sobre nuestras cabezas un rumor insólito. Un instante después se abrió la puerta de la cámara y asomaba una cabeza antipática gruñendo:

—¡Un navío!

La puerta se cerró inmediatamente con estrépito.

—Aplacemos la partida decisiva, milord—propuse—. No tendréis que esperar mucho tiempo.

—¡Mejor!—vociferó el favorito—, porque en verdad que se me iba acabando la provisión de paciencia.

La tripulación se había reunido en el puente para observar al navío, que aumentaba de tamaño insensiblemente y que se acercaba a nosotros empujado por un viento favorable.

—Es un navío inglés, un navío mercante—declaró Paradis—. Ved su pabellón. Es un barco perteneciente a alguna Compañía, probablemente a la de Virginia. Debe llevar caballeros arruina-

dos, criados y labradores. El botín no debe ser muy bueno, pero más vale algo que nada.

Yo permanecí callado. Distinguía perfectamente el pabellón con las dos cruces que constituyen las armas de Virginia. El barco que navegaba ante nuestros ojos podría tener hasta doscientas toneladas. Se parecía mucho al «Jorge», tan conocido en Jamestown.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Paradis—Nos han visto. Mirad cómo descubren sus cañones. ¡Supongo que no los dejaremos romper el fuego!

A excepción del Español, todos los piratas que constituían la tripulación eran franceses. No ignoraba que el navío en cuestión encerraba escasas riquezas y que llevaba a bordo un pasaje tranquilo e inofensivo; y, sin embargo, ninguno de aquellos bandidos titubeaba en comenzar el ataque ni nadie encontraba una palabra de compasión.

La situación era crítica. Sin embargo, no dejé cumplir con mi deber.

—Ese navío—declaré—es un navío inglés. Combatiremos a los españoles mientras posean un trozo de tierra en las Indias, pero jamás atacaremos a nuestros compatriotas.

Mis palabras fueron acogidas con un murmullo de sorpresa, y los bandidos se quedaron perplejos. Pero su perplejidad no duró. Viendo la falta que yo cometía el Español, Paradis y sus partidarios, resolvieron aprovecharse. Se burlaron abiertamente de mí, me insultaron y me recordaron el ejemplo de Kirby.

—¡Kirby haría lo que quisiese—grité—. ¡Pero yo soy un soldado inglés y no atacaré nunca a un navío inglés!

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando nuestros dos cañones grandes empezaron a vomitar fuego y metralla. ¡Mi gente había dejado de obedecerme! ¡Había estallado la revolución! ¡El primer proyectil nuestro había roto el tope del palo mayor del navío inglés, arriando, naturalmente su pabellón. A su bordo se redoblaron los gritos de terror, entre los cuales sonaban voces de mujeres. Mi tripulación respondía con voces de triunfo.

Desenvainé mi espada. Jeremías Sparrow y Diccon siguieron mi ejemplo y se me pusieron uno a cada lado. La pupila del rey, serena y pálida, pero brava como un hombre, se situó detrás de nosotros, posando una mano en mi espalda. Un rugido sordo, semejante a un trueno lejano, recorría las apretadas filas de los piratas, aumentando de intensidad a cada minuto. De repente, el Español se abrió paso entre los piratas y se puso enfrente de mí. A esta señal lord Carnal, que por mi orden se conservaba siempre separado, vino a situarse al lado del Español, y sacando la espada me miró con descaro. Al fin estallaba el complot.

Una bala de pistola rozó mi hombro y la mejilla de Jocelyn.

—¡No tiréis!—aulló el Español— ¡No la asesinéis! Cogedlos y atadlos. Cuando hayamos echado a pique el navío inglés nos ocuparemos de Kirby y de sus cómplices, y ya veremos qué se hace de ellos.

—¡Encerrad a la señora hasta que nos la sorteemos!

Veinte piratas se precipitaron sobre nosotros con cuerdas y cadenas, pero antes que se hubiesen apoderado de nosotros, sonó un chasquido espantoso. El transporte inglés, que hasta entonces había tirado bastante mal, acababa de alzar dos proyectiles en el casco de nuestro barco. Nos íbamos al fondo. De todos los pechos de los piratas insurreccionados se escapó un grito de rabia. A este grito de desesperación un largo grito de triunfo en el navío inglés. Yo cometí la imprudencia de unirme a las aclamaciones de mis compatriotas. Era demasiado. El Español, con ademán brutal, apartó a los secuaces que iban a encadenarme y me disparó la pistola en el pecho.

—¡Un navío!

La puerta se cerró inmediatamente con estrépito.

—Aplacemos la partida decisiva, milord—propuse—. No tendréis que esperar mucho tiempo.

—¡Mejor!—vociferó el favorito—, porque en verdad que se me iba acabando la provisión de paciencia.

La tripulación se había reunido en el puente para observar al navío, que aumentaba de tamaño insensiblemente y que se acercaba a nosotros empujado por un viento favorable.

—Es un navío inglés, un navío mercante—declaró Paradis—. Ved su pabellón. Es un barco perteneciente a alguna Compañía, probablemente a la de Virginia. Debe llevar caballeros arruina-

dos, criados y labradores. El botín no debe ser muy bueno, pero más vale algo que nada.

Yo permanecí callado. Distinguía perfectamente el pabellón con las dos cruces que constituyen las armas de Virginia. El barco que navegaba ante nuestros ojos podría tener hasta doscientas toneladas. Se parecía mucho al «Jorge», tan conocido en Jamestown.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Paradis—Nos han visto. Mirad cómo descubren sus cañones. ¡Supongo que no los dejaremos romper el fuego!

A excepción del Español, todos los piratas que constituían la tripulación eran franceses. No ignoraba que el navío en cuestión encerraba escasas riquezas y que llevaba a bordo un pasaje tranquilo e inofensivo; y, sin embargo, ninguno de aquellos bandidos titubeaba en comenzar el ataque ni nadie encontraba una palabra de compasión.

La situación era crítica. Sin embargo, no dejé cumplir con mi deber.

—Ese navío—declaré—es un navío inglés. Combatiremos a los españoles mientras posean un trozo de tierra en las Indias, pero jamás atacaremos a nuestros compatriotas.

Mis palabras fueron acogidas con un murmullo de sorpresa, y los bandidos se quedaron perplejos. Pero su perplejidad no duró. Viendo la falta que yo cometía el Español, Paradis y sus partidarios, resolvieron aprovecharse. Se burlaron abiertamente de mí, me insultaron y me recordaron el ejemplo de Kirby.

—¡Kirby haría lo que quisiese—grité—. ¡Pero yo soy un soldado inglés y no atacaré nunca a un navío inglés!

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando nuestros dos cañones grandes empezaron a vomitar fuego y metralla. ¡Mi gente había dejado de obedecerme! ¡Había estallado la revolución! ¡El primer proyectil nuestro había roto el tope del palo mayor del navío inglés, arriando, naturalmente su pabellón. A su bordo se redoblaron los gritos de terror, entre los cuales sonaban voces de mujeres. Mi tripulación respondía con voces de triunfo.

Desenvainé mi espada. Jeremías Sparrow y Diccon siguieron mi ejemplo y se me pusieron uno a cada lado. La pupila del rey, serena y pálida, pero brava como un hombre, se situó detrás de nosotros, posando una mano en mi espalda. Un rugido sordo, semejante a un trueno lejano, recorría las apretadas filas de los piratas, aumentando de intensidad a cada minuto. De repente, el Español se abrió paso entre los piratas y se puso enfrente de mí. A esta señal lord Carnal, que por mi orden se conservaba siempre separado, vino a situarse al lado del Español, y sacando la espada me miró con descaro. Al fin estallaba el complot.

Una bala de pistola rozó mi hombro y la mejilla de Jocelyn.

—¡No tiréis!—aulló el Español— ¡No la asesinéis! Cogedlos y atadlos. Cuando hayamos echado a pique el navío inglés nos ocuparemos de Kirby y de sus cómplices, y ya veremos qué se hace de ellos.

—¡Encerrad a la señora hasta que nos la sorteemos!

Veinte piratas se precipitaron sobre nosotros con cuerdas y cadenas, pero antes que se hubiesen apoderado de nosotros, sonó un chasquido espantoso. El transporte inglés, que hasta entonces había tirado bastante mal, acababa de alzar dos proyectiles en el casco de nuestro barco. Nos íbamos al fondo. De todos los pechos de los piratas insurreccionados se escapó un grito de rabia. A este grito de desesperación un largo grito de triunfo en el navío inglés. Yo cometí la imprudencia de unirme a las aclamaciones de mis compatriotas. Era demasiado. El Español, con ademán brutal, apartó a los secuaces que iban a encadenarme y me disparó la pistola en el pecho.

—¡Un navío!

La puerta se cerró inmediatamente con estrépito.

—Aplacemos la partida decisiva, milord—propuse—. No tendréis que esperar mucho tiempo.

—¡Mejor!—vociferó el favorito—, porque en verdad que se me iba acabando la provisión de paciencia.

La tripulación se había reunido en el puente para observar al navío, que aumentaba de tamaño insensiblemente y que se acercaba a nosotros empujado por un viento favorable.

—Es un navío inglés, un navío mercante—declaró Paradis—. Ved su pabellón. Es un barco perteneciente a alguna Compañía, probablemente a la de Virginia. Debe llevar caballeros arruina-

dos, criados y labradores. El botín no debe ser muy bueno, pero más vale algo que nada.

Yo permanecí callado. Distinguía perfectamente el pabellón con las dos cruces que constituyen las armas de Virginia. El barco que navegaba ante nuestros ojos podría tener hasta doscientas toneladas. Se parecía mucho al «Jorge», tan conocido en Jamestown.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Paradis—Nos han visto. Mirad cómo descubren sus cañones. ¡Supongo que no los dejaremos romper el fuego!

A excepción del Español, todos los piratas que constituían la tripulación eran franceses. No ignoraba que el navío en cuestión encerraba escasas riquezas y que llevaba a bordo un pasaje tranquilo e inofensivo; y, sin embargo, ninguno de aquellos bandidos titubeaba en comenzar el ataque ni nadie encontraba una palabra de compasión.

La situación era crítica. Sin embargo, no dejé cumplir con mi deber.

—Ese navío—declaré—es un navío inglés. Combatiremos a los españoles mientras posean un trozo de tierra en las Indias, pero jamás atacaremos a nuestros compatriotas.

Mis palabras fueron acogidas con un murmullo de sorpresa, y los bandidos se quedaron perplejos. Pero su perplejidad no duró. Viendo la falta que yo cometía el Español, Paradis y sus partidarios, resolvieron aprovecharse. Se burlaron abiertamente de mí, me insultaron y me recordaron el ejemplo de Kirby.

—¡Kirby haría lo que quisiese—grité—. ¡Pero yo soy un soldado inglés y no atacaré nunca a un navío inglés!

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando nuestros dos cañones grandes empezaron a vomitar fuego y metralla. ¡Mi gente había dejado de obedecerme! ¡Había estallado la revolución! ¡El primer proyectil nuestro había roto el tope del palo mayor del navío inglés, arriando, naturalmente su pabellón. A su bordo se redoblaron los gritos de terror, entre los cuales sonaban voces de mujeres. Mi tripulación respondía con voces de triunfo.

Desenvainé mi espada. Jeremías Sparrow y Diccon siguieron mi ejemplo y se me pusieron uno a cada lado. La pupila del rey, serena y pálida, pero brava como un hombre, se situó detrás de nosotros, posando una mano en mi espalda. Un rugido sordo, semejante a un trueno lejano, recorría las apretadas filas de los piratas, aumentando de intensidad a cada minuto. De repente, el Español se abrió paso entre los piratas y se puso enfrente de mí. A esta señal lord Carnal, que por mi orden se conservaba siempre separado, vino a situarse al lado del Español, y sacando la espada me miró con descaro. Al fin estallaba el complot.

Una bala de pistola rozó mi hombro y la mejilla de Jocelyn.

—¡No tiréis!—aulló el Español— ¡No la asesinéis! Cogedlos y atadlos. Cuando hayamos echado a pique el navío inglés nos ocuparemos de Kirby y de sus cómplices, y ya veremos qué se hace de ellos.

—¡Encerrad a la señora hasta que nos la sorteemos!

Veinte piratas se precipitaron sobre nosotros con cuerdas y cadenas, pero antes que se hubiesen apoderado de nosotros, sonó un chasquido espantoso. El transporte inglés, que hasta entonces había tirado bastante mal, acababa de alzar dos proyectiles en el casco de nuestro barco. Nos íbamos al fondo. De todos los pechos de los piratas insurreccionados se escapó un grito de rabia. A este grito de desesperación un largo grito de triunfo en el navío inglés. Yo cometí la imprudencia de unirme a las aclamaciones de mis compatriotas. Era demasiado. El Español, con ademán brutal, apartó a los secuaces que iban a encadenarme y me disparó la pistola en el pecho.

Nunca me atreví a llamarla con su nombre—dice el relato—. Sólo una vez comencé diciendo: «Mademoiselle...», pero me interrumpió con gesto enérgico y, mirándome con un brillo amenazador, me dijo, subrayando las sílabas: «Mada-me...» Fue todo, por eso, en 1917, cuando vi cómo Esteve caía, tuve miedo. Cuando regresé a Amberes—cumpliendo la misión que había de ser la última—(temía ante ella, haberme resuelto demasiado tarde. Hablé de la situación difícil, de la baja grave que significaba Esteve.

«Lo sé todo—repuso—. Me correspondió... Esteve tuvo miedo... Siempre sucede así...»

«Abrió un escritorio y, corriendo un fichero disimulado, tomó una tarjeta que estaba cruzada con lápiz rojo, la fué rompiendo en trozos pequeños, que hizo caer como lluvia. Luego, corrió su mano aristocrática sobre las fichas, como si fuera un teclado...»

«Aquí están todos los que quedan...—hablaba, sonriendo con una mueca de crueldad inaudita—. ¿Ve?...»

«Al correr de nuevo su mano sobre las fichas, vi unas cuantas que estaban cruzadas de rojo...»

«¿Usted tiene miedo?—exclamó de pronto, mirándome fijo...»

«Concentré sangre fría para sonreír, moviendo la cabeza negativamente.

«Bueno... Mejor...»

«Esa fué la última palabra que le oí. Me ordenó retirarme. Siempre pienso en estas cosas y me parecen una pesadilla. No sé cómo, después de varias semanas, pude huir de Bélgica. Me refugié en Centroamérica...»

«Cuando recuerdo, por cualquier circunstancia, el rostro, la voz o el gesto de aquella mujer, me parece que estoy bajo un peligro mortal...»

«Pienso que nos había enloquecido a todos. Que ella misma llevaba en su terrible poder la fuerza trágica y arrolladora de la locura que puso en su vida horrible el punto final.»

CONDICIONES PARA SER ESPÍA

El «Deuxième Bureau», de Francia, exige estas condiciones para ser espía:

Hombres, cultura general, idiomas francés, inglés y alemán, manejar autos y aeroplanos, conocer telegrafía, geografía, psicología y economía política y estar especializado en tópicos militares y navales.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres jóvenes; ser bonitas, saber bailar, conocer idiomas, vestir bien, tener entrenamiento atlético y saber literatura.

Mujeres de mayor edad; conocer idiomas, tocar el piano o algún instrumento musical, ser solteras o viudas y gozar de perfecta salud.

En algunas oportunidades, estas condiciones no fueron requisitos indispensables, pero se mantuvieron como reglas generales, que muy rara vez dejaron de cumplirse.

Puede afirmarse, también, que esa fué la norma seguida por todos los gobiernos para incorporar elementos al servicio secreto de espionaje y de contra-espionaje.

ESPIONAJE ACTUAL

Actualmente, el espionaje ha sido pulimentado, perfeccionado, estilizado... Hay ahora enormes secretos que decubrir. Los laboratorios de todo el mundo traían sin descanso, buscando cada día nuevos y más terrible instrumentos de muerte colectiva: gases que desintegran los tejidos, otros que esterilizan los campos; rayos de horrible poder que detienen los motores de los aeroplanos y que funden el metal de los cañones; tanques anfibia, aeroplanos con diez cañones, bombas que horadan planchas de cemento de diez y quince metros de profundidad y que después estallan, anulando cualquier posibilidad de salvación; cultivos de terribles microbios que esparcirán mil pestes.

Todo el mundo espía...



El "Servicio Secreto" es el organismo que en cada país prepara la ofensiva, y aún en tiempos de paz labora por la guerra

TODO el mundo espía... Sí, ¡todo el mundo espía! No estamos en verdad en un momento de guerra declarada; pero las cancellerías mueven centenares, miles de sus hilos prodigiosos y al extremo de cada uno de ellos está, invariablemente, un espía, disfrazado de soldado, de profesor, de comerciante.

archivos de las cancellerías y de los ministerios que dirigen la guerra y también en la memoria de algunos personajes que actuaron y que actúan...

RESULTADOS DEL ESPIONAJE DURANTE LA GUERRA

Los alemanes estaban ufanos y orgullosos de su admirable servicio secreto. Terminada la guerra se pudo saber que otras naciones habían progresado tanto como ellos en este sentido.

De estos hombres se obtuvieron tres enormes resultados decisivos: el asunto de la "Dogger Bank", en enero de 1915; la batalla de Jutlandia, el 31 de mayo de 1916, la inutilidad de la campaña submarina.

Y, como si esto fuera poco, los espías ingleses precipitaron a Estados Unidos en la gran conflagración, documentando los actos de "sabotaje" y provocación de los espías alemanes en Norteamérica y descifrando el famoso telegrama Zimmermann, en el que Alemania ofrecía a México una alianza militar contra los Estados Unidos.

El "Intelligence Service" neutralizó el gran peligro de los submarinos alemanes, que habrían decidido categóricamente la suerte de la guerra si no se hubiera logrado anular su terrible ofensiva.

Los agentes secretos ingleses consigieron mantener una estrecha e invisible vigilancia sobre la "High Seas Fleet". En cada puerto del Reino Unido, había una base del "Intelligence Service", y en ellas se sabía, hora por hora el movimiento de los 50 o 60 submarinos alemanes que navegaban en alta mar.

Los comandantes de los submarinos comenzaron a ponerse nerviosos al comprobar que, invariablemente, sus posicio-

nes eran descubiertas por los ingleses. Comenzó a reinar la desconfianza, el recelo, y así la acción de los famosos "U" se tornó mucho menos eficaz. El proceso psicológico esperado culminaba en la forma calculada por los mil agentes secretos que formaban esa red impenetrable del espionaje.

FIGURAS DE ESPIAS CONOCIDOS

Londres, 402, Caledonian Road. Detrás de un pequeño y viejo mostrador está un hombre de aspecto inofensivo, aunque su rostro denota inteligencia, firmeza y decisión.

Es alemán y se llama Karl Gustav Ernst. ¿Qué hace allí este raro personaje germano en los días de la pre-guerra? Vende ropa, tabaqueras, fonógrafos. ¿Pero nada más? Sí, algo más. Karl Gustav Ernst tiene otra misión: la de centralizar las informaciones de los treinta agentes secretos alemanes que la "Gestapo" tiene diseminados en Inglaterra e Irlanda. Periódicamente envía a una inofensiva dirección de Berlín voluminosos sobres o cajones con mercadería. Y adentro va todo lo que interesa al servicio secreto.

Hasta que estalla la guerra. Al día siguiente, Karl Gustav Ernst es detenido. Protesta, asegura ser un honrado y oscuro comerciante que vende ropas, tabaqueras y fonógrafos.

Pero la policía no le cree, porque desde hace años viene interceptando toda la correspondencia del alemán, de la que toma placas fotográficas, y vuelve a guardar en los sobres, que llegan siempre a destino...

Los treinta espías estaban ya perfectamente identificados y fueron apresados, con excepción de uno de ellos, que logró desaparecer.

Pero poco después, en plena guerra, fué rehaciéndose lentamente, hasta cobrar el terrible vigor que todos recordamos.

MATA HARI Y EL ESPIA NEGRO

Mata Hari fué la más hermosa y célebre de las espías que actuaron durante la guerra. Ella sola costó a los aliados aproximadamente 200.000 muertos, pues los datos que ningún hombre pudo obtener acerca del movimiento de barcos y tropas fueron conseguidos por ella, merced a la sugestión casi irresistible de su arte y de su belleza...

Y contra ella, frente a ella, actuó con parecida eficacia un gigantesco negro senegalés que, al servicio de Francia, integraba una orquesta de músicos norteamericanos que trabajó durante los primeros años de la guerra en Berlín y Viena.

Finalmente, el negro fué descubierto porque al contestar una intencionada pregunta, lo hizo instintivamente en



Un aparato fotográfico disimulado dentro de un reloj, con el que se tomaban vistas mientras el operador fingía mirar la hora

francés. Encarcelado, consiguió matar al centinela, después a otro soldado que guardaba la entrada de la cárcel, y así logró salir de territorio alemán, maravillando que un hombre de su enorme talla y de su pigmento pudiera pasar inadvertido y burlar a los centenarios de policías que inmediatamente salieron en su persecución.

La acción de los espías ha sido múltiple y heroica. Millares de hechos de su blice coraje forman ya una tupida historia que acompaña como una sombra

a la otra historia, la conocida, la divulgada, de la gran guerra europea.

Ha habido casos en que el espía que acababa de cumplir con todo éxito una importantísima misión, fuera muerto a tiros por sus propios camaradas, para asegurar de esa manera que el enemigo no advirtiera el descubrimiento de su secreto.

Y ha habido casos en que muchachas honestas tuvieron que pasar veladas de francachela, con oficiales del ejército enemigo para arrancarle la clave de próximos movimientos de tropas.

MARIE LESSEZ, O "MADEMOISELLE DOKTOR"

De esta misteriosa espía—recientemente se ha filmado una película que refleja su existencia—, se conoce poco en América. Un compañero de la gran agente alemana, relata de esta suerte la vida de la bella mujer:

Annie Marie Lesser... "Dame Blond" o la "señora de Amberes", la "capitaine Heinrichsen"; mademoiselle Elisabeth; "la tigresa"; "A. F."... Todo era una sola persona... En Alemania era "14 G. W." En Francia la conocían por ese sobrenombre que la hizo famosa: "mademoiselle Doktor"...

Ella sola era todo el servicio de espionaje alemán en Francia... La organizadora y la directora. Trabajó durante toda la guerra... Nunca pudieron hacerle nada. Lo que no lograba con la inteligencia... lo obtenía por su belleza.

La misteriosa mujer—con tantos nombres para su identidad desconocida hasta hoy—que organizó y dirigió en Francia el servicio de espionaje alemán durante la gran guerra ha sido, sin discusión, el arquetipo de esa sombría y peligrosa actividad combativa. Por sobre todas las famas de esa índole que consa-



Uno de los retratos oficiales que han circulado de la famosa "mademoiselle" Doktor, correspondiente a la época en que era la jefe suprema del espionaje alemán en Francia

gran héroes y heroínas que defendían causas diferentes, la de "mademoiselle" Doktor se impone con un prestigio singular. Sin el marco romántico que rodeó a Mata-Hari, sin el sentimentalismo y el dolor que destacaron a miss Cavell, ni la audacia del coronel Redl que, desde el Estado Mayor austriaco, entrega la victoria al enemigo, o el cinismo del capitán Estéve, una de sus tantas víctimas, la Doktor tuvo, con una justa proporción de cualidades, aptitud de eficacia perfecta.

Annie-Marie Lesser, nacida en Berlín, tenía fijo su destino. Indagando su vida, se llega hasta la edad de 16 años, cuando contrae matrimonio con un capitán del ejército imperial. Pocos meses más tarde se separaba de él para dedicarse a su extraña profesión.

La audacia de "mademoiselle" crecía en proporción con la perspectiva de la derrota. Intentó golpes desesperados. Tramó atentados, moviendo pasiones de fanáticos...

Llegó hasta a enrolarse en la Cruz Roja francesa. La buscaban por todas partes y estaba en las propias filas de sus enemigos. En el "Camino de las Damas" estuvo varias semanas antes de la terrible derrota aliada; y posiblemente correspondió a su labor siniestra la muerte de miles de hombres.

Poco antes del armisticio, en el mes de junio, desapareció, llevando tras ella los últimos agentes de la organización. Se supo que, antes de finalizar 1918, vivía con algunos de sus secuaces, en Berlín. Luego, otra vez la sombra, hasta que un día se supo que su vida había terminado en un hospicio de Suiza, donde la locura le quebró con lenta agonía su vida increíble...

ban el sueño del que me iba despertando poco a poco. Extendí el brazo y mi mano tocó el frío suelo. Alguien vertía agua en mis labios.

—¡Dicoon!—murmuré.

—No es Dicoon—contestó una voz baja y profunda—; soy Parrow... ¡Alabado sea Dios, que os ha resucitado!

—¿Dónde estamos?—pregunté.

—En el calabozo del "Jorge"—respondió mi amigo—. Nuestro barco se hundió. Unos piratas murieron, otros están cautivos. Al ver una mujer entre nosotros, nuestros compatriotas enviaron un bote y nós recogió. Lady Jocelyn está en salvo, y vuestra herida es, por fortuna, insignificante.

—¿Mi herida?—pregunté.

—Sí, la herida que debéis al Español. Os "cortó al corazón, pero os dió en el hon". El médico responde de su vida.

Traté de incorporarme, pero al primer movimiento sentí una punzada en el hombro que me volvió a la realidad. Recordé el combate, el naufragio, y la conducta del Español. En aquel momento cambió la postura Sparrow y oí un ruido característico.

—¿Estáis encadenado, Sparrow?—exclamé.

—Por las piernas solamente. Milord quiso que se os sometiese al mismo trato, pero en atención a vuestra herida se os ha librado de esta suprema humillación. A mí me han dejado libres las manos a fin de que pueda humedecer de vez en cuando vuestros labios febriles.

—¿Ha sido milord quien ha dado orden de que se os encadene...? ¡Milord triunfa!

—¡Ay, sí! ¡Y triunfa con insolencia!

—¡Ay, sí! ¡Y triunfa con insolencia! Milord por aquí, milord por allí; todo el mundo está a sus pies.

—¿Y vamos a presentarnos a la justicia como culpables de piratería?

—Así lo temo—respondió mi amigo—. Pero el Señor nos ha sostenido hasta ahora y no nos abandonará. A los ojos humanos nuestra situación es desesperada, mas no sé por qué tengo confianza en la justicia de Dios. El sabrá manifestar la verdad a su tiempo... ¡Ya hemos hablado bastante por ahora, capitán...! ¡Estáis muy débil...! Tenéis que dormir.

Por grande que fuera mi deseo de saber más, me callé y me quedé traspuesto al poco rato.

Apenas acababa de dormirme se abrió con estrépito la puerta de la mazmorra y llegó hasta nosotros una bocanada de aire puro, y los acentos de una agria discusión.

—El cirujano ha declarado que está fuera de peligro, es cierto—decía una voz irritada—pero no lo es menos que es un herido, un enfermo.

—Es un peligroso criminal—corrigió otra voz muy conocida—. Yo no comprendo cómo titubeáis en aherrojarle. —Milord—replicó el primer interlocutor—, soy yo quien tengo que responder de sus prisioneros ante la Compañía, y yo soy quien puedo dar órdenes aquí. ¿Deseáis hablar con los cautivos? Muy bien. No puedo negar ese favor, pero no los aherrojaré.

Oí ruido de pasos que se alejaban, y poco después la horrible risa de Lord Carnal, que se acercaba. El favorito del rey venía precedido y seguido de gente con antorchas. Uno de sus acompañantes cerró la puerta. Entonces, con todo el esplendor de su insolente belleza y de su rica indumentaria, Lord Carnal triunfante, nos miró un instante a sus pies.

—Poned esposas a ese—ordenó al fin señalando a Jeremías Sparrow.

Dos hombres se apresuraron a cumplir la orden. Después se acercó a mí Lord Carnal.

—Con esas cuerdas que traéis—ordenó a sus criados—atad sólidamente los brazos a éste... ¡Apredadle fuerte...! Allí, en las tinieblas, se alzó la voz de Jeremías Sparrow. —El desgraciado a quien tratáis de mo-

do tan odioso es un herido, un enfermo. ¡Qué vergüenza para vos, milord, que vergüenza!

—¡Apredadle más!—ordenó friamente el favorito.

Contempló mi suplicio con mirada impasible.

—¡Idos!—dijo después a sus lacayos—. ¡Dejadnos solos!

Los de las antorchas se retiraron ruidosamente. Milord tardó un instante en habituarse a la obscuridad, sus ojos brillaban en las tinieblas como los de un tigre. Soporté victoriosamente el brillo de aquella mirada, y en todo el tiempo que duró la entrevista, no volví la cabeza en solo instante.

—¿Estáis ya pagado?—me preguntó rechinando los dientes—. ¿Estáis ya pagado por el ultrajoso trato que me dispensastes en la selva de los espectros? ¿Estáis pagado, vil granuja?



—No—respondí—, no estoy pagado, milord. Traedla aquí a ella, y vermos si «ella» se rie de tan buena gana como aquella noche al pasar por debajo de las venanas de vuestra casa... ¡El recuerdo os escuece!

Creí que milord iba a hundirme en el pecho el puñal que pendía de su cinturón, pero consiguió conservar su sangre fría, y volvió a envainar el arma.

—Lady Jocelyn ha vuelto de su instante de perturbación. Acabo de verla. Está sentada en medio de un círculo de jóvenes elegantes y educadas. Ríe y canta. Yo mismo la he acompañado al laúd. Sabe que el rey y yo perdonaremos su locura, mientras que vos seréis ahorcado. Las mejillas de Lady Jocelyn están frescas como flores, y sus ojos brillan como estrellas. Hace un momento, mientras cantaba, he depositado un beso en su mano, y no me ha repelido. Ha vuelto a ser la pupila respetuosa del rey de Inglaterra. Ha recordado su nombre de Lady Jocelyn.

—¡Mentira!—exclamé—. ¡Mentira! Es mi noble y legítima esposa. Es posible que forme parte de un círculo de jóvenes que ríen y cantan, pero Jocelyn no ríe ni canta. Su corazón está aquí, conmigo.

Al escuchar mis palabras, se cubrió de una palidez mortal el semblante de milord. Había tanto odio, tanta rabia, tanto dolor, en su hermoso rostro, que dejaba de ser guapo. Comprendí que mis adivinaciones eran justas, y que Jocelyn no había cambiado, y al pensarlo me pareció que se abría el cielo, y que se extendía por mis venas y me llegaba al corazón un bálsamo divino. Mi arrogante adversario me miró por espacio de un minuto, sin saber qué decirme. Al fin se retiró renunciando a insultarme más.

Los días siguientes transcurrieron sin nuevas entrevistas con nuestros verdugos. Mi curación podía considerarse terminada.

Una mañana me despertó la entrada de mi carcelero acompañado de un desconocido de hirsuto cabello y de ojos penetrantes, pero rebosando bondad. Se llamaba Sandys.

Me mordí los labios y me dirigí rápidamente a la cámara principal, donde se hallaban mis jueces. Halábanse en torno de una mesa, sentados unos, y otros de pie. Entre ellos había dos figuras conocidas, la del médico, que me había asistido, y la de lord Carnal. Este último estaba sentado en un gran sillón, junto a un magistrado de aspecto inteligente y venerable, que según pude comprender poco después, era el nuevo gobernador.

Rafara un silencio solemne. Todos los ojos estaban fijos en mí con expresión de curiosidad mezclada de desprecio. Por fin me dirigí la palabra el gobernador. —Podría exigirnos que os pusierais de rodillas...

—No veo el motivo, excelencia—interrumpí con calma—. No pido gracia alguna ni tengo que arrepentirme de nada.

—¡Justo cielo!—exclamó el magistrado—. ¡No viene arrepentido...! ¡Veamos. Apercibido hace algunos meses en nombre del rey, para que no huyeséis, ¿No os negasteis a cumplir la orden?

—Sí. —¿No habéis llevado a la fuerza con vos en precipitada fuga a un ilustre gentilombre inglés, a lord Carnal? ¿No le habéis coimado de humillaciones?

—Sí. —¿No habéis disuadido del cumplimiento de sus deberes, arrancándola de sus protectores naturales, a un pupila del rey de Inglaterra, a lady Jocelyn Leigh? ¿No la habéis llevado a la fuerza con vos?

—No, excelencia—respondí con firmeza—. La llevé conmigo como mi noble y legítima esposa. Me siguió de buen grado y por su voluntad.

El gobernador arrugó el entrecejo y lord Carnal dió una patada en el suelo.

—¿No habéis hecho causa común con una banda de piratas?—continuó bruscamente el magistrado—. ¿No habéis vivido de la piratería?

—El hecho es exacto, o casi exacto.

—¿No habéis servido de jefe a los bandidos?

—No tuve otro remedio en mi desesperada situación.

—¿No llevabais como prisioneros lady Jocelyn Leigh y a lord Carnal?

—Sí.

—¿No habéis atacado, capturado y saqueado diversos navios españoles, hallándose actualmente su majestad en buenas relaciones con el rey de España?

—He hecho lo que Drake y Raleigh —respondí.

—Mala excusa—declaró un juez encogiendo de hombros—. Los tiempos han cambiado. Además, nunca he oído decir que Drake ni Raleigh atacasen a ningún navío inglés...

—Ni yo tampoco he atacado a ningún navío de mi patria—declaré rotundamente.

El gobernador se revolvió en su silla.

—¡Todos los presentes—exclamó— hemos oído el estampido de vuestros cañones, y vos, en calidad de jefe de piratas, fuisteis quien ordenó tan infame maniobra. ¿Persistís en negarlo?

—Sí, excelencia.

—Podíais haberos evitado la vergüenza de semejante mentira.

Un silencio angustioso siguió a esta dura palabra.

De pronto se oyó en la cámara contigua el ruido de una breve lucha, y después el chirrido de una cerradura. La puerta se abrió con estrépito, y entraron dos jóvenes en la sala del Consejo. Una de ellas, con el cabello revuelto, lloraba amargamente.

—He echo lo posible Francisco—decía—. Al ver que Milady no quería escuchar razones, cerré la puerta con llave, pero Milady es más vigorosa que yo.

El gobernador se levantó, apartó sonriéndose a su esposa, que sollozaba de despecho, y se inclinó ante la pupila del rey. Jamás había visto yo en el semblante de mi energética esposa una expresión tan decidida y tan altanera. Miraba con furia a Lord Carnal, a quien parecía que contrariaba bastante esta inesperada intervención.

—Milady—dijo el gobernador—, permitidme que os acompañe a vuestra cámara. Vuestra salud dista mucho de estar restablecida. Necesitáis calma y reposo. Vuestra presencia no es necesaria aquí, milady.

Jocelyn alzó la cabeza con el ademán imperioso habitual en ella.

—Sir Francisco Wyatt—dijo, si queréis conservar vuestra reputación de gentilhombre, dejadme hablar.

Su voz tenía aquel acento patético y dulce que tanto me había impresionado la primera noche que pasó en mi casa. De los labios del gobernador desapareció la sonrisa. Volvióse y consultó con la mirada a la Asamblea.

Lord Carnal se alzó un poco de su asiento y exclamó:

—¡No la dejéis hablar! ¡Se la ha hecho aprender una lección que va a repetir de memoria! ¡No la escuchéis! ¡No la creáis!

Como el favorito del rey persistiese en sus protestas, mi esposa le apostrofó.

—Sentaos, milord, y permaneced tranquilo. Diríase que teméis mis revelaciones. ¡Calma, milord, calma!

En los ojos de Jocelyn brillaba ese fulgor fiero que los cazadores han observado en la pantera cuando se apresata a saltar sobre su presa.

Milord se resignó y se sentó.

CAPITULO IV

En el que encuentro un abogado

Mi esposa se dirigió lentamente hacia mí, y se quedó de pie a mi lado, pero evitaba mis miradas. Sus ojos no se apartaban de los jueces.

—Señores—dijo—, quizás me conocáis alguno de vosotros. Los que hayáis frecuentado la Corte me habréis visto allí, porque allí me educué. Hoy soy una mujer, y con este título, con mi calidad de mujer perseguida y traicionada, me presento ante vosotros e imploro vuestra justicia. Huí de Londres...

Al decir estas palabras volvió el ros-

tro hacia Lord Carnal. En los rasgos de Jocelyn se leía tal odio, tan noble indignación, tal desprecio, que el favorito del rey bajó la cabeza. Mi mujer continuó su historia.

—Huí de Londres como una ladrona, bajo un disfraz ridículo y con un nombre supuesto y me lancé a correr mil aventuras y mil peligros. ¿Cuál es la razón de este comportamiento que se ha calificado de locura? ¿Vais a saberla. Con el apoyo del rey quería hacerme su esposa Lord Carnal. Y yo, que os aborrezco milord; yo, que os odio con toda mi alma, no quise rendirme. ¿Qué podría hacer yo, débil mujer, contra el proyecto de un personaje tan poderoso? ¡Ah, milord!, os lo repito una vez más; nunca os habéis mostrado caballeroso, compasivo ni leal...

—¡Os amaba!—gimió Lord Carnal, tendiendo los brazos a Jocelyn.

—¡Me amábais, decís! Hubiera preferido que me odiaseis... Llegué a Virginia con un convoy de criadas que iban a casarse con los colonos. Nos pusieron en un prado, detrás de la iglesia de Jamestown, y vinieron los pretendientes. Yo despedí a media docena, y cuando me vi obligada a repeler a uno más insistente y más grosero que los demás, acudió en mi socorro un hombre afable y cortés. Me tra-

—¡Si!—exclamó—. Ese hombre me ha tratado humanamente, pero eso no impide que sea un pirata, y como tal será condenado y percerá.

—¿Un pirata?—interrogó Jocelyn—. ¡Si mi marido no es pirata! Vos lo sabéis mejor que nadie, milord.

El gobernador interrumpió a Jocelyn con dulzura no exenta de firmeza.

—El mismo se ha nombrado capitán de piratas. Ha capturado y echado a pique navios españoles...

—Convengo en ello—declaró Joce-



lyn—; ¿pero cómo ha llegado a ese extremo? ¡Ah, señores! Os juro que vosotros hubierais obrado lo mismo que el en su caso. El huracán nos había arrojado a una isla desierta, por lo menos en el momento de tomar posesión de ella, nosotros. Por la noche desembarcaron unos piratas a fin de enterrar en la arena al jefe que acababa de morir. Dos partidos se ofrecían: o dejarnos asesinar sin piedad por aquellos intrusos o hacernos aliados suyos transitoriamente, y optamos por lo último. Mi marido tuvo que conquistar con su espada el título de jefe de piratas. En esta calidad, y a la cabeza de su gente, persiguió y capturó galeones españoles. Nada más cierto; pero siempre respetó a las mujeres, a los niños y a los viejos. En la triste necesidad que le había colocado la suerte inhumana, obró lo más humanamente posible. ¡Asesino y ladrón, él! ¡Justo cielo! Lo mismo él que yo y que Jeremías Sparrow y que lord Carnal, éramos prisioneros de una banda de piratas. ¡El capitán Percy no merece el nombre de pirata! ¿Quién ha osado llamarle así? ¿Habréis sido vos milord?

—¡Francisco! ¡Francisco!—exclamó Lady Wyatt, alzando los ojos a su marido—. Mira cómo se aman. ¡Ten piedad!...

—Si ha hecho resistencia al rey—continuó Jocelyn—, es porque lo exigían su honor y el mío. Si ha huído de Virginia es porque yo se lo he rogado. Por escapar de vuestras garras. Milord, hubiéramos huído hasta el fin del mundo. ¡Ah! ¿Por qué nos habéis seguido? ¿Por qué nos habéis acompañado en nuestra frágil embarcación? O para decirlo con más exactitud, ¿por qué nos habéis obli-

gado a llevaros, cuando no deseábamos vuestra compañía? ¿Habéis expuesto lealmente los hechos al tribunal...? ¿Habéis contado, sin duda, a estos ilustres señores, el modo duro, aunque correcto con que habéis tratado a mi marido? No espero menos de vos, milord.

Dejó de hablar y miró de frente a su perseguidor. Sin saber qué responder. Lord Carnal bajó los ojos. Jocelyn continuó con rabia:

—¡Milord, milord! Hace tiempo que habéis provocado mi odio. Si no queréis que os desprecie, decid la verdad.

Las mejillas de lord Carnal se tñieron de rojo. No podía soportar las provocaciones de mi mujer, Jocelyn hacía de él lo que quería.

—¡Si!—exclamó—. Ese hombre me ha tratado humanamente, pero eso no impide que sea un pirata, y como tal será condenado y percerá.

—¿Un pirata?—interrogó Jocelyn—. ¡Si mi marido no es pirata! Vos lo sabéis mejor que nadie, milord.

El gobernador interrumpió a Jocelyn con dulzura no exenta de firmeza.

—El mismo se ha nombrado capitán de piratas. Ha capturado y echado a pique navios españoles...

—Convengo en ello—declaró Joce-

lyn—; ¿pero cómo ha llegado a ese extremo? ¡Ah, señores! Os juro que vosotros hubierais obrado lo mismo que el en su caso. El huracán nos había arrojado a una isla desierta, por lo menos en el momento de tomar posesión de ella, nosotros. Por la noche desembarcaron unos piratas a fin de enterrar en la arena al jefe que acababa de morir. Dos partidos se ofrecían: o dejarnos asesinar sin piedad por aquellos intrusos o hacernos aliados suyos transitoriamente, y optamos por lo último. Mi marido tuvo que conquistar con su espada el título de jefe de piratas. En esta calidad, y a la cabeza de su gente, persiguió y capturó galeones españoles. Nada más cierto; pero siempre respetó a las mujeres, a los niños y a los viejos. En la triste necesidad que le había colocado la suerte inhumana, obró lo más humanamente posible. ¡Asesino y ladrón, él! ¡Justo cielo! Lo mismo él que yo y que Jeremías Sparrow y que lord Carnal, éramos prisioneros de una banda de piratas. ¡El capitán Percy no merece el nombre de pirata! ¿Quién ha osado llamarle así? ¿Habréis sido vos milord?

La mirada y la voz de Jocelyn revelaban la cólera más viva. Sus mejillas estaban encendidas de indignación y de vergüenza. Pálido y desfallecido, mi-

lord fijaba en mí abogada sus ojos velados, pero no encontraba una palabra que aducir en defensa.

El gobernador puso fin al silencio embarazoso.

—En rigor—dijo admiró la captura de navios españoles; ¡pero dar caza a un navío inglés que enarbolaba el pabellón de la Gran Bretaña...!

—¿Y qué más?—dijo Jocelyn.

Los semblantes de mis jueces revelaban una viva sorpresa. Preguntábase como iba a responder Jocelyn a esta objeción capital. Sir Francisco Wyatt se inclinó sobre la mesa.

—¿Y qué más?—repitió Jocelyn.

—Sois una defensora maravillosa milady—dijo el gobernador—. Ganarías la causa, si la causa fuera defendible; pero desgraciadamente, hay un hecho que habia elocuentemente contra vos. El navío del capitán Percy fué el primero en disparar en el combate que os ha entregado a nuestra justicia. ¿Qué tenéis que responder a esto?

Siguió un profundo silencio a estas palabras. Jocelyn, entre tanto, dirigía una mirada terrible a lord Carnal. De repente penetraron los rayos del sol en la cámara, envolviendo con su luz a mi mujer. Hubiérase dicho que era un efecto teatral preparado por la Providencia. Jocelyn parecía una aparición, parecía el ángel de la Justicia y de la Venganza alzándose ante el culpable y aprestándose a confundirle.

—De esa suerte—dijo inclinándose para mirar más de cerca a milord— de esa suerte habéis olvidado contar a estos señores el incidente, que se produjo a bordo en el momento del combate! ¡Habéis callado una verdad que podía ser útil a mi marido, porque es rival y enemigo vuestro! ¡Y pretendéis ser caballero y gentilhombre! ¡Ay, milord Carnal...! ¡Milord Carnal!

—El honor—respondió, el favorito—, es para mí una palabra vacía de sentido. El mal y el bien no existen a mis ojos. Por vos estoy dispuesto a desafiar al infierno, si es algo más terrible que aquel er que me ha sumido vuestro desgraciado amor... ¡Ay, Jocelyn, Jocelyn!

—¿Me amáis—preguntó mi mujer—. En ese caso concededme una gracia. Decid la verdad al tribunal.

Avanzó hacia lord Carnal tendiéndole la mano.

—Decid toda la verdad y dejaré de odiaros; olvidaré en el acto los daños que me habéis causado. Milord, no me dejéis publicar en vano. Exigís que me postre de rodillas?

—Escuchad mis condiciones—declaró lord Carnal lentamente—. Haré lo que me pedís, pero después tendré derecho a besaros la mano.

Di un paso, ahogando una exclamación irritada. Mr. Sandys me cogió de la ropa.

—¡No os excitéis—murmuró a mi oído.

—Hablad, milord—dijo la pupila del rey cerrando los ojos— hablad primero y venid después a cobrar el importe del trato.

—¡Jocelyn!—grité trastornado—. Jocelyn os ordeno...

Volvió hacia mí su adorable rostro cubierto de una palidez mortal.

—Toda mi vida—declaró—seré vuestra esposa fiel y obediente. Sólo hoy os ruego que me dejéis en libertad de proceder a mi gusto... Hablad, milord.

Había algo de infernal en la carcajada que estremeó a Lord Carnal. Pero aquella explosión no duró apenas. Mi rival recobró la posesión de sí mismo, miró al gobernador, tosió y habló así:

—Señores, la historia que os conté el día de nuestro naufragio, era una inventada mía. Indudablemente había perturbado mi memoria el siniestro de que acabábamos de escapar. Señores, el capitán Percy no es un pirata. Su gente rompió el fuego sobre vuestro navío contra su expresa voluntad. Con este motivo

ALACIO Valdés y Alfonso Daudet fueron los maestros que más influyeron en los primeros años de nuestro aprendizaje literario. El Señorito Octavio, del primer número, y El Poquita Cosa, del segundo, fueron los que inspiraron nuestros primeros trabajos: una novella corta—Cora— Modelo—que publicó el «Figaro» en diez números consecutivos, y los Cuentos a Juana, que vieron la luz en la «Habana Elegante»; están hechos a la manera del eximio novelista asturiano y del tierno e irónico escritor provenzal, de quien dijo Emilio Zola que se hallaba colocado en la justa línea en que acaba el naturalismo y da comienzo la fantasía. Cuando murió Alfonso Daudet en 1893, le dedicamos uno de los folletines más cuidados y sinceros de aquellos que, con el título de «Lecturas del Domingo», estuvimos publicando en la «Unión Constitucional», al lado de Justo de Lara, durante nueve años. Nuestro amor inextinguible por esos dos maestros, pese a modas y nuevas orientaciones, nos dice que debemos escribir unas líneas a la memoria del ilustre autor de Maximina, como lo hicimos a la muerte del autor de Safo. No hacemos el juicio crítico de sus obras, ni un ensayo acerca de su personalidad en el mundo literario de la España contemporánea; sólo rendimos un sincero tributo al escritor que nos hizo sentir tan hondo y que fué, como dijimos, uno de nuestros maestros más apreciados y uno de nuestros modelos más admirados. Cuando estuvimos en Madrid, no hacemos mucho, movimos influencias y amistades para ser presentados a Palacio Valdés; pero era la época del verano, y el admirado autor se hallaba de temporada en Francia, en Cap-Breton, que poseía una hermosa residencia, vecina a otra del gran novelista francés, su íntimo camarada, Paul Maguerite, autor de la sonadada novela «La Garzona», y no pudimos ver realizado nuestro deseo ni cumplida una promesa que le hicimos cierta vez por carta al insigne hijo de Entralgo, contestando a otra del mismo en que, por haberse nosotros pedido, nos autorizaba a llevar a escena su preciosa y sentida novela Los Majos de Cádiz; propósito que realizamos con fortuna, escribiendo una zarzuela en cinco cuadros y en verso que leímos en el teatro Alhambra y fué aceptada por la compañía de género español que funcionaba entonces en aquel coliseo. El protagonista de la obra, Paco, estaba escrito para el barítono Villarreal, y habiéndose embarcado dicho artista en aquellos días para España, fué motivo para que se aplazase el estreno y que al fin no nos ocupáramos más del asunto, atraídos por otros empeños teatrales. Más tarde leímos en un periódico de Madrid que al ser clausurado el teatro «Apolo» de aquella villa, había aparecido entre otras obras no estrenadas, en el archivo de aquel teatro, el manuscrito de un arreglo en verso de la novela de Palacio Valdés «Los Majos de Cádiz». (?)

Los que plumeábamos por aquellos años de 1888-1889, etc., en las dos únicas revistas literarias que se publicaban en La Habana, guardamos un recuerdo amable de cierto incidente que tuvo lugar con Palacio Valdés. En unas elecciones para diputados a cortes por Cuba, que se verificaron en aquellos meses del 88 al 89, en una de las urnas del barrio de San Felipe, apareció el novelista asturiano Armando Palacio Valdés con un voto en una candidatura. Los periódicos autonomistas cogieron la noticia por su cuenta—porque el voto lo había emitido un misterioso elector de aquella agrupación política—y ya puede suponerse la cantidad de artículos que se le escribieron y los elogios que se le tributaron al exquisito escritor que contaba aquí en La Habana con tan crecido número de lectores. ¿Quién era aquel que había votado por Armando Palacio Valdés? Se hicieron mil suposiciones, y al fin llegó a saberse, por haberlo publicado en un artículo lleno de sinceridad y romanticismo, el propio elector, que era Rafael Pérez Cabello, joven periodista amigo y compañero de Emilio Bobadilla, que firmaba con el pseudónimo de Zerep; Pérez al revés. Cosas de la época; lirismos y fantasías de aquellos jóvenes escritores que le rendíamos fervoroso homenaje a la mentida gloria literaria. Con motivo de aquel voto de Zerep, «El Figaro» publicó un retrato a pluma entera de Armando Palacio Valdés, con un artículo que tuvo la honra de firmar el que estas líneas escribe. Acababa de publicar Palacio su discutida novela La Espuma, cuyo argumento se basaba en la vida aristocrática de la entonces villa y corte de Madrid.

El autor de «Marta y María», «La Alegría del Capitán Ribot», «José—costumbres marineras—», «Riveritas», «La Hermana San Sulpicio», «Tristán» o «El Pesi-

mismo», «Los Carmenes de Granada», etcétera, tenía sobre Pérez Galdós, con quien compartía la gloria literaria de la época, la fluidez y galanura del estilo, el color y la gracia, aunque era más vivo y ameno en la narración. Galdós era lento; y en ocasiones, frío y desmañado. Clarín, comprovinciano y amigo de colegio de Palacio Valdés, fué su mentor serio y respetado, pero no le faltó el sentido de la amistad y el respeto a sus numerosas producciones. Que Palacio Valdés atendió las indicaciones de Leopoldo Alas, no cabe duda; porque desdierá el «Señorito Octavio» en lo adelante, el estilo del novelista experimentado visiblemente mejoró y fué más cuidado. De la influencia que ejercía sobre la moral de sus numerosos lectores puede dar fe este suceso, que él mismo relató cierta vez en unas declaraciones: «Un muchacho asturiano, decía, leyó mi obra «La Aldea Perdida» allá en Buenos Aires, a donde había ido en busca de fortuna. Leerla y plantarse aquí en Madrid en el primer barco fué todo uno. Poco después vino a mi casa y me contó que había visto retratado su pueblo en la obra, y que venía a España para no volver a Ultramar... En realidad, yo fui responsable de que aquel hombre abandonara sus negocios y pudiera pasarlos mal en España».

Uno de los artículos más elogiosos que se publicaron a la muerte del gran novelista valenciano Don Vicente Blasco Ibáñez, lo firmaba Palacio Valdés, quien, lo contrario de otros sus colegas, no tuvo empacho en hacer pública declaración de los méritos y la gran importancia del autor de «La Barraca» en la historia de la novela española contemporánea. Ahora se lee que en Madrid no han hablado de la sentida muerte de Don Armando, la mayor parte de los periódicos por falta de papel, ¿de papel, o de qué?...

Los cuentos de Palacio Valdés pueden competir con los mejores de los más nombrados cuentistas extranjeros. Desde luego, en España pocos pueden superarlo. Su cuento «Solo» es de una tal intensidad emotiva, que se aparea con los mejores de Gorki, Maupassant y Dostoievski; y en sus trabajos humorísticos como «Las Fieras del Retiro» y «El segundo viaje al Parnaso», está a la altura de

Mark-Twain, Gerome, Juy y otros. Sobre todo, en la producción de Palacio Valdés se revela la más refinada exquisitez de su espíritu y la mayor cultura del más eximio hombre de letras.

Armando Palacio Valdés fué uno de los ateneístas más entusiastas de aquella época de Moreno Nieto, Moret, Labra, Castelar, Campoamor, Cánovas, Giner de los Ríos, etc. Sus artículos humorísticos sobre metafísica y otras ciencias abstractas hicieron reír con ganas y pensar con provecho a aquella juventud que discutía por los salones, charlaba «estruendosamente» en la «Cacharrería» y se nutría de sabias e inútiles—lecturas, en la Biblioteca de la docta casa. Su caudal de biblioteca filosófica halló amplia salida en sus libros «Los Autores del Ateneo», que publicó en 1878; «Crótales Hórridos», en 1879; y el «Origen del Pensamiento», en 1884. Pertenecía en 1924 a la Directiva de aquella institución cuando, por apreciaciones políticas, la disolvió Primo de Rivera; y era, además, miembro de número de la Real Academia Española. De todo ello solía burlarse donosamente con sus escritos. Siempre miró la vida por el lado amable; y a ello obedecía aquella tranquila mirada de sus ojos azules; y aquella sonrisa de benevolencia que no se borraba nunca de sus labios. Sólo una vez las lágrimas empañaron aquellos ojos y el dolor contrajo aquellos labios: cuando, víctima de un accidente motociclista, perdió la vida su único hijo...

Vivíamos en Madrid el año 1892, y solíamos verlo a menudo, sin tratarlo personalmente, en las veladas del Ateneo de la calle de la Montera; se parecía bastante en lo físico a Don Antonio Escobar, aunque de menor estatura. Era un buen mozo, en cuya época de soltería consta que registró más de una victoria digna de Tenorio. Fué, con Blasco Ibáñez, el novelista español más leído en el extranjero. De su «Maximina» se tiraron en los Estados Unidos más de doscientos mil ejemplares, y llegó a ponerse tan de moda en aquella república, que no había ni magazine ni periódico diario que no publicara un cuento o una novela de Mr. A. Palacio Valdés. En una visita que por

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ALACIO Valdés y Alfonso Daudet fueron los maestros que más influyeron en los primeros años de nuestro aprendizaje literario. El Señorito Octavio, del primer número, y El Poquita Cosa, del segundo, fueron los que inspiraron nuestros primeros trabajos: una novella corta—Cora— Modelo—que publicó el «Figaro» en diez números consecutivos, y los Cuentos a Juana, que vieron la luz en la «Habana Elegante»; están hechos a la manera del eximio novelista asturiano y del tierno e irónico escritor provenzal, de quien dijo Emilio Zola que se hallaba colocado en la justa línea en que acaba el naturalismo y da comienzo la fantasía. Cuando murió Alfonso Daudet en 1893, le dedicamos uno de los folletines más cuidados y sinceros de aquellos que, con el título de «Lecturas del Domingo», estuvimos publicando en la «Unión Constitucional», al lado de Justo de Lara, durante nueve años. Nuestro amor inextinguible por esos dos maestros, pese a modas y nuevas orientaciones, nos dice que debemos escribir unas líneas a la memoria del ilustre autor de Maximina, como lo hicimos a la muerte del autor de Safo. No hacemos el juicio crítico de sus obras, ni un ensayo acerca de su personalidad en el mundo literario de la España contemporánea; sólo rendimos un sincero tributo al escritor que nos hizo sentir tan hondo y que fué, como dijimos, uno de nuestros maestros más apreciados y uno de nuestros modelos más admirados. Cuando estuvimos en Madrid, no hacemos mucho, movimos influencias y amistades para ser presentados a Palacio Valdés; pero era la época del verano, y el admirado autor se hallaba de temporada en Francia, en Cap-Breton, que poseía una hermosa residencia, vecina a otra del gran novelista francés, su íntimo camarada, Paul Maguerite, autor de la sonadada novela «La Garzona», y no pudimos ver realizado nuestro deseo ni cumplida una promesa que le hicimos cierta vez por carta al insigne hijo de Entralgo, contestando a otra del mismo en que, por haberse nosotros pedido, nos autorizaba a llevar a escena su preciosa y sentida novela Los Majos de Cádiz; propósito que realizamos con fortuna, escribiendo una zarzuela en cinco cuadros y en verso que leímos en el teatro Alhambra y fué aceptada por la compañía de género español que funcionaba entonces en aquel coliseo. El protagonista de la obra, Paco, estaba escrito para el barítono Villarreal, y habiéndose embarcado dicho artista en aquellos días para España, fué motivo para que se aplazase el estreno y que al fin no nos ocupáramos más del asunto, atraídos por otros empeños teatrales. Más tarde leímos en un periódico de Madrid que al ser clausurado el teatro «Apolo» de aquella villa, había aparecido entre otras obras no estrenadas, en el archivo de aquel teatro, el manuscrito de un arreglo en verso de la novela de Palacio Valdés «Los Majos de Cádiz». (?)

Los que plumeábamos por aquellos años de 1888-1889, etc., en las dos únicas revistas literarias que se publicaban en La Habana, guardamos un recuerdo amable de cierto incidente que tuvo lugar con Palacio Valdés. En unas elecciones para diputados a cortes por Cuba, que se verificaron en aquellos meses del 88 al 89, en una de las urnas del barrio de San Felipe, apareció el novelista asturiano Armando Palacio Valdés con un voto en una candidatura. Los periódicos autonomistas cogieron la noticia por su cuenta—porque el voto lo había emitido un misterioso elector de aquella agrupación política—y ya puede suponerse la cantidad de artículos que se le escribieron y los elogios que se le tributaron al exquisito escritor que contaba aquí en La Habana con tan crecido número de lectores. ¿Quién era aquel que había votado por Armando Palacio Valdés? Se hicieron mil suposiciones, y al fin llegó a saberse, por haberlo publicado en un artículo lleno de sinceridad y romanticismo, el propio elector, que era Rafael Pérez Cabello, joven periodista amigo y compañero de Emilio Bobadilla, que firmaba con el pseudónimo de Zerep; Pérez al revés. Cosas de la época; lirismos y fantasías de aquellos jóvenes escritores que le rendíamos fervoroso homenaje a la mentida gloria literaria. Con motivo de aquel voto de Zerep, «El Figaro» publicó un retrato a pluma entera de Armando Palacio Valdés, con un artículo que tuvo la honra de firmar el que estas líneas escribe. Acababa de publicar Palacio su discutida novela La Espuma, cuyo argumento se basaba en la vida aristocrática de la entonces villa y corte de Madrid.

El autor de «Marta y María», «La Alegría del Capitán Ribot», «José—costumbres marineras—», «Riveritas», «La Hermana San Sulpicio», «Tristán» o «El Pesi-

mismo», «Los Carmenes de Granada», etcétera, tenía sobre Pérez Galdós, con quien compartía la gloria literaria de la época, la fluidez y galanura del estilo, el color y la gracia, aunque era más vivo y ameno en la narración. Galdós era lento; y en ocasiones, frío y desmañado. Clarín, comprovinciano y amigo de colegio de Palacio Valdés, fué su mentor serio y respetado, pero no le faltó el sentido de la amistad y el respeto a sus numerosas producciones. Que Palacio Valdés atendió las indicaciones de Leopoldo Alas, no cabe duda; porque desdierá el «Señorito Octavio» en lo adelante, el estilo del novelista experimentado visiblemente mejoró y fué más cuidado. De la influencia que ejercía sobre la moral de sus numerosos lectores puede dar fe este suceso, que él mismo relató cierta vez en unas declaraciones: «Un muchacho asturiano, decía, leyó mi obra «La Aldea Perdida» allá en Buenos Aires, a donde había ido en busca de fortuna. Leerla y plantarse aquí en Madrid en el primer barco fué todo uno. Poco después vino a mi casa y me contó que había visto retratado su pueblo en la obra, y que venía a España para no volver a Ultramar... En realidad, yo fui responsable de que aquel hombre abandonara sus negocios y pudiera pasarlos mal en España».

Uno de los artículos más elogiosos que se publicaron a la muerte del gran novelista valenciano Don Vicente Blasco Ibáñez, lo firmaba Palacio Valdés, quien, lo contrario de otros sus colegas, no tuvo empacho en hacer pública declaración de los méritos y la gran importancia del autor de «La Barraca» en la historia de la novela española contemporánea. Ahora se lee que en Madrid no han hablado de la sentida muerte de Don Armando, la mayor parte de los periódicos por falta de papel, ¿de papel, o de qué?...

Los cuentos de Palacio Valdés pueden competir con los mejores de los más nombrados cuentistas extranjeros. Desde luego, en España pocos pueden superarlo. Su cuento «Solo» es de una tal intensidad emotiva, que se aparea con los mejores de Gorki, Maupassant y Dostoievski; y en sus trabajos humorísticos como «Las Fieras del Retiro» y «El segundo viaje al Parnaso», está a la altura de

Mark-Twain, Gerome, Juy y otros. Sobre todo, en la producción de Palacio Valdés se revela la más refinada exquisitez de su espíritu y la mayor cultura del más eximio hombre de letras.

Armando Palacio Valdés fué uno de los ateneístas más entusiastas de aquella época de Moreno Nieto, Moret, Labra, Castelar, Campoamor, Cánovas, Giner de los Ríos, etc. Sus artículos humorísticos sobre metafísica y otras ciencias abstractas hicieron reír con ganas y pensar con provecho a aquella juventud que discutía por los salones, charlaba «estruendosamente» en la «Cacharrería» y se nutría de sabias e inútiles—lecturas, en la Biblioteca de la docta casa. Su caudal de biblioteca filosófica halló amplia salida en sus libros «Los Autores del Ateneo», que publicó en 1878; «Crótales Hórridos», en 1879; y el «Origen del Pensamiento», en 1884. Pertenecía en 1924 a la Directiva de aquella institución cuando, por apreciaciones políticas, la disolvió Primo de Rivera; y era, además, miembro de número de la Real Academia Española. De todo ello solía burlarse donosamente con sus escritos. Siempre miró la vida por el lado amable; y a ello obedecía aquella tranquila mirada de sus ojos azules; y aquella sonrisa de benevolencia que no se borraba nunca de sus labios. Sólo una vez las lágrimas empañaron aquellos ojos y el dolor contrajo aquellos labios: cuando, víctima de un accidente motociclista, perdió la vida su único hijo...

Vivíamos en Madrid el año 1892, y solíamos verlo a menudo, sin tratarlo personalmente, en las veladas del Ateneo de la calle de la Montera; se parecía bastante en lo físico a Don Antonio Escobar, aunque de menor estatura. Era un buen mozo, en cuya época de soltería consta que registró más de una victoria digna de Tenorio. Fué, con Blasco Ibáñez, el novelista español más leído en el extranjero. De su «Maximina» se tiraron en los Estados Unidos más de doscientos mil ejemplares, y llegó a ponerse tan de moda en aquella república, que no había ni magazine ni periódico diario que no publicara un cuento o una novela de Mr. A. Palacio Valdés. En una visita que por

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.

ACABA DE FALLECER EN MADRID EL PATRIARCA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DON ARMANDO PALACIO VALDES. LA CRONICA DE NUESTRO COLABORADOR FEDERICO VILLOCH, ES UN HOMENAJE AL GRAN ESCRITOR, AL QUE SE ASOCIA ESTE PERIODICO FERVOROSAMENTE.



Los Conquistadores

Por LOVRIEN GREGORY Y GLENN CHAFFIN

Poco después de averiguar que "MISSISSIPPI" es un jugador profesional y tramposo, el pequeño Frank observa a Hank, el jefe de la expedición, jugando baraja con este hombre peligroso. Temiendo por la vida de Hank, Frank trata de informarle sobre los antecedentes de "MISSISSIPPI", pero no sabe cómo hacerlo....



¡CARAY, TIENE MALA SUERTE, PERO LA SUERTE CAMBIA.

¡SI NO CAMBIA, NUNCA LLEGARÉ A CALIFORNIA!



¡SEÑOR RAMSAY! HANK ESTÁ JUGANDO BARAJA CON ESE INDIVIDUO MALO!

¡ESO ES TERRIBLE! ¡TENEMOS QUE HACER ALGO EN SEGUIDA!



¡LO SIENTO, RAMSAY, PERO EL JUEGO NO ESTÁ PROHIBIDO Y ALGUIEN TIENE QUE PERDER!

¡IMPOSIBLE, CAPITÁN, TENEMOS QUE RECUPERAR EL DINERO DE HANK!



¡POR QUÉ NO TE VAS A JUGAR BARAJA TAMBIÉN? ¡NADA SACARÁS CON INTERVENIR EN ESAS COSAS DESDE AFUERA!

¡ANTES HACÍA TALES LOCURAS, BILL, PERO YA NO!



¿QUÉ, NO JUEGA MÁS?... LA ÚLTIMA MANO

¡NO, HE TERMINADO! SI NO PUEDO GANAR CON TODOS LOS ASSES, ESTOY LISTO.



¡NO HAGA PREGUNTAS TONTAS, HANK! USTED NO PODÍA GANAR NUNCA. ¿CUANTO PERDIÓ?

¡MUCHÍSIMO! ¡VAMONOS DE AQUÍ, QUE ME SIENTO MAL!



SOY SU AMIGO Y QUIERO AYUDARLE. TENGO UN PLAN. DIGAME CUANTO HA PERDIDO.

¡TODO LO QUE TENÍA: DOS MIL PESOS!



¡VETE A DORMIR YA, FRANK! HAS AYUDADO EN LO QUE PUDISTE. NO LE DIGAS A NADIE LO SUCEDIDO.

¡BUENO, PERO SI LOS MATAN A LOS DOS NO ME ECHEN LA CULPA A MÍ!



¡ESTE ES MI PLAN: VOY A JUGAR BARAJA CON ESOS ESTAFADORES Y A RECUPERAR SU DINERO!

LO AGRADEZCO, AMIGO, PERO ESTÁ CORRIENDO PELIGRO.



¿ME PERMITEN PARTICIPAR DEL JUEGO, SEÑORES? NO LO COMEZO MUCHO, PERO...

¡BAH, NO SE PREOCUPE, ES MUY FÁCIL! ¡SIÉNTESE....

RAMSAY EMPEZÓ A JUGAR CON LOS ESTAFADORES QUE A COMPAÑABAN AL TEMIBLE "MISSISSIPPI" ¿LOGRARÁ RECUPERAR EL DINERO DE HANK, HACIENDO TRAMPAS TAMBIÉN, O PERDERÁ LO SUYO EN LA TENTATIVA? SI PIERDE, LA EXPEDICIÓN A CALIFORNIA HABRÁ TOCADO A SU FIN.

(CONTINUARÁ)

MARAVILLAS DEL MUNDO

por WILLIAM KERGUSOFF

LA BASARIDE

ESTE MAMÍFERO CARNÍVORO DE MÉJICO SE PARECE A LA COMADREJA Y ABUNDA EN VARIOS TERRITORIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS Y EN PANAMA. LO LLAMAN TAMBIÉN ZORRO-COATI, ARDILLA-GATO, GATO DE ALGALIA Y CACOMISCLE.



VIVE EN MALEZAS, LLANOS, BOSQUES, PEÑASCOS, ETC., LO MISMO EN TERRENOS A NIVEL DEL MAR QUE A ELEVACIONES DE 3000 METROS.



SALTA DE ÁRBOL EN ÁRBOL IGUAL QUE LO HACEN LAS ARDILLAS.



A VECES PENETRA EN LAS ALDEAS DONDE HAY MUCHOS PERROS, A CURIOSEAR Y A REÑIR CON ELLOS, QUE LA ODIAN A MUERTE.



POR LA PIEL LEONADA Y LOS ANILLOS NEGROS DE LA COLA SE ASEMÉJA AL COATI. TIENE OJOS GRANDES E INTELIGENTES, Y ES UN ANIMAL ÁGIL Y AVENTURERO.

PECOSO Y SUS AMIGOS

Por Blosser



¡ÉLEVENSE, QUE NO PUEDEN ATERRIZAR AQUÍ!

¡QUIZÁS QUIERE GERCIONARSE DE QUE SOMOS NOSOTROS Y VA POR AYUDA!



¡PARECE UN AVIÓN DE LA COMPAÑÍA, PERO NO VEO LOS NÚMEROS! ¡CUIDADO, LOCO!



¡DEBE IR A BUSCAR AYUDA!

¡SOLAMENTE UN LOCO TRATARÍA DE ATERRIZAR AQUÍ!



¿PUES ESTÁ REMATADO, POR QUÉ VA A ATERRIZAR?

¡NO QUIERO VER!



BOOM

¡SE HA ESTRELLADO!

¡NADIE SE HA PODIDO SALVAR EN ESE ACCIDENTE TERRIBLE!



¡ES NUESTRO AVIÓN, VOLANDO SIN PILOTO!

¿NO DESCONECTO LA CORRIENTE ELÉCTRICA USTED?



NO; PENSE QUE AL ESTRELLARSE COGERÍA FUEGO Y LAS LLAMAS ATRABARÍAN LA ATENCIÓN DE LA GENTE.

POR LO MENOS NOS CALENTARÁ UN POCO



¡TENEMOS QUE ALEJARNOS DE AQUÍ ANTES QUE CAIGA LA NOCHE

¡ÚNICAMENTE PODRÍAMOS CAMINAR AL ESTE, Y NO SE HACIA DONDE QUEDA!



LA PERSONA NO SE IDENTIFICÓ; Dijo QUE HALLARÍAMOS EL AVIÓN AL PIE DE LAS MONTAÑAS NEGRAS!

¡SEGURAMENTE FUE EL MISMO INDIVIDUO QUE LE AVISÓ A PAPÁ NO HICIERA EL VIAJE!

FIGURAS Supremas DEL AÑO

Hollywood.

ESTAMOS en la época en que los críticos y expertos en materias cinemáticas se dedican a seleccionar las mejores películas del año pasado, los artistas que más se han destacado y las futuras promesas de los elencos que se han iniciado en los últimos meses.

El 1937 ha sido abundante en nuevas personalidades cinemáticas. En otros tiempos las compañías filmadoras se consideraban dichosas si cada año la industria adquiría un par de estrellas de positivo valor. Este año la cosecha de talentos ha sido tan vasta que hay suficientes para dividirlos en tres grupos diferentes.

Tenemos una muchacha que desde principios de 1937 se ha convertido en la primera atracción de taquilla de los teatros: la estrella del patinadero, Sonja Henie. Hay otra chiquilla, Deanna Durbin, que goza de tal popularidad entre el público de todas las edades, que sus películas bastan para sostener financieramente a la compañía productora que la tiene contratada. Y hay un galán joven que en agosto de 1937 apenas era conocido en el mundo de los espectáculos, y

LOS películas de Sonja Henie exhibidas el año pasado, Una en Un Millón e Idilio Incógnito, le produjeron a la Twentieth Century-Fox una entrada total de \$4,500,000. No se recuerda ninguna estrella de cine que haya producido dos películas tan lucrativas como éstas de Sonja Henie.

Tyrone Power, también de los elencos de la Twentieth Century-Fox, ha entrado a formar parte, en compañía de Loretta Young, del grupo de las parejas principales del lienzo.

Deanna Durbin, cuya reciente cinta titulada Cien Hombres y Una Muchacha ha sido aclamada como la obra musical más interesante del 1937, ha logrado sacar a flote a la Universal, produciéndole entradas enormes en todos los países donde la referida película se ha exhibido.

Aparte de estos tres artistas ya consagrados como de suprema categoría, hay otros que también prometen conquistar sendos laureles en el futuro. Después de Sonja Henie, la artista de más provecho que se destaca en Hollywood es Alice Faye. No es una figura nueva en los elencos, pero hasta hace un año solamente sobresalía en especialidades de baile y canto. Su trabajo resultó tan meritorio que le dieron un papel originalmente asignado a la infortunada Jean Harlow, y realizó una labor tan excelente en la cinta El Viejo Chicago que ello bastó para que quedara consagrada como estrella en el género de las obras musicales.

Le hacen compañía a Tyrone Power varios galanes de positivo talento, entre ellos Cary Grant, Fernando Gravet, Wayne Morris, Allan Jones, Don Ameche y Ray Millard. Cary Grant había permanecido en la obscuridad haciendo películas de segunda clase para la Paramount, hasta que filmó la cinta La Verdad Amarga, que lo elevó a un sitio envidiable en los elencos. Gravet, el notable comediante belga, hizo una película para Mervyn LeRoy, El Rey y la Corista, que tuvo bastante éxito. Wayne Morris hizo su carrera en la película Campeón de Nacimiento y desde entonces sus admiradoras se cuentan por millones en los Estados Unidos.

Allan Jones, que hacía dos años no daba una nota digna de mención en Holly-

wood, sorprendió al público como cantante en la película La Luciérnaga con Nelson Eddy y Jeannette MacDonald. Don Ameche sobrevivió a una iniciación péssima y hoy es el galán número 2 de la Twentieth Century-Fox. Ray Millard salió de la anonimidad en que lo tenía la Paramount cuando esta compañía se lo prestó a la Universal para tomar parte en la película Los Tres Diablicos, que dio a conocer al mundo la voz extraordinaria de Deanna Durbin.

A esta lista debemos agregar dos actores admirables. George Murphy, que casi eclipsó a Robert Taylor en la cinta Melodía de Broadway, y Robert Young, a quien la Metro tenía relegado a los elencos secundarios y que se hizo famoso en varias obras, entre ellas, La Conoci en Paris, que fué uno de los grandes éxitos de la Paramount.

FORMAN grupo

aparte y único entre los nuevos artistas, los tres hermanos Ritz, que antes se dedicaban al género de variedades en las tablas y ahora le están haciendo una fuerte competencia a los hermanos Marx en las películas cómicas.

Quizás el descubrimiento más asombroso del año pasado ha sido la joven actriz Andrea Leeds, cuya inolvidable labor en la película Entre Bastidores la ha consagrado como una promesa positiva del arte dramático. Si continúa progresando, tal vez llegue a convertirse en una gran estrella.

Dignas de mención nos parecen también Lucille Ball, de la RKO-Radio; Judy Garland, de la Metro; Marjorie Weaver, de la Twentieth Century-Fox; Rosemary Lane, la pareja de Dick Powell en las películas musicales de Warner Brothers; Rose Stradner, también de la Metro; y Olympe Bradna y Dorothy Lamour, que hicieron galas de su talento respectivamente en Almas en el Mar y Princesa de la Selva, ambas producciones de la Paramount.

En cuanto a los jóvenes directores, creemos que Gregorio La Cava, de los estudios Warner, se ha llevado la palma con la película Entre Bastidores, cuya figura estelar es Katharine Hepburn.

Tyrone Power, astro de la nueva cosecha, que le está haciendo una fuerte competencia a Clark Gable y a Robert Taylor.

que en la actualidad goza de tantas simpatías como el galán de los galanes, Clark Gable, y como el otro ídolo de los estudios Metro, Robert Taylor. Este muchacho que en tan breve tiempo se ha elevado a la categoría de astro de primera magnitud se llama Tyrone Power.

Andrea Leeds: el descubrimiento más sensacional de la pantalla en el 1937, por su labor en la cinta "Entre Bastidores".



Alice Faye, bailarina y "cantadora" que se ha hecho famosa como actriz dramática en la cinta "El Viejo Chicago"



Deanna Durbin, joven cantante que sacó a flote por sí sola a la productora Universal con dos buenas películas.



DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 3 DE ABRIL DE 1938

BLANCA NIEVE

Y LOS SIETE ENANITOS.

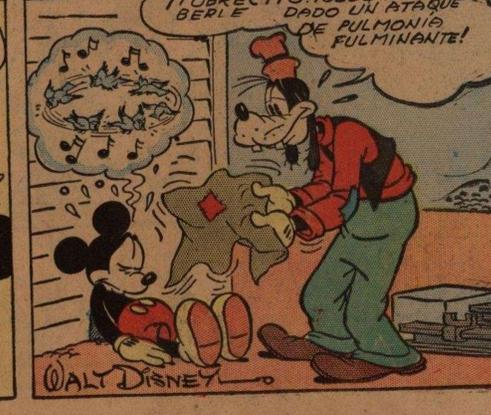
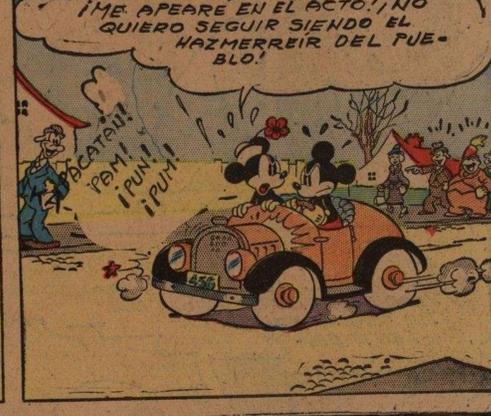
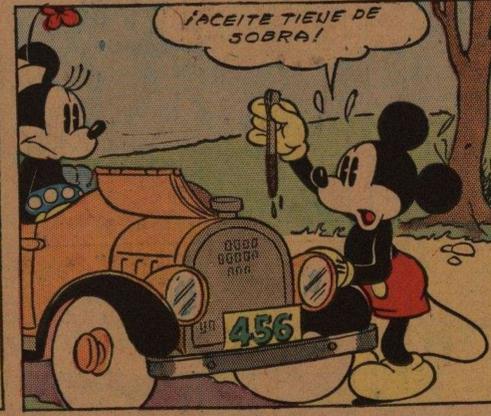
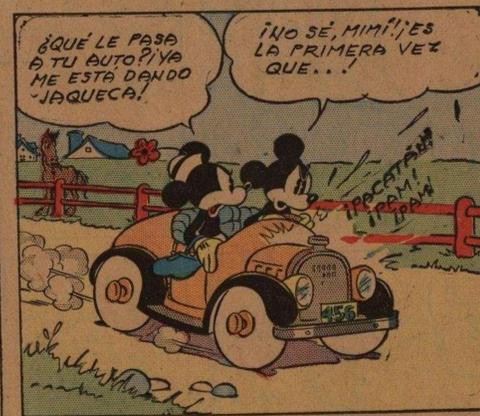
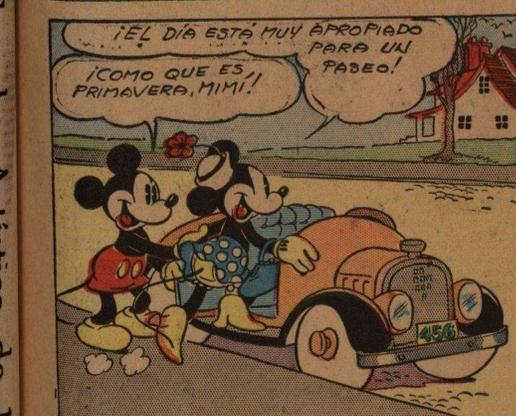
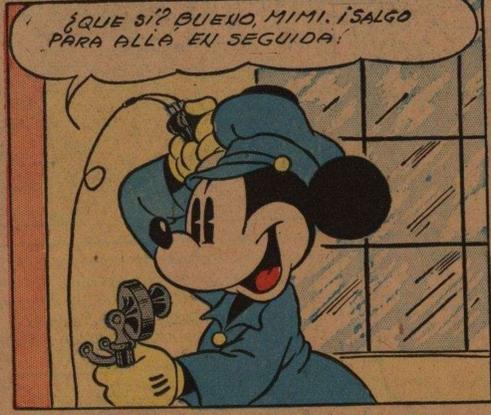
Por WALT DISNEY



EL RATÓN MIGUELITO

REGISTERED

U.S. PATENT OFFICE



3-27
Copr. by Walt Disney Enterprises
1938 World rights reserved

WALT DISNEY

WONG-LA

FOR

Registered U. S. Patent Office

LLEGA A LA ISLA UN BUQUE MERCANTE, EL "NANCY BROWN" CUYO CAPITAN ACCEDIÓ A REMOLCAR EL "DELFIN" AL PUERTO MAS CERCA. REGOCIJADOS CON SU BUENA FORTUNA, TOMÁS, WONG Y CARLITOS SE QUEDAN A BORDO DEL "DELFIN", MIENTRAS LOS SOBREVIVIENTES DE SU TRIPULACION VAN ENFERMADOS EN LA BODEGA DEL OTRO BARCO.



¡ATIZA! ¡ESTE CALOR ME MATA!

¡QUIETO! ¡ESTO TE REFRESCARÁ! ¡NO TE QUEPA DUDA!



EN LETRAS LEJAS ESTÁ INSCRITO: "CALA MAL TIENE SU LEMELIO."

¡OH! ¡QUE FRESCO!



¡EL HONORABLE BALOMETRO CONTINUA LEYENDO LA FIDAMENTE!

¡COMO QUE ME LLAMO TOMÁS, VAMOS A TENER MUY MAL TIEMPO!



¡AHORA ES LA NUESTRA CAMARADAS! ¡ESTÁ MUY NUBLADO Y VA A HABER TEMPESTAD! ¡AHORA, SI EL "RATA" CUMPLE LO PROMETIDO....!



¡NO TE PREOCUPES POR EL "RATA", ¡EN CUANTO LO VEA A BORDO COMPRENDI QUE ERA DE LOS NUESTROS!

¿NO HAY OTRA MANERA DE SALVARNOS? ¡EL POBRE CARLITOS NO ES MAS QUE UN NIÑO!



¡CALLATE! ¡SI QUEDA UN SOLO TESTIGO CUANDO LLEGUEMOS A PUERTO, TODOS MORIREMOS EN LA HORCA!

¡CAMARADAS! ¡AHI VIENE EL "RATA" CON NUESTRA COMIDA!



¡DEJENLO TODO DE MI CUENTA! ¡NO ES RARO VER ROMPERSE UN CABLE DE REMOLQUE DURANTE UNA TEMPESTAD! ¡Y CUANDO LLEGUEN A PUERTO ACUERDENSE DEL "RATA", ¡SI NO....!



3-77
Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¡CARACOL! ¡QUE DIA MAS HERMOSO, HUESITO! ¡CORRE UNA BRISA TAN SUAVE Y APACIBLE COMO EL RONRONEO DE UN GATITO!



¡HACÉ UN CALORCITO TAN DELICIOSO QUE SI AUN NO QUEDARAN UNAS MANCHITAS DE NIEVE, CUALQUIERA DIRIA QUE ESTAMOS EN PLENA PRIMAVERA!



¡CARACOL! ¡MIRA AHI AL LADO DE ESA PIEDRA! ¡PALABRA QUE PARECE UNA FLORECILLA!



¡Y LO ES, AMIGO MIO! ¡QUIEN LO HUBIERA CREIDO! ¡ES COMO SI VINIESE UN MENSAJERO CON UN TELEGRAMA QUE DIERA: "SE ACABO EL INVIERNO."



¡DURANTE CUATRO MESES QUE ESTUVO DEBAJO DE LA TIERRA, BAJO EL HIELO Y LA NIEVE, ESA LINDA FLORECITA NO RUBO MAS QUE UNA SEMILLA TAN CHICUITITA COMO UN GRANO DE ARENA!



¡PERO NO SE ASUSTO DE LA OSCURIDAD NI DEL FRIO NI DE NADA! ¡NO HIZO MAS QUE ESPERAR TRANQUILA, MIENTRAS SE GUÍA CRECIENDO CADA DIA, UN POCO MAS...!



... HASTA QUE, POR FIN DEJÓ DE SER SEMILLA Y FUE PLANTITA. A NADIE LE DIJO NADA... ¡SIGUIÓ ESPERANDO DEBAJO DE LA TIERRA HASTA SENTIR QUE EL SOL LA CALIENTABA.



¡ENTONCES SE DIO A SI MISMA: "BRAVO, YA NO TENGO QUE ESCONDERME"! ¡SALDRE PARA QUE TODO EL MUNDO SEPA QUE HA LLEGADO LA PRIMAVERA!



MEDIANOCHE. EN LA CUBIERTA DE UN VAPORES QUE VA RUMBO AL SUR, LA SEÑORA DE MALGEO, SOLA Y SIN AMIGOS, CONTEMPLA CON AMARGURA LAS NEGRAS AGUAS Y LAMENTA SUS ERRORES.



MODESTO RIZOS



UN CRIMINAL HA HECHO UN BOLAZO AL POLICIA DEZA, QUE LO PERSEGUIA.

HACIENDO UN ESFUERZO SUPREMO, EL VALIENTE POLICIA SE LEVANTA AL OIR LA LUCHA ENTRE MODESTO Y SU AGRESOR.

SIGUE LA LUCHA DESESPERADA POR LA POSICION DEL REVOLVER.



DEZA CAMINA TUMBALEANDOSE POR EL PASILLO...

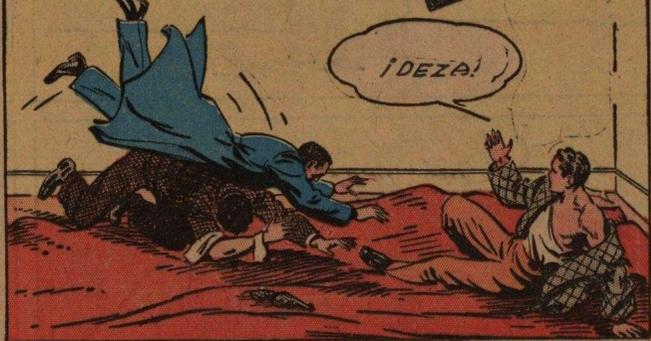


...Y ABRE UNA PUERTA



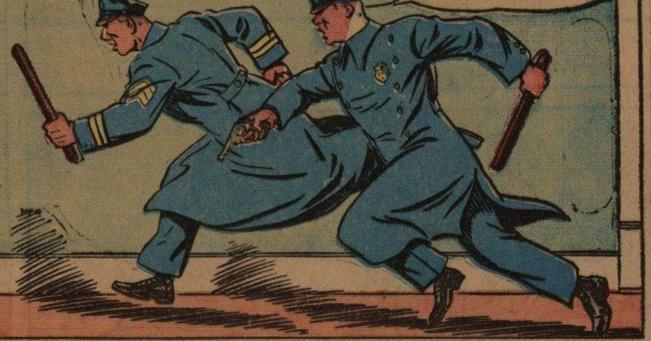
¡AHORA TE LIQUIDARE A TI, COMO AL POLIZONTE!

DEZA BASTA SOBRE EL FACHEROSO.



¡DEZA!

¡LLEGAN LOS POLICIAS DE LA VERDADERA!



¡AL FONDO DEL PASILLO HAY UNA PUERTA ABIERTA!



¿QUÉ PASA AQUÍ?

¿Y YO SOY UN REPORTE RO! ¿EL QUE USTEDS BUSCAN ESTÁ ATURDIDO EN EL SUELO!

¡ARRIBA LAS MANOS!



¡BUENO, SARGENTO, YO ESPERARE CON EL PRESO HASTA QUE LLEGUE EL COCHE CELULAR!

¡LLEVARE A DEZA Y A RIZOS EN AUTO AL HOSPITAL!



¡DEZA, ESE SUJETO QUE USTED PRENDIO HA SIDO IDENTIFICADO COMO AUTOR DE SEIS ATRACOS!

YO NO HICE MAS QUE SEGUIRLO HASTA LA CASA DE VEJIDAD, CAPITAN. ALLI ME MIRIO; PERO RIZOS, QUE ME HABIA SEGUIDO, TELEFONEO PIDIENDO REFUERZOS A LA JEFATURA. LUEGO LUCHO CON EL CRIMINAL Y...

LYMAN YOUNG 3-27

CONTINUARA

¡AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young



¿QUÉ TE PARECE, PEPE? ¡CORREMOS A AUXILIAR AL VIEJO DEVILIN Y EL NOS SALVA A NOSOTROS DE ESA PARTIDA DE SALVAJES!

¡YA SABEMOS QUE EL SE BASTA PARA DEFENDERSE Y ENCARAR LAS SITUACIONES!



¡YO VOLVERIA CONTENTO A NUESTRA AVANZADA SI NO FUERA POR LOS CHIMPANZES DE KERN!

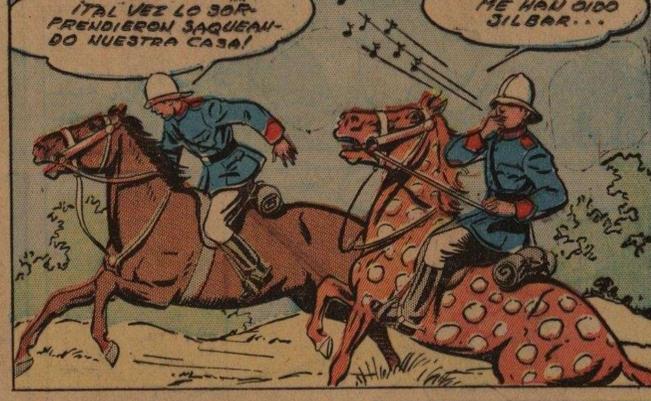
¡PACIENCIA! ¡PRONTO VENDRA KERN A RELEVARNOS!



¡MIRA, PEPE, LOS MONOS SE VAN LLEVANDO A ALGUIEN!



¡EH! ¡SUELTENME! ¡SUELTENME! ¿ME OYEN?



¡TAL VEZ LO SOPRENDIERON SAQUEANDO NUESTRA CASA!

ME HAN OIDO SILBAR...



LOS CHIMPANZES SUELTAN AL PRESO Y CORREN HACIA LOS MUCHACHOS



¡CARAMBA, KERN! ¡CUANTO NOS ALEGRAMOS DE VERLO PERO, ¿POR QUÉ LO HAN MALTRATADO LOS CHIMPANZES?

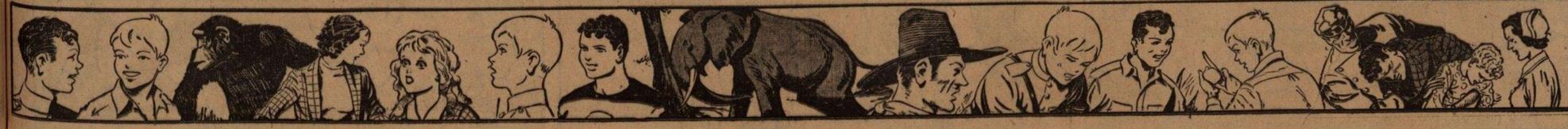
¡HABIAN PASADO TANTO TIEMPO SIN VERME QUE NO ME RECONOCIERON!

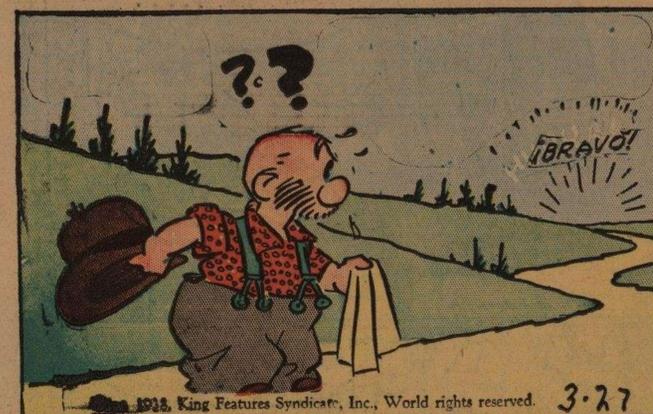
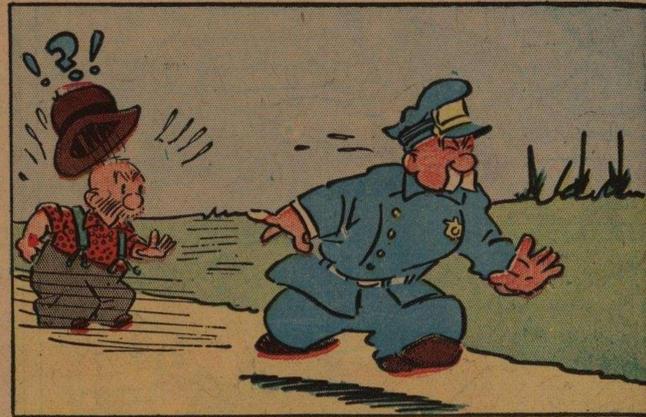
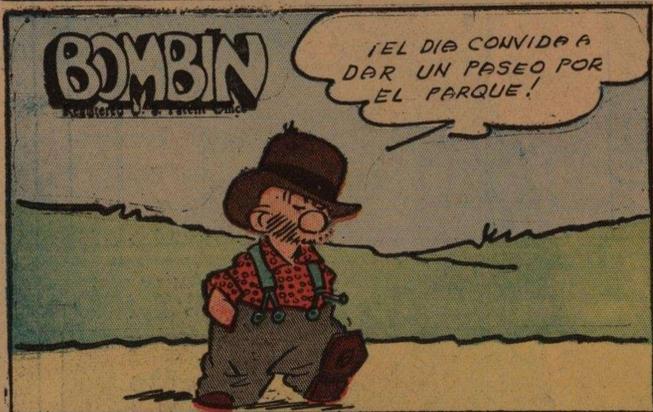


CREO QUE TENDRAN QUE QUEDARSE CON MIGO HASTA QUE REESTABLEZCA MI AUTORIDAD SOBRE LOS MONOS.

¡MUY BIEN, KERN, Y CUANTO MÁS PRONTO LO RECONOZCAN, MEJOR PARA NOSOTROS, ¿EH, PEPE?

LYMAN YOUNG 3-27





PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office

